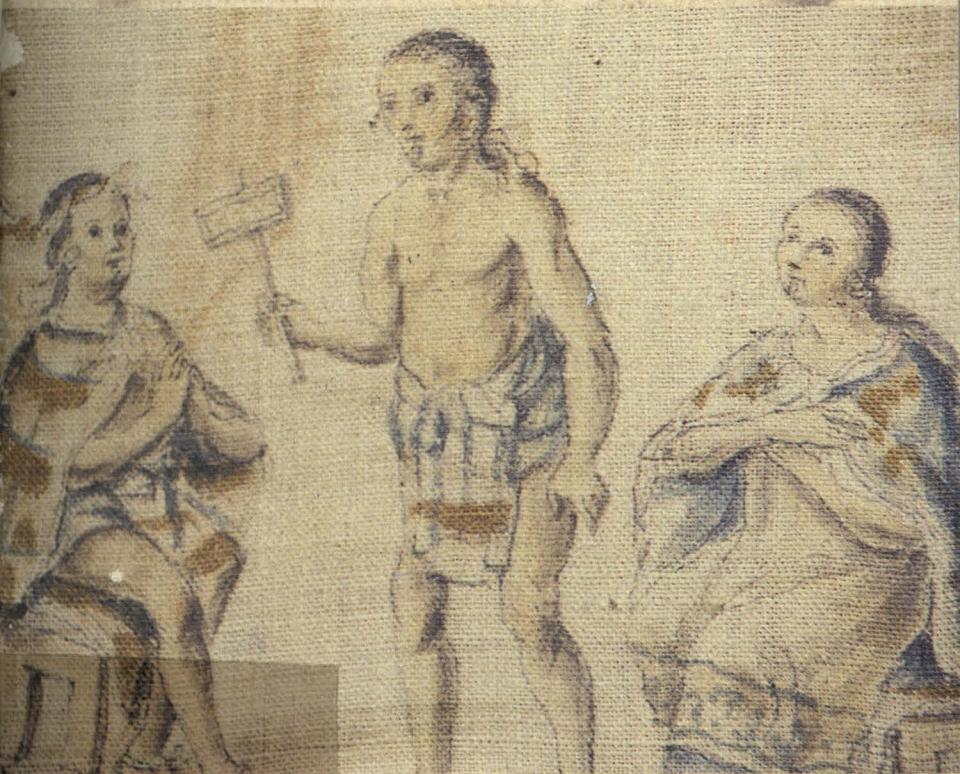


Blanca López de Mariscal

LA FIGURA FEMENINA EN LOS NARRADORES TESTIGOS DE LA CONQUISTA



396.0972
L8642F

EL COLEGIO DE MÉXICO
CONSEJO PARA LA CULTURA DE NUEVO LEÓN

EL COLEGIO DE MEXICO



3 905 0644181 /

LA FIGURA FEMENINA EN LOS NARRADORES
TESTIGOS DE LA CONQUISTA

Biblioteca Daniel Costo Villega
EL COLEGIO DE MEXICO, A.C.

Fecha de vencimiento

MS

~~DEVUELTO~~

~~DEVUELTO~~

16 AGO 2004

25 AGO 2004

~~DEVUELTO~~

~~DEVUELTO~~

PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO
DE ESTUDIOS DE LA MUJER

LA FIGURA FEMENINA EN LOS NARRADORES TESTIGOS DE LA CONQUISTA

Blanca López de Mariscal

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Biblioteca Daniel Casío Villegas
EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C.



EL COLEGIO DE MÉXICO
CONSEJO PARA LA CULTURA DE NUEVO LEÓN

396.0972

L8642f

López de Mariscal, Blanca

La figura femenina en los narradores testigos de la Conquista / Blanca López de Mariscal.-- México : El Colegio de México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer : Consejo para la Cultura de Nuevo León, 1997. 176 p. ; 22 cm.

ISBN 968-12-0835-8

1. Mujeres en México-Siglo XVI. 2. Mujeres-Historia y condición de las mujeres. 3. Mujeres españolas en México-Siglo XVI. 4. México-Historia-Conquista, 1519-1540.

Portada de Mónica Diez-Martínez

Ilustración:

Lámina número uno del *Lienzo de Tlaxcala* (detalle), tomada de la copia a pincel que Juan Manuel Yllañez sacó en 1773 del lienzo original que se guardaba en el Cabildo de Tlaxcala. Es la copia más antigua existente. En ella se representa el encuentro de un mensajero de Cortés, de pie y con una carta en la mano, y los jefes de los señoríos de Tlaxcala, ricamente ataviados y sentados en sus *icpalli*. Curiosamente en la copia de Yllañez uno de los personajes que atienden el mensaje de Cortés es una mujer. La copia de Yllañez es parte de la colección de Códices de la Biblioteca Nacional de Antropología de México.

Primera edición, 1997

D.R. © El Colegio de México

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.

© Consejo para la Cultura de Nuevo León

José Benítez 604
Col. Obispado
64010 Monterrey, N.L.

ISBN 968-12-0835-8

Impreso en México

Mujer con escudo y lanza

tepotzotlan



Lienzo de Tlaxcala, lámina 27

ÍNDICE

Agradecimientos	11
Introducción	13
I. El descubrimiento en las islas y en “La Tierra Firme”	31
II. El recibimiento en el mundo mesoamericano	47
III. La mujer como ayudante	65
IV. La otra cara de la recepción	91
V. La mujer en el desgarrón de la conquista	109
VI. La llegada de las mujeres españolas	131
VII. La formación de las primeras familias	143
Epílogo	159
Fuentes	163

AGRADECIMIENTOS

La culminación de un proyecto es siempre el resultado de la combinación de múltiples esfuerzos, este libro no es la excepción, por lo que deseo dar las gracias a todas aquellas personas que en alguna forma me alentaron a lo largo del camino y me guiaron para enriquecer el contenido.

Mi más sincero agradecimiento al Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer y a sus directoras Elena Urrutia y Luz Elena Gutiérrez de Velasco, ya que con el apoyo financiero que a través de él recibí fue posible concretar mi investigación y llevarla a su fin; agradezco el apoyo de Soledad González Montes y Mercedes Barquet, quienes en primera instancia confiaron en mi propuesta.

Deseo extender un agradecimiento muy especial a Beatriz Mariscal, quien fungió como mi asesora a lo largo de toda la investigación y que tantas luces me dio para llegar a la forma final de este libro. A Georges Baudot por la lectura que hizo de mi trabajo en una de las fases terminales y por sus sugerencias para enriquecerlo, especialmente con los capítulos que se refieren a las mujeres españolas. Al Consejo para la Cultura de Nuevo León, a su directora, Alejandra Rangel, y a Carolina Farías, secretaria técnica, por el apoyo que han otorgado a las publicaciones de nuestro estado al instituir el Concurso de Ediciones, en cuya convocatoria de 1996 esta obra resultó premiada.

Quiero agradecer también a Ricardo Elizondo, director de la Biblioteca Cervantina del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, ya que sin el riquísimo acervo que ésta custodia, el presente trabajo no hubiese sido posible. A María Ester Rivera, a Claudia Reyes, a Dolores Sáenz, a Fer-

nando Múzquiz y a Ángela Martínez, por su entusiasta colaboración. A mis alumnos de la carrera de Letras del mismo Instituto, quienes se interesaron en el proceso y me alentaron desde el inicio. Y, desde luego, agradezco profundamente a Eduardo y a nuestros hijos, que son siempre compañeros e incentivo en todo lo que emprendo.

INTRODUCCIÓN

La figura femenina en los narradores testigos de la conquista es el resultado de una investigación que se circunscribe en un nuevo acercamiento a la imagen de las mujeres mesoamericanas y de la cuenca del Caribe en el periodo en el que entran en contacto el mundo europeo y el mundo americano. De esta gesta surge una gran cantidad de textos cuya finalidad es narrar el encuentro entre dos pueblos que hasta el momento habían vivido ajenos el uno del otro. A lo largo de este trabajo intentaremos reconstruir la imagen de las mujeres de la conquista de acuerdo con lo que sobre ellas dijeron los narradores de esta empresa. ¿Cómo las describen?, ¿qué tipo de comportamientos consignan?, ¿alguna vez les ceden la palabra?, y ¿cuál es el espacio cultural desde el que se narra?

Tanto los conquistadores españoles, como posteriormente los indígenas y mestizos, nos dejan como legado de este acontecer histórico crónicas y cartas de relación que han conservado para la posteridad la experiencia vivida en el proceso del descubrimiento, conquista y colonización del continente americano. En forma genérica se les da a estas narraciones el nombre de crónicas de la conquista, y sus autores se conocen con el nombre de cronistas de Indias. Sin embargo, habría que aclarar que hay varias acepciones para las palabras crónica y cronista en el momento en que España vive su más grande aventura expansionista.

Tenemos el cargo oficial de cosmógrafo y cronista mayor de Indias, un puesto importante dentro de la estructura que el monarca requería para la reglamentación y funcionamiento del máximo órgano rector del gobierno indiano: el Consejo de Indias. Una de las responsabilidades del cronista mayor de

Indias¹ era instrumentar y ordenar la información que llegaba del Nuevo Mundo, tarea que resultaba indispensable para que dicho Consejo pudiese emitir las leyes que regirían los nuevos territorios españoles. Los textos que salen de la pluma de estos narradores constituyen la crónica oficial. Sus titulares fueron historiadores, geógrafos y cosmógrafos de reconocido prestigio que, al cumplir con la labor encomendada, publicaron interesantes recopilaciones de la información que llegaba en los buques que regresaban a España. Es interesante observar que muchos de estos cronistas oficiales nunca pisaron las tierras recién descubiertas.

Sin embargo, antes de que el puesto fuese oficial, se habían producido ya crónicas de Indias que en alguna forma estaban relacionadas con la voluntad de la corona, ya fuera porque los cronistas habían escrito por su propia iniciativa, como es el caso de Pedro Mártir de Anglería² y de Gonzalo Fernández de Oviedo,³ ya porque lo hubiesen hecho por orden expresa del mo-

¹ El de cronista mayor "es cargo nacido a raíz de la visita o inspección de Juan de Ovando al Consejo", entre 1567 y 1568. Pero no fue sino hasta 1572 que se otorgó el título de "cosmógrafo y cronista mayor de Indias", cuando Felipe II acumuló ambos cargos en la persona de Juan López de Velazco (Esteve Barba, 125-154).

² En un iluminador estudio sobre Pedro Mártir, Antonio Alatorre opina que el escritor lombardo "se trasladó a España en parte como preceptor de jóvenes de la nobleza y en parte como «corresponsal de guerra» (la de los Reyes Católicos contra el infeliz rey Boabdil). Presenció los episodios finales de la toma de Granada, e inmediatamente comenzó a hacer sus «reportajes» en forma de cartas llenas de noticias y comentarios, escritas en latín... sus destinatarios primeros eran los humanistas italianos, en particular los de la curia papal y los de las cortes principescas. Después de la toma de Granada no tardó en ocurrir el viaje de Cristóbal Colón, luego su regreso, y en seguida, en cadena trabadísima, todo lo demás. Así es que el «reportero» Pedro Mártir se quedó en España para siempre. Allí residió durante más de la mitad de su vida, enviando todo el tiempo a Italia, siempre en latín, noticias de cuanto estaba ocurriendo" (Alatorre, 68). Pedro Mártir fue además "capellán de Isabel... embajador de los reyes cerca del Sultán de Egipto, en 1518 recibirá el nombramiento de Consejero de Indias, dos años después el de cronista..." (Esteve Barba, 56).

³ Fernández de Oviedo fue nombrado cronista oficial en 1532 después de haber publicado el *Sumario*, que se dio a la prensa en Toledo en 1526, y en otro de sus viajes de regreso a España, en 1530, llevaba ya consigo muchos pliegos, donde refería "hechos y maravillas de las Indias". Es muy probable que la *Historia general y natural de las Indias* se haya iniciado desde el viaje que hizo al Darién en 1520 (cf. Esteve Barba, 66-72).

narca mientras fungían como cronistas de Castilla, como fueron los casos de Antonio de Guevara o Ginés Sepúlveda, entre otros.

Afortunadamente, esta crónica oficial no es la única existente. Hay también una gran cantidad de conquistadores, misioneros, indígenas y, más adelante, mestizos que toman la iniciativa de escribir la gesta de la conquista, produciendo así una crónica no oficial⁴ que ha dejado testimonio de las fuerzas que entraron en conflicto en el momento del encuentro de los dos mundos. Los autores de estas crónicas son, a la vez, narradores y personajes del hecho cronologado, y es a través de ellos como nos encontramos con uno de los actos más trascendentes en los que el ser humano se puede ver inmerso: el descubrimiento del otro.

El camino del análisis de estas crónicas de la conquista que aquí se presenta se dirige, en términos generales, por la senda explorada ya con tanto éxito por Tzvetan Todorov en su libro *La conquista de América: el problema del otro*, sólo que esta vez pondremos nuestra atención en la forma como el cronista describe a la mujer.⁵ En el encuentro de dos grupos humanos, que no tenían estructuras mentales para clasificar al otro, quiero explorar la posibilidad de la relación más extrema. Nuestros protagonistas no sólo pertenecen a mundos diversos, lenguas diversas, cosmovisiones diversas, sino que también son de sexo distinto.

Me interesa también llenar un vacío, ya que me he encontrado con una significativa escasez de estudios referentes a las mujeres que participaron en la gesta del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo, ya antes apuntada por Sara Poot.

⁴ Robert B. Tate en su obra *Ensayos sobre historiografía peninsular* dice lo siguiente: "Resulta impresionante, sin embargo, la cantidad creciente de historiografía no oficial, esto es, historia escrita al margen de la cancillería real, que ofrece interpretaciones diversificadas y a menudo contradictorias de los acontecimientos pasados y contemporáneos" (281).

⁵ Sara Poot Herrera trató el tema en el que ahora yo me centro, en un interesante e iluminador texto: "Colón (des)cubre las indias", en el que se detiene a analizar "la percepción que de la mujer isleña tuvieron los europeos que llegaron a América en los primeros viajes de Colón..." (en Ortega, 127-136).

Y si en la exuberante documentación sobre el descubrimiento hay poco espacio dedicado a las mujeres, extraña sobremana la escasez de estudios que se refieren a ese tema, trátase de mujeres indígenas o de mujeres españolas que llegaron al Nuevo Mundo... (129).

Todorov, agrega Poot más adelante, “se detiene brevemente pero con cuidado y sensibilidad en la condición y el ser de las mujeres indígenas en la época del descubrimiento” (*ibid.*, 131). Lo que pretendo con mi trabajo es sondear las características de la imagen y el comportamiento de las mujeres de la conquista a partir de como fueron consignadas por los narradores testigos.

NARRADOR TESTIGO: UNA FORMA DE PENSAR LA HISTORIA

Los relatos que narran la gesta de la conquista y colonización del Nuevo Mundo responden a una forma particular de pensar la historia que, por un lado, hereda una escala de valores e intereses que los acercan notablemente a la historiografía de los siglos XIII y XIV y, por otro, marca una pauta importante en la concepción del acto de preservar los hechos para la posteridad.

De la herencia medieval, los narradores testigos de la conquista conservan la concepción providencialista de la historia; son narraciones que surgen de la necesidad de explicar la marcha del hombre sobre la tierra como un camino continuo hacia la salvación. Cada uno de los acontecimientos humanos se concibe como uno más de los pasos que la humanidad tiene necesariamente que dar hacia su redención eterna; y es así como se inscriben en las crónicas de Indias. No es extraño encontrar en estos textos que las explicaciones de los triunfos y los avances hacia la pacificación van acompañados por frases como “Todo da a entender lo mucho que Dios favorecía este negocio...” o “Y quiso Dios que...” o incluso “...que Dios estaba con los castellanos”.

Para el cronista de Indias la pacificación de las tierras recientemente conquistadas tiene como fin último la divulgación de la doctrina de Cristo y de su plan de salvación. A los indígenas constantemente se les amonesta “con muchas cosas tocantes a nuestra fe”, y desde el momento del desembarco se dan pasos definitivos para la evangelización. El monarca y, en última instancia, el conquistador mismo no son más que un medio, un instrumento elegido por el Altísimo para llevar a cabo la empresa.

Como consecuencia, las interpretaciones de los acontecimientos, primero vividos y posteriormente relatados, se buscan en los textos bíblicos y en la verdad revelada por los Padres de la Iglesia. En muchas ocasiones, sobre todo en los cronistas misioneros, los hechos narrados se explican a partir de su paralelismo con pasajes de la Biblia, ya que, para ellos, todo adquiere sentido en la medida en que puede encontrarse una explicación paralela en el texto sagrado. Sólo así puede ser comprendida por los conquistadores la mentalidad de los indígenas y los hechos de la evangelización: Seguramente los ejemplos más apropiados para ilustrar esto se encuentran en los textos del padre Las Casas, de Motolinía y de Torquemada.

Las narraciones mitológicas y los textos históricos de la antigüedad pagana serán también una constante. Lo que algunos cronistas pretenden, de la misma forma que lo hicieron los hombres de Alfonso X en la *Grande e General Estoria* o en la *Crónica General*, es dar una visión totalizadora de los hechos de los españoles buscando sus raíces en la historia más remota, ya sea a partir de la mitología o de la obra de historiadores anteriores. El caso más representativo de este afán es Fernández de Oviedo, quien suele hacer alusión a los textos de historiadores de la antigüedad, como Plinio y Tácito, o establece paralelismos entre los acontecimientos del Nuevo Mundo y los que le resultaban tan familiares de la mitología grecorromana.

Sin embargo, si la crónica medieval se centraba en el papel del monarca y todo aquello que sucedía alrededor de la corte, los misioneros y conquistadores, cronistas del siglo XVI, van a centrar su interés en las hazañas de las que ellos mismos son

partícipes y protagonistas, alejándose de la figura del monarca como único centro de atención y fijando su interés en aquello que está sucediendo muy lejos de la metrópoli.

Luis Weckmann, en su obra *La herencia medieval de México*, apunta:

Los historiadores de la conquista tuvieron el gran mérito de haber desplazado del primer plano de su narración a monarcas y grandes personajes, dando el papel de protagonistas a los conquistadores y sobre todo a las razas aborígenes (Weckmann, 484).⁶

Los narradores testigos de la conquista introducen, además, un nuevo factor de credibilidad que se sustenta en la autoridad que les proporciona el ser testigos presenciales de las gestas. Asimismo, junto a la narración de las grandes hazañas tienen también el mérito de fijar su atención y describir los pequeños hechos, las cosas cotidianas, el diario quehacer. Este último elemento no es gratuito, ya que a través de esta acumulación de detalles se logra que la narración resulte más convincente.

Al moverse el narrador de la conquista entre estos dos polos antitéticos, por un lado la herencia medieval que responde a una idea providencialista de la historia y, por el otro, la necesidad de comunicar la diversidad del mundo que se está descubriendo, el cronista se debate entre el querer y el deber. Trata de seguir los modelos historiográficos heredados del medievo, pero al mismo tiempo desea hacer a su receptor partícipe hasta del más mínimo detalle. El cronista que narra tiene una capacidad especial para percibir la realidad que lo rodea; en él todos los sentidos están como exacerbados y capta cada uno de los detalles de ese mundo, de esa gesta, de ese enfrentamiento del que le ha tocado ser testigo y protagonista. En él hay también una competencia lingüística que le permite plasmar de manera eficiente todo aquello que atestigua. Sin embargo, se da cuenta

⁶ Aparecen entre paréntesis las referencias a autores y obras, y las páginas en arábigos. Para los datos concretos, remitirse a la bibliografía.

de que se sale de las expectativas de sus contemporáneos y constantemente se disculpa por no centrarse exclusivamente en los hechos grandiosos, en las batallas, las tomas de prisioneros, los tratos y las alianzas con los señores del mundo indígena.⁷

Durante la conquista de América, en la crónica no oficial, el cronista es, como se dijo antes, autor, narrador y personaje de los hechos que relata; él es el filtro por el que la historia toma forma y se plasma en discurso narrativo. Es a través de sus ojos que los receptores nos convertimos en partícipes del encuentro, y es a través de sus ojos también que tenemos la oportunidad de entrar en contacto con esas mujeres que tomaron parte en la historia. El cronista adopta un ángulo de visión desde el cual revela cada uno de los eventos que constituyen la trama. En ella van surgiendo los diferentes protagonistas que la conforman y con cada uno de ellos se da cabida a discursos estilísticamente individualizados, como sucede en el resto de los géneros literarios.

No es el mundo de las grandes hazañas ni el de los grandes líderes el que nos revela las características y la forma de actuar de las mujeres, sino en el que se mueven los seres humanos comunes y corrientes, el de la vida cotidiana; con una excepción, la figura de doña Marina, quien debido a su papel de intérprete aparece casi siempre ligada a los líderes de la conquista. Para la elaboración de este trabajo he partido sobre todo de ese otro mundo del que el testigo de la conquista quiere dar cuenta; he centrado la atención en la figura de las mujeres y la forma en que los cronistas que participaron en la conquista y colonización del Nuevo Mundo la perciben, cómo la describen, cómo

⁷ Por este mismo motivo, constantemente encontramos en cronistas como Bernal Díaz del Castillo frases similares a las siguientes: "Y dejaré de hablar de esto y volveré al capitán Gonzalo de Sandoval" o "Dejemos de hablar de esto, y digamos que aquellos guerreros..." o también "Dejemos estas pláticas y romances, pues no estábamos en tiempo de ellos, y digamos cómo se tomó parecer entre nuestros capitanes..." Específicamente en Bernal, los ejemplos podrían multiplicarse en forma impresionante; en la mayor parte de los capítulos aparecen una o varias de estas fórmulas.

nos informan de sus acciones y de sus decisiones, en una palabra, qué imagen nos legaron de ellas.

Una consideración importante que tenemos que hacer con respecto a este grupo de textos y la forma como tratan el tema al que hoy nos enfrentamos, es que estas crónicas no tienen como finalidad primaria informarnos sobre las mujeres y su comportamiento, y es obvio que tampoco es el lector del siglo XX su destinatario inmediato. Muy por el contrario, estos textos tienen como destinatario en primera instancia al monarca, o a la figura en el poder,⁸ y en segundo término a todos aquellos contemporáneos del autor que deseaban estar enterados de la forma como se llevaban a cabo las empresas⁹ de dominación.

En el caso de los conquistadores cronistas, su finalidad primaria es esclarecer y enaltecer la participación que el remitente ha tenido en la empresa que se narra. Las noticias sobre la organización social y los roles femeninos aparecen como una información secundaria. Es pertinente aclarar que esta información, no por ser secundaria deja de ser indispensable para comprender el contexto de la narración; sin embargo en ningún momento es el motor informativo de los textos.

El caso de los misioneros es diferente, a ellos sí les interesa la descripción de las sociedades americanas, están conscientes de que es indispensable conocer a la población indígena para lograr sus fines; y aunque en cada uno de los casos el fin es diferente,¹⁰ en todos ellos el referente es el Nuevo Mundo al que se enfrentan, y del que desean dar cuenta tratando de penetrar y describir todos sus aspectos y particularidades.

⁸ Las cartas de Godoy y de Alvarado están destinadas a don Hernando Cortés, que para su efecto era el jefe inmediato de los remitentes y, por tanto, su figura de poder.

⁹ Con el sentido que la palabra "empresa" tiene en el siglo XVI, que es la acción y determinación de emprender algún negocio arduo y considerable, y el esfuerzo, valor y acometimiento con que se procura lograr el intento (cf. *Diccionario de autoridades*).

¹⁰ Para Sahagún, Motolinía y Landa es importante conocer para evangelizar, mientras que para Las Casas el describir a los indígenas y su forma de vida es un arma indispensable para convencer, en particular a la Corona y en general a Europa, de la calidad de seres humanos que los indígenas tienen.

Existe un tercer grupo de textos que es interesante observar como contrapunto, éstos son los producidos por informantes indígenas o mestizos, que narran el asombro de su pueblo ante la llegada de los españoles y las guerras de dominación que de este hecho se derivaron. Ellos, igual que los conquistadores, hacen mención de las mujeres en forma incidental, pero aun así no pueden dejar de nombrarlas. Cualquiera que sea la razón que origina estos textos, tenemos la oportunidad de encontrar en ellos las primeras relaciones que se hicieron del mundo recién descubierto.

Al acercarnos a esas crónicas descubrimos que, aunque se trata en su totalidad de textos escritos por varones en los que, como es de suponerse, destaca el discurso masculino y, por lo tanto, la construcción de una realidad que es propia de su óptica, existen en la narración la descripción y las imágenes de las figuras femeninas, a las que hasta el momento, como se dijo antes, se ha prestado escasísima atención.

No es extraño encontrarnos en las crónicas de Indias la presencia de mujeres que participaron en el encuentro de los dos mundos. Son, en un buen número de casos, imágenes de mujeres que están decididas a tomar en sus manos sus propias vidas y forjar, a partir de su esfuerzo, su futuro y el de sus familias.¹¹ Estas imágenes, que pertenecen a las primeras mujeres indias con las que entraron en contacto los conquistadores y a las primeras españolas que llegaron al Nuevo Mundo, nos permiten inferir una serie heterogénea de conductas y personalidades que dejaron honda huella en aquellos que protagonizaron y reportaron el encuentro.

Se trata de un fenómeno de sumo interés, ya que no es extraño encontrar que, entre un gran número de mexicanos de nuestro tiempo, se percibe a la mujer de las tierras americanas como un objeto, artículo de regalo en manos de indígenas y conquistadores. En términos generales, existe la idea de que todas las mujeres indígenas que participaron en el proceso de

¹¹ Para mayor información sobre este comportamiento, ver más adelante capítulos IV y V.

la conquista y la dominación novohispana fueron seres sobre los cuales el hombre tuvo derecho de uso y abuso que aceptaron pasivamente su condición de inferioridad y que se dejaron manipular por los verdaderos protagonistas del drama americano: los varones. Es un lugar común en el pensamiento colectivo de los mexicanos y las mexicanas de hoy, concebir a la mujer como el ser sumiso y pasivo que Octavio Paz ha incluido entre los arquetipos que describe en su *Laberinto de la soledad*:

Su pasividad es abyecta: no ofrece resistencia a la violencia, es un montón inerte de sangre, huesos y polvo. Su mancha es constitucional, y reside según se ha dicho más arriba, en su sexo. Esta pasividad abierta al exterior la lleva a perder su identidad: es la Chingada. Pierde su nombre, no es nadie ya, se confunde con la nada, es la Nada. Y sin embargo es la atroz encarnación de la condición femenina. ...Si la Chingada es una representación de la madre violada, no me parece forzado asociarla a la Conquista, que fue también una violación, no solamente en el sentido histórico, sino en la carne misma de las indias. El símbolo de la entrega es doña Malinche, la amante de Cortés... [Ella] se ha convertido en una figura que representa a las indias, fascinadas, violadas o seducidas por los españoles (Paz, 77-78).

Sin embargo, los cronistas de Indias hacen también, y con bastante insistencia, referencia a otro tipo de mujeres cuyo comportamiento dista mucho de esta posición pasiva a la que alude Octavio Paz. Ellos nos hablan de mujeres dispuestas a participar en la guerra de conquista, ya fuese para auxiliar a su pueblo o para apoyar a los españoles en contra del imperio azteca; dispuestas a luchar para salvaguardar su integridad sexual, aun hasta la muerte; dispuestas a proteger la vida de sus hijos o las de sus maridos frente al invasor, a defender sus casas y su ámbito familiar, a hacer valer sus costumbres y su forma de pensar, en fin, a preservar su espacio vital y no permitir ser dominadas. Podemos encontrar en los cronistas e historiadores que fueron testigos y se ocuparon de narrar el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo, una serie de referencias a

personajes femeninos que hacen evidente a una mujer dispuesta a participar activamente en la defensa de sus principios y sus derechos.

La primera de estas mujeres con la que yo me encontré surgió con toda su fuerza y toda su decisión en un pasaje de *La verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. En ésta, el soldado de Hernán Cortés nos narra cómo al desembarcar en las costas de la isla de Cozumel entraron en contacto con un náufrago español, un cristiano de nombre Jerónimo de Aguilar, que había estado viviendo como esclavo de los mayas durante dos años. Después de pagar un rescate por él y comprar su libertad, Cortés lo manda en busca de un compañero “que se decía Gonzalo Guerrero...” (Díaz del Castillo, 64). La primera sorpresa se presenta cuando el lector se entera de que este personaje no desea dejar a los indígenas y regresar al mundo civilizado de los españoles; he aquí los argumentos que da:

Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras: íos vos con Dios, que yo tengo labrada la cara e horadadas las orejas (Díaz del Castillo, 64).

Si analizamos la estructura de su argumentación vemos que de todas sus razones, la que se encuentra en primer término es justamente la de tener una familia. La escena no termina ahí, en este momento y para asombro de Aguilar y del lector mismo, la mujer de Guerrero toma la palabra para defender a su hombre en contra del intruso que desea arrebatárselo:

...e así mismo la india mujer del Gonzalo habló al Aguilar en su lengua muy enojada, y le dijo: “Mirá con que viene este esclavo a llamar a mi marido: íos vos y no curéis de más pláticas...” (Díaz del Castillo, 65).

Evidentemente estamos ante una mujer de carácter, que desprecia al intruso Aguilar llamándolo “este esclavo”.

La escena toda fue una gran revelación. No sólo nos encontramos ante un español que está dispuesto a defender la integridad de una familia producto del mestizaje, sino que estamos frente a una mujer que no permite que le arranquen a su marido. No son suficientes para convencer a Guerrero de regresar con los españoles las referencias que hace Aguilar acerca de la religiosidad de unos y de otros, y de la posibilidad de la condenación eterna, para que éste decida dejar a sus hijos tan “bonicos”. Como podemos ver, estamos frente a un personaje femenino muy diferente de aquellas mujeres que originan el arquetipo del que antes hablamos, una mujer que no tiene nada que ver con la madre violada, preñada y abandonada que con tanta liberalidad se ha manejado en los textos que analizan al mexicano y sus características. Por el contrario, nos topamos con una mujer que toma parte activa en la construcción de su futuro y que está dispuesta al enfrentamiento antes de permitir que le arranquen lo que ella aprecia.

Al terminar la lectura de este pasaje y caer en cuenta de la percepción que el cronista tiene de la mujer y de la relación de la pareja, surge la convicción de que esta mujer no puede ser la única;¹² que no podría estar aislada entre la vastedad del continente americano y, concretamente, en el mundo mesoamericano y caribeño en el cual se ha centrado esta investigación. A partir de este personaje, inició una larga búsqueda de la huella que en los textos de los narradores testigos de la conquista dejaron las mujeres con las que entraron en contacto.¹³

¹² Aun cuando el caso de la mujer de Guerrero podría ser considerado como atípico, ya que su situación social no es la de cualquier mujer indígena —recordemos que era hija de un cacique maya—, me pregunto si una consideración de este tipo no es síntoma —hidra siempre acechante— de que estamos interpretando a partir de nuestra propia red de significaciones la conducta de una mujer maya de principios del siglo XVI.

¹³ Insisto, mujeres cuyo comportamiento es heterogéneo, pues lo mismo se ha encontrado mujeres pasivas que aceptan su condición de conquistadas, que las que emulan a la mujer de Guerrero, quien, habiendo reaccionado a la agresión, obtiene resultados; o a aquellas, como la aperreada presentada en la dedicatoria del libro de

EL CORPUS

Las narraciones de las cuales me ocupo en este trabajo son las que fueron escritas durante los primeros cien años a partir del descubrimiento de Cristóbal Colón y que narran la gesta de la conquista. Las crónicas pertenecen a un género que se encuentra inserto entre la literatura y la historia. Tradicionalmente han sido consideradas como fuentes para la historia, ya que los hechos narrados responden a una verdad referencial que tiene la posibilidad de comprobarse. Los incidentes, sucesos y personajes aludidos son “reales”, su intención es transmitir una información cuyo soporte estructural parte de una cronología, de ahí el nombre de crónica. En todos los casos, su sentido literal responde al discurso histórico.

En la misma medida han sido considerados textos literarios y son citados en todas las historias de la literatura, tanto en las españolas como en las hispanoamericanas.¹⁴ Al respecto resultan de sumo interés las ideas de Carlos Fuentes en su ensayo “La épica vacilante de Bernal Díaz del Castillo”, incluido en *Valiente mundo nuevo*. Fuentes considera a Bernal como nuestro primer novelista:

Bernal no es el poeta épico de algo concluido, como diría Ortega hablando de lo épico, sino el novelista de algo por descubrir: un pasado que se hace presente en su libro (74).

La crónica comparte con los textos literarios características que se sustentan en el principio jakobsoniano de la función poética del lenguaje. En ellas el narrador siente un especial in-

Todorov, en las que puede constatarse la agresión y el abuso del poder que las aniquila: “no es violada, como hubiera podido serlo una española en tiempos de guerra, sino que la echan a los perros, porque es al mismo tiempo india y mujer que niega su consentimiento. Jamás ha sido más trágico el destino del otro” (*La conquista*, 256). Confrontar más adelante los capítulos III, IV y V.

¹⁴ Estas últimas las consideran como los textos seminales de nuestra producción literaria en lengua hispana.

terés por lo inusitado, por lo extravagante o por aquello que despierta la atención del lector; aprovecha las situaciones dramáticas, utiliza un lenguaje profundamente connotativo y evocativo, no niega al discurso la posibilidad de enriquecerse con elementos imaginativos y creativos que se manejan, no como una aportación superflua, sino como un acercamiento del narrador testigo a la realidad que lo rodea, en todas sus dimensiones.

En este trabajo el interés se centra en primera instancia en las figuras femeninas, o en las voces que hacen referencia a las mujeres que participan en el encuentro de los dos mundos. De la información proporcionada por los cronistas elegidos en el *corpus*, se han extraído sólo aquellas partes del texto en las que se hace mención de las mujeres y su comportamiento, para después efectuar una lectura paradigmática de los temas que, o aparecen reiterativamente en varios de los cronistas, o bien se encuentran de manera divergente de un cronista a otro, para así destacar la forma en que se percibe a las mujeres.

El discurso narrativo está construido con voces masculinas que refieren los actos, las posturas y las iniciativas de las mujeres con las que se encuentran a lo largo de sus viajes de dominación. Por lo general las mujeres no hablan, no se les pregunta, no se les oye directamente, así que será necesario leer su conducta como una acción comunicativa,¹⁵ aun cuando la referencia que tenemos de esa conducta ha pasado por el tamiz del narrador. A través de las voces de los narradores iremos descubriendo las características de las relaciones de género, así como su imagen de la mujer; una imagen en la que predomina el asombro y la admiración frente a las mujeres de las tierras recién descubiertas. Se intenta con esta lectura apuntar un camino de acercamiento a las mujeres que participaron en la conquista, un camino que nos permite observar, en uno de los pocos vestigios

¹⁵ Es decir, conductas enmarcadas dentro de una red de estructuras de significación a la que podemos llamar cultura.

que de ellas han quedado,¹⁶ su comportamiento complejo y rico en matices; descubrir en su heterogeneidad su gran riqueza, y no solamente verlas como personajes de conducta insignificante y anodina que han sido irremisiblemente marcadas por el abuso del poder que los varones ejercen sobre ellas.

Me detengo no solamente en aquellas que han adquirido fama y que conocemos por nombre y sobrenombre, sino en todas las mujeres anónimas cuya figura está presente en las crónicas de Indias y que han pasado tradicionalmente inadvertidas para los investigadores de la historia del Nuevo Mundo. Al analizar el discurso de los conquistadores, descubrimos las huellas que las mujeres dejaron en esos cronistas que tuvieron la oportunidad de convivir con ellas en el momento del encuentro, en el periodo de la lucha armada y en el proceso en que se gestó la nueva relación interétnica.

He utilizado como fuentes de información los relatos generados por los narradores que fueron testigos del descubrimiento y la conquista de América.¹⁷ Ya que la finalidad es develar la percepción directa que estos narradores tienen de la mujer indígena, el estudio se centra en aquellos que fueron partícipes en el encuentro, el descubrimiento y el enfrentamiento de la conquista.¹⁸

Todos aquellos que escribieron sobre el mismo tema sin haber pisado nunca las tierras americanas quedan definitivamente fuera del campo de interés de este trabajo.¹⁹ Puesto que es necesario fijar límites, las crónicas incluidas son, como dije an-

¹⁶ Me refiero a las crónicas escritas por los narradores testigos de la conquista. Otra vía, desde luego, es revisar la información consignada en los documentos de archivo.

¹⁷ La obras cubiertas en este *corpus* son las cuarenta y seis consignadas en la bibliografía.

¹⁸ Queda fuera de este trabajo la información contenida en las cartas privadas de emigrantes a las Indias, que por sí mismas darían pie a un estudio específico. A los lectores interesados los remitimos a la recopilación publicada por Enrique Otte, en *América: quinto centenario del descubrimiento*.

¹⁹ Quedan, por lo tanto, fuera de esta investigación cronistas tan interesantes como Pedro Mártir de Anglería, López de Gómara o todos aquellos que escriben sus crónicas a partir de referencias proporcionadas por los protagonistas.

tes, las que cubren los primeros cien años a partir del contacto con el continente; es decir, desde los últimos ocho años del siglo xv hasta el final del siglo xvi.²⁰ Este límite temporal responde también a la premisa que origina este trabajo: develar la percepción directa que tienen de la mujer los narradores testigos de la conquista.²¹

Se le ha dado también un límite espacial: la zona comprendida en lo que hoy día conocemos como la Cuenca del Caribe y Mesoamérica. Este criterio está basado, por un lado, en el entendimiento de que los antiguos mesoamericanos compartieron una misma cosmovisión, y por lo tanto existe entre ellos una unidad cultural, aun cuando pertenezcan a regiones diferentes y hablen diversas lenguas; y, por el otro lado, en el hecho de que fueron los primeros territorios con los que los españoles entraron en contacto.

Para los textos indígenas ha sido necesario recurrir a traducciones. En el caso del *Códice Florentino*, he optado por la traducción que Georges Baudot nos ofrece en su libro *Relatos aztecas de la Conquista*, ya que en este texto tenemos la versión completa, en español, del libro XII de los *Informantes de Sahagún*. Para los fragmentos extraídos de los *Anales de Tlaltelolco*, opté por la traducción de Ángel M^a Garibay. En todos los casos ha sido muy iluminador cotejar las distintas traducciones, así como prestar atención a los comentarios que a los mismos textos hace Miguel de León Portilla.²²

²⁰ Esto no excluye a los cronistas que se encuentran en la generación de criollos, mestizos e indígenas que vivieron entre el siglo xvi y el xvii, siempre que sus crónicas hagan alusión a una vivencia directa, o sirvan para reforzar las percepciones de los protagonistas.

²¹ Queda aquí incluido el descubrimiento colombino, pues se considera que para el Almirante descubrir, nominar y tomar posesión eran partes de una misma acción: “dar nombres —a las tierras recientemente descubiertas, dice Todorov— equivale a una toma de posesión” (*La conquista*, 35).

²² En su muy amplia producción, desde los títulos de publicación temprana como *El reverso de la Conquista* (México, 1959), hasta publicaciones más recientes, como las colaboraciones que aparecen en *De palabra y obra en el Nuevo Mundo: imágenes interétnicas* (México, 1992).

Para los textos mayas usé las traducciones de Adrián Recinos, Alfredo Barrera Vásquez, Antonio Mediz Bolio y José Chonay.²³

Ilustran el texto una serie de láminas en las que el común denominador es la presencia de imágenes femeninas; han sido tomadas de diferentes códices posteriores a la conquista, y de los grabados de las crónicas que forman el *corpus*. La finalidad es destacar que existe un discurso paralelo, una narración gráfica de la conquista en la que tlacuilos y grabadores han prestado atención a la participación de la mujer. La forma de representarlas varía enormemente a partir del horizonte cultural del artista.

En el *Códice Florentino*, por ejemplo, reconocemos a las mujeres sobre todo por su peinado, en el que se destaca el cabello oscuro coronado por sus trenzas que forman dos molotes en la parte superior de la cabeza. Es la forma más característica del glifo “mujer” que se repite una y otra vez en códices como el *Mendocino* o la *Tira de la peregrinación*. En el caso del *Lienzo de Tlaxcala*, de factura seguramente mestiza, las mujeres se representan con el pelo suelto y vestidas con elaborados huipiles. Es lógico, por su origen, que en él se represente a las mujeres que han servido a los conquistadores como ayudantes. Los grabados europeos, por su parte, reflejan el gusto de la época y el grado de identificación que el artista tenía con el mundo americano. En todos los casos, la información gráfica responde a la necesidad que tenían los europeos de interpretar la cultura indígena.

En esta investigación se ha tratado de responder a las preguntas: ¿cómo se materializa la percepción de estas mujeres? y ¿cómo el yo del narrador concibe al otro?, considerando que ese otro es la mujer de las tierras americanas.

En el capítulo primero, “El descubrimiento en las islas y en «La Tierra Firme»”, se hace una revisión de la percepción colombina, así como de la información legada por los cronistas

²³ Las referencias completas de cada uno de los textos traducidos del maya se encuentran en la bibliografía.

pioneros, misma que en términos generales se encuentra aún teñida por el asombro y el cúmulo de expectativas creadas a partir de la herencia cultural de occidente.

En el segundo capítulo, “El recibimiento en el mundo mesoamericano”, atraen nuestra atención el asombro y la reacción de los indígenas, la ofrenda de presentes a los recién llegados, la donación de mujeres, el significado de la misma y cómo los españoles son considerados dioses por los americanos del altiplano. En “La mujer como ayudante” se destaca el papel protagónico de doña Marina, su participación al servicio de la empresa española y la estrecha relación que establece con Cortés. Se ve también la participación de otras mujeres que son utilizadas como informantes, como emisarias o en el proceso de evangelización.

El capítulo cuarto, “La otra cara de la recepción”, trata el tema de las mujeres que se enfrentan a los recién llegados, mujeres que protegen a sus familias y que incluso toman las armas para defender su espacio y sus derechos. Se incluye también la mención de algunas mujeres gobernantes y guerreras que toman la iniciativa de atacar a los enemigos.

En “La mujer en el desgarrón de la conquista” se examina la forma en que las mujeres fueron, en muchas ocasiones, defendidas y ocultadas de los conquistadores, el clima de desolación y devastación que se va apoderando de las ciudades y los pequeños poblados. Se hace también evidente cómo aquellos que son tomados prisioneros terminan siendo parte del botín de guerra. En esta sección se da también lugar a los textos que hablan de la derrota, el autoexterminio y el llanto generalizado.

Los dos últimos capítulos están dedicados a las mujeres españolas y la forma en que son descritas por los cronistas, su llegada a las nuevas tierras, los peligros a los que se enfrentaron, su función en los ejércitos de los conquistadores, cómo se van formando las alianzas matrimoniales y finalmente su rol en la nueva sociedad.

I. EL DESCUBRIMIENTO EN LAS ISLAS Y EN “LA TIERRA FIRME”

Es de todos conocido que el descubrimiento del continente americano fue un hecho inesperado, producto de las circunstancias. Cristóbal Colón no esperaba encontrarse con una masa de tierra que se interpondría entre él y su destino final; estaba determinado a que su aventura culminara en las tierras del este, el territorio regido por el Gran Kan, ya antes descrito por Marco Polo. Toda su percepción está teñida con esta certeza, lleva en su equipaje cultural las ideas que había heredado de la cultura occidental y bebido en las lecturas de los grandes viajeros de la antigüedad. Es a través de esos parámetros que sus ojos perciben el mundo recién descubierto.

Colón no sólo cree en el dogma cristiano: también cree (y no es el único en su época) en los cíclopes y en las sirenas, en las amazonas y en los hombres con cola, y su creencia, que por lo tanto es tan fuerte como la de san Pedro, le permite encontrarlos (Todorov, *op. cit.*, 24).

Colón tiene los ojos de quien está dispuesto a dejarse sorprender por el mundo que se presenta ante él. Constantemente encontramos que recurre a un tono hiperbólico para describir las maravillas de la naturaleza:

...los peces son tan disformes de los nuestros que es maravilla... de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todas colores... vi muchos árboles muy disformes de los nuestros, y de ellos muchos que tenían los ramos de muchas maneras, y todo en un pie, y un ramito de una manera y otro de

otra... y así en un solo árbol de cinco o seis de estas maneras (*Diario*, 31-32).

No es que el Almirante quiera sorprender a Europa con las maravillas del descubrimiento, estamos más bien ante la sorpresa de quien no acaba de entender una naturaleza tropical, exuberante y colorida, bastante alejada de sus ojos meridionales. Colón se nos presenta asombrado por las plantas epífitas que crecen en los árboles del Caribe y, lejos de razonar semejante fenómeno, reporta árboles que son capaces de producir hasta cinco o seis tipos de hojas diferentes.

Su actitud es diferente cuando se trata de describir a las mujeres; existen en él ideas preconcebidas. Como dijimos antes, Colón busca lo que la tradición le dice que se debe encontrar, y es así como ve sirenas: “El día pasado, cuando el Almirante iba al Río del Oro, dijo que vio tres sirenas que salieron bien alto de la mar” (*Diario*, 134); aunque, a fin de cuentas, no fueran “tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara” (*idem*).¹ Todo indica que lo que Colón vio fueron manatíes,² pero lejos de cuestionarse la correspondencia del referente con el de su horizonte de expectativas, soluciona el problema aclarando que no son mujeres hermosas. El mundo en el que está inmerso tiene tanto que ofrecerle que no hay tiempo para cuestionarse historias comúnmente aceptadas, nos da su propia percepción, y pasa adelante describiendo nuevas vivencias.

Colón interpreta lo que ve a partir de la información que ha recibido de sus lecturas, por el contexto inferimos que entre ellas están las aventuras de Plinio y de Marco Polo, en su mundo de realidades preconcebidas, al igual que están presentes las

¹ Esta misma cita la repite Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias* (279).

² Durand infiere del texto colombino del 9 de enero de 1493 que el Almirante vio “deslizarse por las aguas, no muy cerca de la carabela, a tres animales pardos cuyas cabezas ciertamente no recuerdan las de pez alguno. Son manatíes, pomposos anfibios que, por la misma dignidad de su corpulencia, han acabado por llamarse vacas marinas. El Almirante reflexiona y piensa: sirenas...” (*Ocaso de sirenas...*, 21-22).

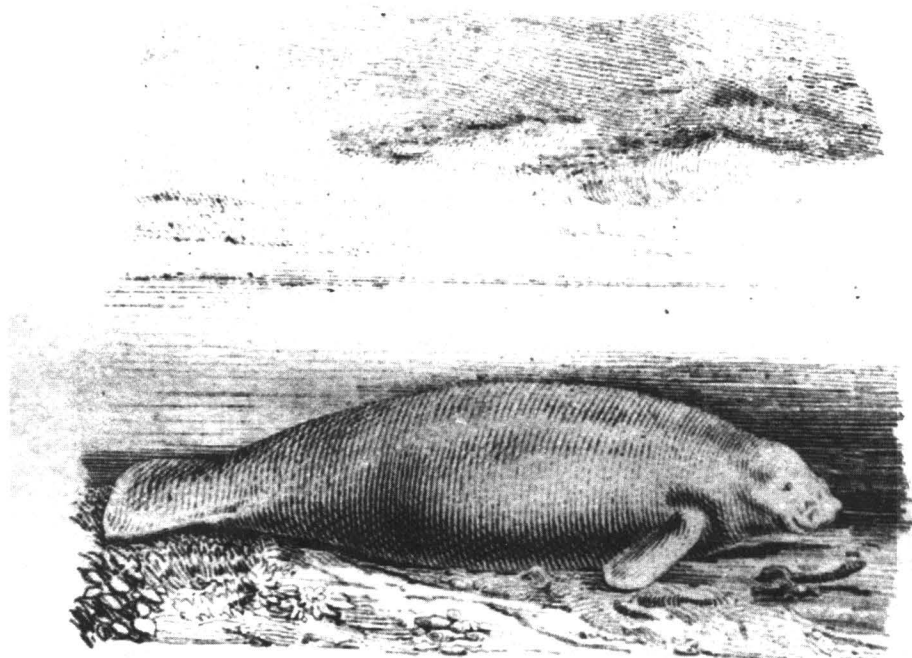
Naturaleza americana



Fernández de Oviedo

“En esta isla hay muchos y muy grandes montes é bosques” (Colón, *Diario*, 85).

Naturaleza americana



Fernández de Oviedo

“Cuando el Almirante iba al Río del Oro, dijo que vio tres sirenas que salieron bien alto de la mar... que no son tan hermosas como las pintan, que de alguna manera tienen forma de hombre en la cara” (Colón, *Diario*, 134).

sirenas, no podían estar ausentes los territorios regidos por amazonas. Estas mujeres fabulosas habían sido mencionadas constantemente en la historia y la mitología grecolatinas: aparecen en la *Odisea* de Homero, en Herodoto y más tarde serían descritas por Justino al narrar la historia de Plinio y Escolopytho. Esta última fue una versión manejada en la España renacentista; Fernández de Oviedo hace alusión a ella en el tomo primero de su *Historia*, ya que para él es importante validar la veracidad de la presencia de las amazonas que más adelante surgirán en su narración.

Plinos e Escolopytho fueron desterrados de su patria; los cuales llevando consigo a gran multitud de mançebos, se passaron á Capadoçia á par del rio Termodonte... Las mugeres, viéndose desterradas é viudas, tomaron armas, é primero defendieron su tierra é haçiendo guerra, osaron por maravilloso exemplo de todos los tiempos, hacer su república sin maridos; desechando a los veçinos por no se casar, porque no sería llamado matrimonio sino servitud... é las hembras exerçitaban en sus costumbres, no teniendo en oçio ni en el arte de la lana ocupadas, sino en armas é en caballos é caça; é quando eran pequeñas quemábanles la teta derecha, á tal que no les diesse estorbo a tirar con el arco, por lo cual se llamaron amaçonas.

Este fue el origen de las que amaçonas se llamaron, según mas largamente lo escribe Justino en Abreviaçión de Trogo Pompeyo (*Historia*, 221-222).

Desde su primer viaje, Colón empieza a tener noticias de la existencia de estas mujeres amazonas. El primero en hablar de ellas, el día seis de enero, ya casi para regresar a España, es Matías Alonso Pinzón, quien se había separado del grupo con La Pinta y toda su tripulación desde el 12 de noviembre anterior: "También dice que supo... que hacia el este, había una isla adonde no había sino solas mujeres, y esto dice que de muchas personas lo sabía" (*Diario*, 132).

La segunda noticia la recibe de un indio, el domingo 13 de enero:

De la isla de Matinino dijo aquel indio que toda era poblada de mujeres sin hombres y que en ella hay mucho tuob, que es oro o alambre, y que es más al este de Carib (*ibid.*, 138).

Alambre es el nombre que antiguamente se le daba al cobre,³ así que no es extraño encontrarnos dos días después con que el Almirante desea visitar esa isla que tantas sorpresas prometía, aunque ya el tiempo lo apremiaba y sabía que debía emprender el regreso a Europa.

Y que tenía determinado ir allá, pues está en el camino, y a la de Matinino que dicen que era poblada toda de mujeres sin hombres, y ver la una y la otra y tomar dice algunos de ellos (*ibid.*, 142).

Sin embargo, a pesar de la curiosidad que tan inusual isla despierta en los navegantes, las circunstancias van a impedir que sus embarcaciones se acerquen a la costa y que ellos puedan constatar por sus propios ojos el mito convertido en realidad.

Dijéronle los indios que por aquella vía hallaría la isla de Matinino, que dice que era poblada de mujeres sin hombres, lo cual el Almirante mucho quisiera por llevar dice que a los Reyes cinco o seis de ellas; pero dudaba que los indios supiesen bien la derrota, y él no se podía detener, por el peligro del agua que cogían las carabelas; mas dice que era cierto que las había, y que cierto tiempo del año venían los hombres a ellas de la dicha isla de Carib, que dice que estaba de ellas diez o doce leguas, y si parían niño enviábanlo a la isla de los hombres, y si niña dejábanlo consigo (*ibid.*, 144).

Cabe preguntarse en este punto cuánto habrían adelantado ya los conocimientos lingüísticos de Colón y su tripulación para que pudiesen decodificar de sus interlocutores indígenas tal cantidad de información sobre mujeres que viven sin hombres,

³ Cf. el *Diccionario de autoridades*.

Primeros encuentros con el hombre americano



Fernández de Oviedo

“...estos indios que venían con aquella mujer india, andaban en una canoa, por ventura, pescando...” (Las Casas, *Historia*, 254).

la localización de su isla y su organización social, o si por el contrario estaban tratando de adaptar la realidad intuita a un concepto ya preconcebido que formaba parte de su cultura occidental. Lo cierto es que, ya casi para llegar a las costas europeas, Colón escribe su famosa carta a Luis de Sant' Angel, y en ella retoma el tema de las amazonas sin ninguna sombra de duda sobre la veracidad de la historia: "Ellas no usan ejercicio femenino, salvo arcos y flechas, como los sobredichos de cañas; y se arman y cobijan con láminas de arambre de que tienen mucho" (Colón, *Carta a Luis...*, 6). Y cuando hace referencia a los temibles caníbales no duda en relacionarlos con las amazonas, convirtiéndolos en quienes les ayudan a perpetuar una sociedad que de otra manera se extinguiría en una sola generación: "Estos [los que comen carne humana] son aquellos que tratan con las mugeres de Matinino..." (*idem*).

Bartolomé de las Casas, en su *Historia de las Indias*, después de que nos habla de la isla Matinino, y que nos proporciona toda la información que habíamos encontrado en el *Diario*,⁴ comenta:

Esto nunca despues se averiguó, conviene á saber, que hobiese mujeres solas en alguna tierra destas Indias, y por eso pienso que el Almirante no los entendia, ó ellos referan fábulas... (Las Casas, *Historia*, 281).

Podríamos pensar que estas "amazonas" de Colón son uno más de sus afanes para justificar su empresa e insertarla en el contexto de la historia universal; pero no es él el único que reporta mujeres guerreras y mujeres a imitación de las amazonas, Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de Indias* es el que con más detalle abunda sobre el tema. El capítulo XXXII de su libro VI habla de "...las mugeres que en las Indias viven en repúblicas é son señoras sobre sí, a imitación de las Amaçonas..." (Fernández de Oviedo, 222).

⁴ No hay nada raro en esto, ya que el *Diario* del almirante fue transcrito por el mismo obispo Las Casas.

Es muy interesante observar cómo las referencias a las mujeres guerreras o “amazonas” en Fernández de Oviedo surgen de diferentes fuentes, y que en todos los casos queda asentado el nombre del informante y las circunstancias en que entra en contacto con estas mujeres guerreras. La primera ocasión en que se menciona el tema, vemos en escena al gobernador Gerónimo Dortal y su comitiva, quienes,

andando... en la Tierra Firme, hallaron él é los españoles en muchas partes pueblos, donde las mugeres son reynas é çaçicas é señoras absolutas, é mandan é gobiernan é no sus maridos, aunque los tengan; y en espeçial una, llamada Orocomay, que le obedesçen mas de treynta leguas en torno a su pueblo, é fué muy amiga de los chripstianos (*idem*).

Es claro aquí que no se trata de un fenómeno aislado, Fernándēz de Oviedo habla de muchas partes y utiliza el plural “pueblos”. Entre estas mujeres destaca una de nombre Orocomay, quien según nos dice el cronista más adelante, “no se çervia sino de mugeres, y en su pueblo é conversaçión no vivian hombres, salvo los que ella mandaba llamar...” (*idem*).

Nuño de Guzmán y su gente, cuando conquistaban la Nueva Galicia, tuvieron noticias de una población de mujeres, “é luego nuestros españoles las començaron á llamar amaçonas” (*idem*). En la Primera relación anónima de la jornada de Nuño de Guzmán, se da también noticia de estas mujeres y de cómo el capitán estaba enterado de lo que podía encontrar:

...el cuál [Guzmán] acordó de pasar las sierras, para ver lo que había adelante, porque de la demanda que de las Amazonas había tenido, ya se le haba deshecho, é quiso seguir la de las Siete Cidades, de que tenía noticia al principio que de México salió (en Icazbalceta, 291).

De la misma manera se mencionan a estas “amazonas” en la relación de Joan de Sámano; en el texto describe el lugar como un sitio de gran abundancia y prosperidad:

El capitán general partió de aquí... é fué al pueblo de las Amazonas, y aposentóse el campo en un pueblo grande que estaba bien poblado: tiene mucha abundancia de bastimentos, y mucho algodón é muchos árboles de frutas: pasa en él un gran río (*ibid.*, 283).

La posibilidad de que existan mujeres guerreras, y sobre todo mujeres que son capaces de organizar su estado sin los hombres, parece despertar inmediatamente la curiosidad de los conquistadores, a tal grado que hay quien pida como especial favor que se le permita ser el titular de la empresa que someterá a tan inusuales mujeres:

Anticipóse un capitán llamado Chripstóbal de Oñate á suplicar al capitán Nuño de Guzman, su general, que le hiçiesse merced de aquella empresa é paçificación de aquellas amaçonas: é el general se lo conçedió... (Fernández de Oviedo, *Historia*, 222).

Pero el osado Cristóbal de Oñate no parece haber tenido éxito en su cruzada pues, según reporta el cronista, ni siquiera logró llegar al lugar en que las mujeres se encontraban:

...fué con su capitania en busca dellas, é en un pueblo en el camino fue muy mal herido é otros españoles descalabrados de ciertos indios que les salieron al encuentro... [Y] no passaron adelante (*idem*).

En el segundo intento por entrar en contacto con las "amazonas", el que pide se le otorgue permiso para lanzarse a la empresa es un maestro de campo de nombre Gonçalo López:

...aun el mismo general [quiso] ver estas mugeres, é llegados allá sin resistencia, entraron, con su grado, en el pueblo do viven, llamado Çiguatan... á los españoles diéronles muy bien de comer é todo lo neçessario de lo que tenian (*idem*).

Mujeres guerreras*



Durán, lámina 1

“Algunas mujeres principales van a la batalla con sus maridos, o cuando son señoras de la tierra, mandan y capitanean su gente...” (Fernández de Oviedo, 142).

Ya empezamos a ver aquí una serie de comunes denominadores, parece ser del consenso general que las “amazonas” sí existen, sólo que el europeo que narra, ya sea Colón o Fernández de Oviedo, tiene la necesidad de minimizar su imagen. No son tan aguerridas o temibles como la creencia popular imagina: usan “armas de caña”, dice el texto colombino, y lógicamente un arma de caña no puede compararse nunca con las armas portadas por los conquistadores, cuya tecnología supera en mucho a la de los indígenas; son ciertos indios los que hieren a Oñate y no ellas quienes no les permiten llegar, dice Fernández, y finalmente cuando se llega a ellas es “con su grado”. Según el *Diccionario de autoridades* hacer una cosa de grado es “hacer una cosa de buena gana o de voluntad, vale también por gusto”. Lo que no queda muy claro, dada la construcción sintáctica, es de quién es “el grado” o gusto que les permite entrar en el pueblo, ¿es de los españoles?, o ¿son ellas quienes con su grado les permiten entrar?: “entraron, con su grado, en el pueblo do viven” y es por eso que les dan bien de comer y que los cristianos sí pueden ser amigos de ellas.

Esta interpretación no está en absoluto reñida con la forma en que se describe la organización social de las mujeres de Cihuatlán (un pueblo que aún hoy lleva este nombre, situado en el estado de Jalisco, muy cercano a la frontera con Colima). Ellas reciben a los mancebos de la comarca a su entera conveniencia,

quatro meses del año, a dormir con ellas, é aquel tiempo se casan con ellos de prestado é no por mas tiempo, sin ocuparse en mas de las servir é contentar en lo que ellas les mandan que hagan de dia en el pueblo ó en el campo; é las noches dánles sus propias personas é camas: en el qual tiempo cultivan é siembran la tierra de mahizales y legumbres, é lo cogen é lo ponen en las casas, donde han seydo hospedados. E cumplido el tiempo ques dicho, ellos todos se van, é vuelven á sus tierras, donde son naturales... (Fernández de Oviedo, *Historia*, 222-223)

Parece que estamos ante una realidad inusitada: mujeres que son señoras de sí mismas y que utilizan a los hombres a su conveniencia. Esto queda muy claro a medida que vamos avanzando en el texto, ya que Fernández de Oviedo nos especifica cuál es el resultado de esos cuatro meses de unión y cómo, en la misma forma que las Amazonas de Justino, logra perpetuarse una sociedad formada exclusivamente por mujeres:

...y si quedan esas mugeres preñadas, despues que han parido envian los hijos á sus padres, para que los crien é hagan dellos lo que quisieren; é si paren hijas, retiénelas consigo é criánlas para aumentacion de su república (*idem*).

Lo importante aquí es que el cronista que narra percibe una realidad en la que la posibilidad de las mujeres “amazonas” es un hecho. Se habla en numerosas ocasiones de ello y se da cabida a las ideas de independencia, valor y autodeterminación referidas a las mujeres; ideas que para un hispano renacentista, con sus estructuras mentales y su formación en una mentalidad enraizada en la filosofía judeocristiana, no hubiesen tenido lugar. El cronista acepta que este tipo de mujeres existe aun cuando investigaciones posteriores le impulsarían a creer lo contrario: “Yo me quise despues en España informar del mismo Nuño de Guzman, çerca desto destas mugeres, porque es buen caballero y se le debe dar crédito...” (Fernández de Oviedo, *Historia*, 223). Aunque Nuño, en esta segunda ocasión, niega que la historia de las “amazonas” sea verdadera, Fernández de Oviedo prefiere seguir creyendo en su existencia y deja una posibilidad abierta, tanto para sí como para el lector: “Digo yo que ya podrie ser que, pues las halló casadas, fuesse en el tiempo desos sus allegamientos; pero dexemos eso, é passemos adelante” (*idem*).

Pasemos, sí, y veamos que no son las “amazonas” las únicas mujeres guerreras con las que los cronistas entran en contacto. Una y otra vez presenciarnos a la mujer participando activamente en la batalla, en algunos casos como aliadas de los españoles, en contra del imperio azteca, en otros defendiendo

su propio ámbito, su espacio vital. Trataremos estos dos aspectos más adelante en los apartados IV y V de este trabajo. Lo que sí podemos destacar es que desde los primeros momentos del desembarco se percibe, a través de los ojos de los narradores, que la mujer tiene en esta sociedad un papel de igualdad con respecto del hombre. No se ve en ellas una relación de sumisión ni mucho menos de subordinación cuando los cronistas describen hábitos y costumbres de los indígenas. En el *Diario de a bordo* de Cristóbal Colón, se nos presenta a los indígenas, hombres y mujeres, asombrados por los recién llegados:

Vinieron muchos, y muchas mujeres, cada uno con algo, dando gracias a Dios, echándose al suelo, y levantaban las manos al cielo, y después nos llamaban que fuésemos a tierra (25).

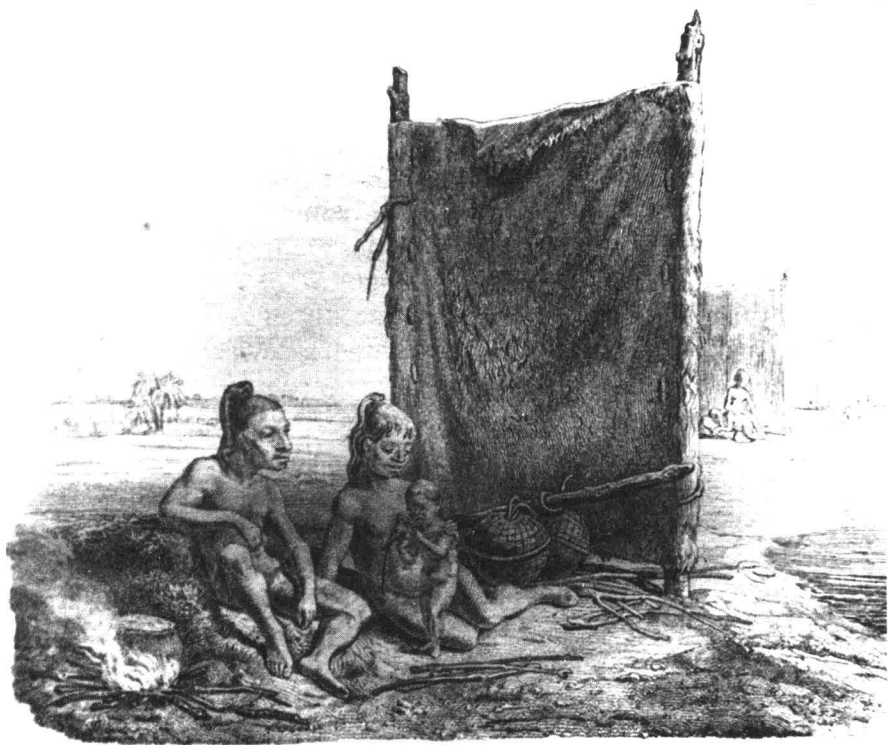
Unos días más tarde, el 6 de noviembre, cuando regresan con información Rodrigo de Jerez y Luis de Torres, a quienes el almirante había enviado tierra adentro, reportan las peculiares costumbres de los naturales y la forma como los habían recibido los más honrados del pueblo:

...y ellos todos se asentaron en el suelo en derredor de ellos (los españoles)... Después, salieron los hombres y entraron las mujeres y sentáronse de la misma manera en derredor de ellos besándolos las manos y los pies, atentádoles si eran de carne y de hueso como ellos (*ibid.*, 53).

Muy pronto Colón se da cuenta de la importancia que las mujeres tienen como figura de control dentro de su propio grupo social y de las posibilidades que tiene, por medio de ellas, de lograr la cooperación de los indígenas. El 12 de noviembre nos narra cómo después de haber hecho prisioneros a seis mancebos, a los que pensaba llevar a España como muestra de su “hazaña”, manda traer a siete mujeres y tres niños y aclara:

Esto hice por que mejor se comporten los hombres en España habiendo mujeres de su tierra que sin ellas... Así que, teniendo

El valor de la familia



Fernández de Oviedo

“Esto hice por que mejor se comporten los hombres en España habiendo mujeres de su tierra...” (Colón, *Diario*, 25).

sus mujeres, tendrán ganas de negociar lo que se les encargase, y también estas mujeres mucho enseñarán a los nuestros su lengua, la cual es toda una en todas estas islas de India (*ibid.*, 56).

Hay tres argumentos muy interesantes en esta cita, que nos develan la forma como Colón percibe el papel que desempeñan las mujeres: primero, con la presencia de las mujeres los hombres se comportan mejor; segundo, por las mujeres los hombres estarían dispuestos a negociar; y tercero, las mujeres enseñan la lengua a los españoles. Los tres argumentos nos revelan el papel socializador que Colón atribuye a las mujeres: el primer argumento parte de la perspectiva individual; del segundo argumento se deriva la responsabilidad o el compromiso que el hombre adquiere con el grupo; y por último, la mujer es auxiliar como puente de unión entre los dos grupos que se encuentran, ella enseña la lengua a los españoles.

Colón ve también muchas otras cosas en las mujeres que describe. En toda lectura del *Diario* se hace evidente el abuso de poder que los recién llegados ejercen sobre la mujer indígena. Recordemos el testimonio de Michel de Cuneo sobre la mujer que Colón le regala, mismo que ya ha sido tratado en los trabajos de Poot y Todorov. Lo que se ha querido destacar en este capítulo es que la mujer del mundo recién descubierto es un ser activo en su sociedad, y es así como la describen los descubridores primero y los conquistadores después, y que su percepción se nutre tanto de la realidad atestiguada como de la necesidad de encontrar en estas tierras el mundo preconcebido.

II. EL RECIBIMIENTO EN EL MUNDO MESOAMERICANO

La mujer como “objeto de donación” es una imagen demasiado difundida para que podamos ignorarla; no podemos negar que el arquetipo existe, y que se maneja en México con bastante liberalidad. Pero, ¿significa lo mismo para el hombre americano la donación¹ de jóvenes doncellas, que para el europeo? o ¿hay en el acto de la entrega un sentido que se escapa a nuestro razonamiento occidental?, ¿qué significó para el hombre americano el encuentro con los extranjeros?, ¿cómo los catalogaron?, ¿por qué su forma de reaccionar?, ¿existe una relación directa entre la percepción que los indígenas tienen de los recién llegados y la donación de mujeres?

El tema ha sido ampliamente tratado por Miguel León-Portilla en no pocos de sus múltiples trabajos. Los indígenas mesoamericanos no poseían estructuras mentales para catalogar al conquistador: no eran popolocas, o extranjeros, ya que los extranjeros son bárbaros, son como los chichimecas; y éstos, los recién llegados, los que se presentaban ante sus ojos, no tenían esas características. ¿Quiénes eran entonces estos seres que llegaron por las aguas inmensas? En la cosmovisión de los indígenas no existía un imaginario colectivo en el cual colocar a los recién llegados, de no ser la categoría de seres superiores: eran dioses o, lo que es casi lo mismo, enviados de los dioses. Desde el *Diario* de Colón, que podríamos considerar como el primer texto que reporta el encuentro entre europeos y ameri-

¹ Deseo aclarar que entiendo el término “donación” con la doble implicación de acción y efecto de donar. La acción implica que existe una idea de dominio, ya que sólo puede donarse lo que es propio; los efectos son múltiples y de allí la serie de preguntas.

canos, se evidencia esta postura indígena resultado de su asombro: “Ellos también tenían a gran maravilla nuestra venida, y creían que éramos venidos del cielo” (Colón, *Diario*, 22 de octubre).

En el libro XII del *Códice Florentino* una y otra vez encontramos que los informantes de Sahagún se refieren a los recién llegados como dioses, y a que entre los pueblos nahuas el mito del regreso de Quetzalcóatl, el dios responsable de la creación de la quinta humanidad, era una realidad viva: “Proyectando primero sus viejos mitos —nos dice Miguel León-Portilla— creyeron los indios que Quetzalcóatl y los otros teteo (dioses) habían regresado” (*Visión*, p. xxvii). En las narraciones indígenas de la conquista encontramos voces que, asombradas por la llegada de los extranjeros, se refieren a ellos como dioses. Uno de los informantes nos narra: “...enseguida prontamente envió [Moctezuma] mensajeros, como si creyera, como si se persuadiera de que era él, nuestro señor Quetzalcóatl, quien venía a surgir” (*Códice Florentino*, 67); “cansado ha quedado, fatigado está el dios”, dice otro cuando se dirige a Cortés.

Y es que todo en los recién llegados asombra: sus armaduras, sus caballos, sus perros, su actitud. Hay un pasaje en el *Códice Florentino* que comunica este asombro como ningún otro de los textos:

Vinieron en grupo, vinieron reunidos, vinieron levantando polvo. Sus lanzas de metal, sus lanzas con forma de murciélago, era como si lanzaran rayos. Y sus espadas de metal, como el agua ondeaban. Era como si resonaran sus chalecos de metal, sus cascos de metal. Y otros vienen incluso todos cubiertos de metal, vienen enteramente hechos de metal, vienen lanzando rayos. Llegaron aquí provocando muchos temores, llegaron aquí sembrando gran espanto, se vieron aquí con gran temor, aquí fueron muy temidos (*Códice Florentino*, 67).

No sólo los mensajeros del gran tlatoani de los aztecas cometieron el error de asombrarse y de clasificar como dioses a Cortés y a su gente; seguramente la fuente del problema surge

Doña Marina



Durán, lámina 27

“La lengua habló al Marqués, el cual le respondió, por la mesma lengua, y dixo; dice este Dios que le digas a tu Señor Montezuma que le besa la mano muchas veces y que su voluntad y deseo es ir a México” (Durán, *Historia de las Indias*, 17).

del mismo Moctezuma, quien desea esconderse, aterrado tras oír la noticia de la llegada de estos extraños seres: "...se hubiera ocultado de ellos, hubiera querido ocultarse de los dioses" (*ibid.*, 81). Una y otra vez manda a sus pochtecas a rendirles homenaje y a ofrecerles sus presentes. Aun en la elección de los regalos hay una profunda significación que marca el carácter de la bienvenida. No son simples tesoros u objetos de valor lo que se envía; son ni más ni menos que los atributos de los dioses, el tesoro mismo de Quetzalcóatl y sus atavíos: máscara de serpiente de turquesa, travesaño para el pecho de plumas de quetzal, collar tejido con disco de oro, escudo de travesaño de oro y concha nácar, ajorca de chalchihuites con cascabelillos de oro, uno a uno se van enumerando los tesoros y atavíos del dios. Y como si esto fuese poco, también se le mandan a Cortés el atavío de Tescatlipoca y el de Tlalocan Tecutli (el señor del Tlalocan).

En ocasiones la elección de los presentes es francamente desafortunada y sólo contribuye a hacer mayor la brecha entre ambos grupos, tal es el caso de la embajada que obsequió a los conquistadores con una nefasta comida:

...envió prisioneros de guerra, bien preparados, para el caso de que bebieran su sangre. Y así hicieron los mensajeros. Pero cuando los españoles vieron todo eso, experimentaron gran disgusto, escupieron, se frotaron los párpados, cerraron los ojos, sacudieron la cabeza. Los alimentos, los mensajeros los habían ensuciado, con sangre los habían recubierto. Esto disgustó mucho a los españoles, les produjo náuseas...

Y él había actuado así, Motecuhzoma, porque él los creía dioses, los tomaba por dioses, les rendía culto como a dioses (*Códice Florentino*, 76).

Moctezuma no miente ni aparenta cuando al recibir al conquistador en la calzada de Iztapalapa le ofrece regresarle su solio, el lugar en el que había de instalarse y gobernar. Su actitud es producto del más absoluto convencimiento, lo llama "Señor nuestro", y se comporta ante él con humildad:

...he aquí que llegaste a acercarte a tu ciudad de México, he aquí que viniste a descender a tu estera, a tu sitial, que por un momento yo te he cuidado, que te he conservado. Pues ya partieron tus gobernadores, los señores soberanos, Itzcóatl, Motecuhzoma el viejo, Axayácatl, Tízoc, Ahuítzotl... (*Códice Florentino*, 98).

Al declarar que tanto él como sus antecesores sólo están ahí por un breve tiempo, Moctezuma está haciendo patente su carácter de inferioridad frente al verdadero gobernante: el dios que regresa. Todo el diálogo de bienvenida está teñido de un aura de misterio, Moctezuma quiere hacer patente que el ser que se encuentra frente a él pertenece a una dimensión diferente, es superior a él, es su dios:

Yo estaba invadido por malas impresiones desde hace cinco años ya, desde hace diez años ya. Miré allá, hacia el lugar desconocido del que saliste, de entre las nubes, de entre la bruma. Así que eso es lo que habían dicho al partir los señores soberanos, que tú vendrías a darte a conocer a tu ciudad, que vendrías a descender aquí, a tu estera, a tu sitial... (*Códice Florentino*, 100).

Joyas, atavíos de los dioses, sangre del sacrificio son los más preciados regalos que Cortés puede recibir a los ojos de los hombres del altiplano, son los regalos que se ofrendan a los dioses. Sólo que Cortés también recibe doncellas. Este acto en el mundo mesoamericano responde a su particular cosmovisión, y no puede juzgarse a partir de una escala de valores occidental. Las mujeres son ofrendadas en primera instancia para “hacer generación”:

Y dijeron a Cortés, pues éramos ya sus amigos, que nos quieren tener por hermanos, que será bien que tomásemos de sus hijas e parientas para hacer generación; y para que más hijas sean las amistades trajeron ocho indias, todas hijas de caciques... (Díaz del Castillo, 129).

La llegada a la costa del Golfo



Códice Florentino, libro XII

“...enseguida prontamente envió mensajeros [Motecuhzoma], como si creyera, como si se persuadiera que era él, nuestro señor Quetzalcóatl quien venía...” (*Códice Florentino*, 67).

No es cualquier mujer la que se regala para emparentar, en todos los casos en que éste es el motivo de la ofrenda, las doncellas regaladas son hijas de los principales; no podía ser de otra manera si prevalecía el concepto de que los recién llegados eran dioses. Surgiría así una raza superior, como resultado de la unión entre los teules y las doncellas principales. Para los totonacas y tlaxcaltecas la unión tenía como finalidad protegerlos de los temibles aztecas y sellar la alianza con los recién llegados:

...se les acordó desto que les habían dicho sus ídolos, que por aquella causa nos dan sus hijas para tener parientes que les defiendan de los mexicanos... (*ibid.*, 203).

Díaz del Castillo reproduce la voz de Xicoténcatl, que razona de la siguiente manera:

...y si no fueran hombres, sino teules, de una manera o de otra les hagamos buena compañía... y démosles mujeres para que de su generación tengamos parientes... (*ibid.*, 174).

En otro pasaje más adelante pone en labios del mismo jefe tlaxcalteca el siguiente parlamento:

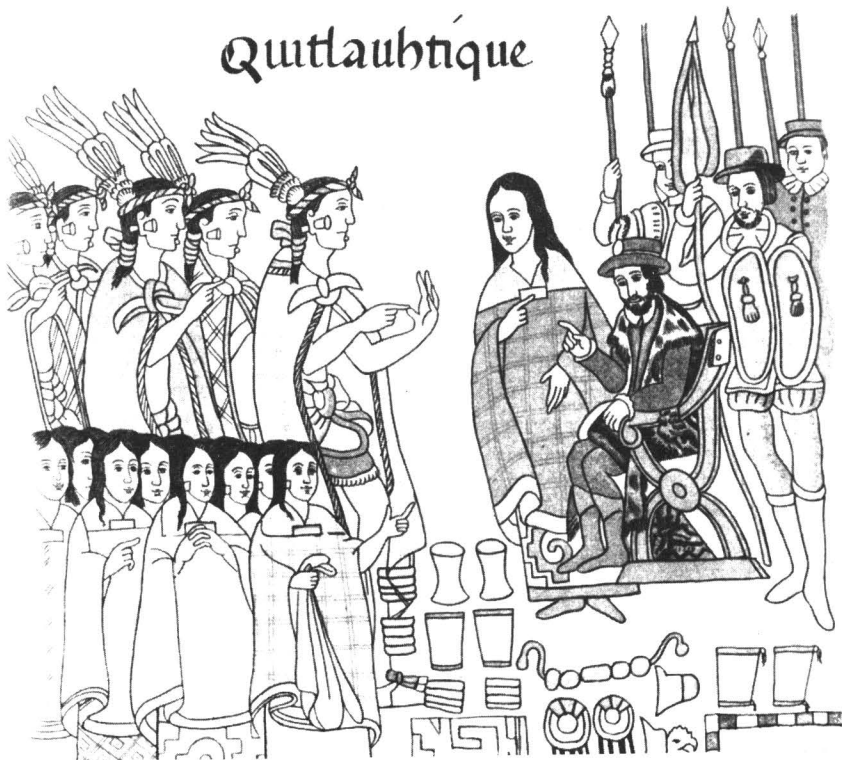
Malinche, por que más claramente conozcáis el bien que os queremos... nosotros os queremos dar nuestras hijas para que sean vuestras mujeres y hagáis generación, porque queremos teneros por hermanos... Yo tengo una hija muy hermosa, e no ha sido casada e quiérola para vos (*ibid.*, 197).

Díaz del Castillo en varias ocasiones nos hace partícipes de su asombro ante la belleza y dignidad de las mujeres donadas:

Otro día vinieron los mismos caciques viejos y trajeron cinco indias hermosas, doncellas y mozas, y para ser indias eran de buen parecer y bien ataviadas, y traían para cada india otra moza para su servicio, y todas eran hijas de caciques (*ibid.*, 198).

Obsequios de los tlaxcaltecas a Cortés

Quitlauhtique



Lienzo de Tlaxcala, lámina 7

“Nosotros os queremos dar a nuestras hijas para que sean vuestras mujeres y hagáis generación, porque queremos teneros por hermanos” (Díaz del Castillo, 197).

Muchas veces la ofrenda de mujeres va acompañada de oro, puesto que ya los indígenas habían percibido la especial debilidad que los extranjeros sentían por el metal:

Como monos de larga cola se apoderaban por todas partes del oro. Es como si ahí se sentara, como si se aclarara en blanco, como si se refrescara su corazón. Porque es bien cierto que tenían mucha sed, como si lo engulleran, como si murieran de hambre por él, como si lo desearan como puercos, el oro (*Códice Florentino*, 87).

No es extraño, por tanto, encontrarnos con que Moctezuma “siempre daba á los españoles algunas sortijas de oro, é á otros guarniciones de espadas de oro, é mujeres hermosas, é largamente de comer” (Tapia, 586); y que Díaz del Castillo varias veces ponga en paralelo a lo largo de su historia el regalo de oro y el de mujeres: “allí nos dieron un collar de oro y unas mantas y dos indias...” (*ibid.*, 157), o en otra ocasión: “...y todos juntos trajeron un presente de oro y dos cargas de mantas e ocho indias, que valdría el oro sobre ciento cincuenta pesos...” (*ibid.*, 233).

A medida que los textos de los cronistas peninsulares van avanzando se sustituye el asombro de la aventura por la imperante realidad. Lo mismo ocurre con los relatos que hablan de mujeres y van haciéndose cada vez más omnipresentes, y los que hablan de su afán de encontrar, poseer y acaparar oro.

No en todos los casos las mujeres son ofrecidas para “hacer generación”; hay ocasiones en que se ofrecen a los teules españoles para ser sacrificadas. El cacique de Cempoala entrega cuatro mujeres con ese fin:

...podéis comer de sus carnes y corazones; y porque no sabemos de qué manera lo hacéis, por eso no las hemos sacrificado ahora delante de vosotros; y si sois hombres, comed de las gallinas, pan y fruta; y si sois teules mansos, aquí os traemos copal... y plumas de papagayos; haced vuestro sacrificio con ello (Díaz del Castillo, 182).

Por si todavía quedara en el lector alguna duda sobre el desconcierto de los indígenas, en este último pasaje es el “cacique gordo”, como lo llama Bernal, quien desea dejar cubiertas todas las posibilidades, ya sea que se trate de teules, de hombres o de teules mansos.

En otras ocasiones, las menos, las mujeres son entregadas como sirvientes

para que les guisasen de comer y hiciesen pan de maíz, que es lo más trabajoso de hacer, y que sin mujeres no se puede amasar sino mal y con gran dificultad... (Las Casas, *Historia*, 411).

Pero de este papel femenino hablaremos más adelante.

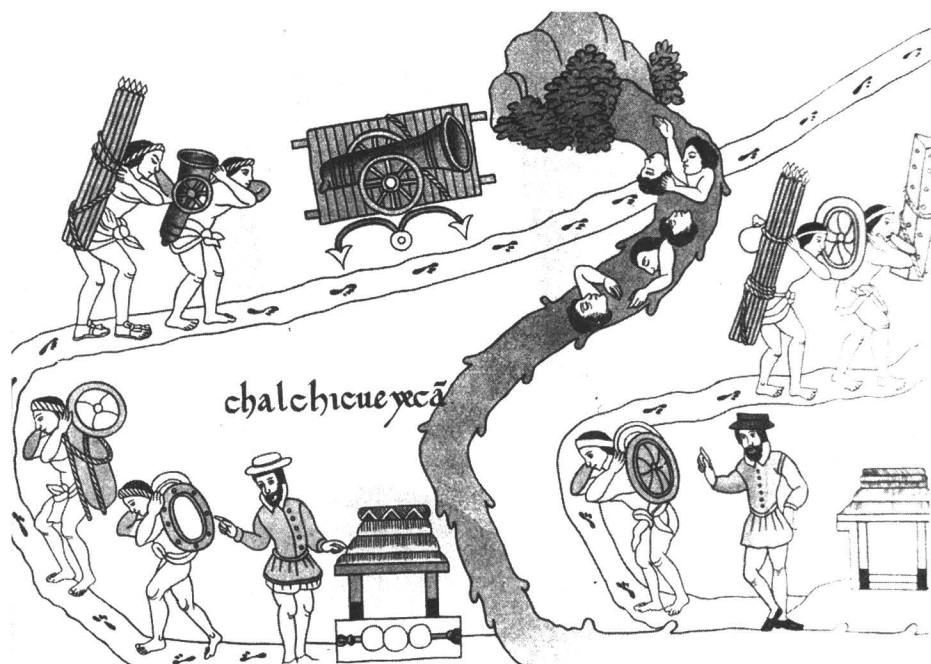
Es importante aclarar que no sólo se donaba mujeres como ofrenda; también, en numerosas ocasiones, los lectores de la crónica de Indias presenciamos que son hombres los que se dan como regalo. En estos casos el varón entregado no está destinado a desempeñar un papel de la trascendencia que tiene el de la mujer. Los hombres, en la mayoría de los casos, son regalados para hacer el oficio de tamemes o cargadores, y en otros son destinados a la guerra.

Y otro día de mañana salimos a Cempoal, y tenía aparejados sobre cuatrocientos indios de carga, que en aquellas partes llaman tamemes, que llevan dos arrobas de peso a cuestras y caminan con ellas cinco leguas; y desde vimos tanto indio para carga nos holgamos, porque de antes siempre traíamos a cuestras nuestras mochilas... (Díaz del Castillo, 114-115).

En los códices posteriores a la conquista, que relatan la llegada de los españoles, encontramos constantemente imágenes de cargadores que llevan a cuestras cuanto necesitaban los conquistadores: pólvora, arcabuces, mosquetes, cañones, baúles, provisiones, pastura y los aparejos de los caballos; y en ocasiones cargan sobre sus espaldas a los mismos españoles.²

² Cf. *Lienzo de Tlaxcala*, lám. 30.

Hombres como tamemes



Lienzo de Tlaxcala, lámina 30

“Y en menos de media hora traen sobre quinientos indios de carga, y otro día muy de mañana comenzamos a marchar camino de la cabecera de Tlaxcala con mucho concierto, así de la artillería, como de los caballos y escopetas y ballesteros...” (Díaz del Castillo, 193).

No podemos imaginar el internamiento de Cortés en el territorio mexicano si no se hubiera visto auxiliado por estafuerza de trabajo que lo asistió en su desplazamiento sobre kilómetros y kilómetros de terrenos surcados por los dos ejes montañosos de nuestro hemisferio.

Los pasajes que mencionan a los tamemes nos hablan siempre de grandes multitudes:

...que luego le trajeron cien hombres tamemes para llevar los tepuzques, que son los tiros... (Díaz del Castillo, 125). Y en menos de media hora traen sobre quinientos indios de carga... (Díaz del Castillo, 193).

No son nunca números reducidos como es el caso de las doncellas, hijas de los principales, destinadas a “que hagamos generación”.

Seguramente el oficio a desempeñar estaba relacionado con la posición del indígena dentro de su sociedad, ya que otros son destinados, como dijimos antes, a la guerra o a fungir como mensajeros entre los españoles y los poblados próximos: “...les demandó veinte indios de guerra que fuesen con nosotros, y ellos nos los dieron de buena voluntad” (Díaz del Castillo, 158). En otro de los textos vemos a los hombres utilizados por Cortés como mensajeros y guías:

...y para ello envió los seis indios por mensajeros, y los otros seis quedaron para que nos guiasen (Tapia, 575).

Existe una profunda diferencia entre la forma en que los pueblos mayas recibieron a los españoles y la acogida que les dieron los habitantes del Altiplano Central. Para los últimos, como dijimos antes, existía la convicción de que los recién llegados eran dioses. Es por esto que el común denominador entre los aztecas y sus vecinos es la recepción desconcertada, asombrada, matizada por la ofrenda de presentes, tanto comestibles, como objetos de valor, oro y donación de doncellas. En la conquista de la zona maya no sucede así, posiblemente por-

que entre ellos no existía el mito de la partida y el regreso de Quetzalcóatl; seguramente porque al adentrarse los españoles en su territorio los mayas ya habían tenido noticia de su comportamiento y crueldad. Los textos nos dicen que Jerónimo de Aguilar y Guerrero, de quienes ya hemos hablado en la introducción, son inicialmente tomados por sus captores mayas como esclavos. Los mayas de Yucatán no pensaron que los conquistadores fueran dioses,³ “desde un principio los llamaron dzules, que quiere decir forasteros. Igualmente les dieron por nombre «comedores de anonas»” (León-Portilla, *Reverso*, 77) y, aunque en los *Anales de los cakchiqueles* hay un pasaje en el que el autor nos hace saber que los señores los tomaron por dioses, el comportamiento general de los grupos mayas está teñido de horror:

De esta manera llegaron antaño los castellanos ioh hijos míos! En verdad infundían miedo cuando llegaron. Sus caras eran extrañas. Los Señores los tomaron por dioses. Nosotros mismos, vuestros padres, fuimos a verlos cuando entraron a Yximchéé (*Anales de los cakchiqueles*, 126).

“En verdad infundían miedo cuando llegaban”, lo que los conquistadores suelen encontrar al llegar a los poblados, grandes o pequeños de la zona maya, es desolación: ciudades abandonadas, y un gran número de ellas quemadas por sus habitantes. En Tapetitán “habían quemado sus casas”; en Iztapan “les había hecho quemar su pueblo y desampararle”; Tatahuitlan “hallélo quemado y sin ninguna gente”; a Ziguatapan lo “hallamos quemado hasta las mezquitas”; Ozumazintlan, “que le habían hallado quemado y la gente de él ausentada” (Cortés, 226-231). Nada tienen que ver estas recepciones con las que les brindaron los pueblos asentados en la ruta que va de la Villa

³ “En la visión maya de la conquista —nos dice Miguel León-Portilla— hay tres elementos fundamentales: es contemplada y predicha desde el punto de vista de la marcha inexorable del tiempo; por lo menos en Yucatán nadie piensa que los dzules sean dioses y, finalmente, se toma conciencia de lo que han hecho y se les mide con el criterio de la doctrina que ellos predicán” (*El reverso*, 79).

Rica de la Vera Cruz hasta la ciudad de México-Tenochtitlan. Nada de ofrendas, nada de tesoros y, desde luego, nada de mujeres; ¡vamos!, ni siquiera seres humanos para recibirlos.

A partir de la revisión de los textos podemos llegar a una serie de deducciones de sumo interés:

1) La ofrenda de doncellas principales, lejos de ser considerada a los ojos mesoamericanos como un acto denigrante para la mujer, implica conceptos y valores profundamente arraigados en dicha cultura, que para ser entendidos en el mundo posterior a la colonia deben contextualizarse a partir de la cosmovisión de los pueblos indígenas y de las circunstancias particulares del desembarco de Cortés.

2) En aquellos lugares en que los extranjeros fueron tenidos por dioses, las mujeres fueron entregadas a ellos para crear una nueva generación, para emparentar con los seres divinos.

3) Cuando existió donación de seres humanos no sólo fueron mujeres; en la misma medida encontramos donaciones de varones destinados a diversos fines, aunque el más generalizado es el de servir como cargadores a las huestes españolas.

4) Los donados habían de cumplir con diversos roles que dependían de su condición social, los esclavos y siervos estaban destinados a servir, cualquiera que fuera su sexo.

En un contexto como éste el mestizaje resulta inevitable, ya sea por el camino de la donación, ya porque es producto de las circunstancias. Importantes oleadas de conquistadores y pobladores, entre los cuales el promedio de varones es amplísimo,⁴ se establecen en el territorio mesoamericano por periodos considerables. Los nuevos pobladores se encuentran alejados de sus familias y con necesidad de encontrar un arraigo, una compañera. Para el español que viene a la conquista del Nuevo Mundo el mestizaje no es un fenómeno extraño, él mismo es producto de la mezcla; la Península Ibérica había atestiguado ocupaciones sucesivas de celtas, iberos, griegos, latinos, godos,

⁴ Boyd-Bowman estima que el promedio de españolas que llegaron a América entre 1509 y 1519 es 5.6% del total de emigrantes (citado por Georges Baudot, *Vida cotidiana*, 17-18).

Emprenden el camino



Durán, lámina 28

“...y luego le trajeron cien hombres tamemes para llevar los tepuzques, que son los tiros, y vinieron otro día de mañana” (Díaz del Castillo, 125).

visigodos, suevos, alanos y árabes, entre otros. Ser castellano, gallego o navarro es llevar en las venas una mezcla de sangres. El español es mezcla de mezclas, como tan acertadamente ha dicho Miguel León-Portilla.

Existen ejemplos de españoles que, habiendo formado familias mestizas empujados por las circunstancias, en el momento de escoger entre la familia y su regreso al mundo occidental, optan por quedarse con su nueva gente y renuncian a su pasado por el nuevo hogar. Gonzalo Guerrero, de quien ya hablábamos en la introducción, es uno de ellos:

E ya veis —le contesta a Aguilar— estos mis tres hijitos cuán bonicos son. Por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra (Díaz del Castillo, 64).

Guerrero desarma a Aguilar con su razonamiento, opta por los hijos y la vida que ha aprendido a vivir y corta de tajo con cualquier posibilidad de reintegrarse al mundo español. Aguilar insiste con nuevos argumentos, si las cosas terrenas no han podido convencer a su compañero, recurre a valores más trascendentes. Según el relato del soldado cronista:

Aguilar tornó a hablar al Gonzalo que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima; y si por mujer e hijos lo hacía, que la llevase consigo si no los quería dejar; y por más que dijo e amonestó, no quiso venir (Díaz del Castillo, 65).

A Aguilar no le repugna que Guerrero desee conservar a la familia, acepta su deseo y propone opciones, pero el naufrago se ha dejado atrapar: por la mujer, por los hijos, por la tierra y por la gente de la península de Yucatán, así que opta por quedarse.

Tampoco parece repugnarle a Bernal, puesto que reporta el hecho con una naturalidad asombrosa, su descripción es tal que podemos sentir que estamos presenciando la escena mientras la leemos; pero aun así el cronista da vuelta a la página con

una de las magníficas aserciones que lo han caracterizado como amante del detalle, esos detalles que parecen tener como finalidad arraigar la historia en la realidad: “Y parece ser que aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos” (*idem*). Casi todos los cronistas narran esta escena; aparece en Tapia, en Torquemada, en Cortés, en Francisco de Aguilar. El más puritano de todos es Landa, el obispo de Yucatán, parece que a él le repugna el hecho más que a los otros y termina diciendo: “...nunca procuró salvarse antes bien labraba su cuerpo... como los indios, y es creíble que fuese idólatra como ellos” (*ibid.*, 13).

Hay otro ejemplo de un español retenido por sus mujeres; da cuenta de él Álvaro Núñez Cabeza de Vaca en sus *Naufragios*. Es una narración alucinante en la que Cabeza de Vaca hace sentir al lector el hambre, las carencias y la desolación de tantos españoles que se dieron a navegar por las costas americanas; cabe recordar aquí que Cristóbal Colón le dio por nombre a una de estas regiones la Baja Mar (Bahamas). En la crónica de Cabeza de Vaca la voz del narrador ya nos ha hecho presenciar dos encayamientos sucesivos, y a continuación describe la forma en que van muriendo poco a poco los hombres de la expedición de Narváez; las marchas trabajosísimas en los pantanos interminables de La Florida; el hambre desesperante que los lleva a comer sus caballos primero y los cadáveres de sus compañeros después. Nos enteramos también cómo los sobrevivientes de la catástrofe son esclavizados y maltratados por los indios deaguanes y quevenes (así los llama el autor) y, aun así, aun viviendo entre indígenas, el hambre es un factor omnipresente y los años se encadenan sin que se vislumbre siquiera la sombra de un rescate:

Fueron casi seis años el tiempo que yo estuve en esta tierra —dice Cabeza de Vaca— solo entre ellos y desnudo, como todos andaban. La razón que tanto me detuvo fué por llevar conmigo un cristiano que estaba en la isla, llamado Lope de Oviedo... y por sacarlo de ahí yo pasaba a la isla cada año y le rogaba que nos fuésemos á la mejor maña que pudiésemos en busca de

cristianos, y cada año me detenía diciendo que el otro siguiente nos iríamos. En fin, al cabo lo saqué y le pasé el ancon y cuatro rios que hay por la costa, porque él no sabía nadar (Cabeza de Vaca, 529).

En este punto de la narración, el lector se inclina a creer que la salvación está cerca, o por lo menos que ya no se espera en forma pasiva, que los protagonistas tienen la capacidad de emprender el camino a ella, y cuando se empezaba a vislumbrar la salida, surge, unas líneas más adelante, la primera contrariedad y, a partir de ella:

Lope de Oviedo, mi compañero, dijo que quería volverse con unas mujeres de aquellos indios... que quedaban algo atrás. Yo porfié mucho con él que no lo hiciese, y pasé muchas cosas, y por ninguna vía lo pude detener; y así se volvió, y yo quedé solo con aquellos indios... (*ibid.*, 530).

Para el lector el asombro es total: ¿cómo que se va a regresar si no sabía nadar?, ¿cómo que se regresa si vivían en la eterna hambruna, esclavizados y maltratados? La verdad es que hay que releer el pasaje entero, y en esa segunda lectura queda clara la razón: "quería volverse con unas mujeres de aquellos indios". Y ya no volveremos a saber nada de Lope de Oviedo, seguimos a Cabeza de Vaca en su camino que lo lleva a reencontrarse con los cristianos, y en La Florida se queda otro español que opta por las compañeras indígenas. No son los únicos ejemplos, pero basten como muestra para recapacitar sobre otro tipo de relación que se da entre el español y la mujer india, una forma de relacionarse de la que no se suele hablar, pero que está presente en las crónicas de Indias.

III. LA MUJER COMO AYUDANTE

La lectura de las crónicas que narran la conquista y la colonización del Nuevo Mundo nos enfrenta a múltiples figuras femeninas y a comportamientos diversos y complejos; nos encontramos tanto con mujeres que son utilizadas al servicio de la empresa española, como con las que se enfrentan a los conquistadores y defienden su espacio y sus familias. En este capítulo se intentará reflexionar sobre las circunstancias del primer grupo; de las del segundo nos ocuparemos en el cuarto capítulo.

Malintzin es el prototipo de la mujer que actúa como “auxiliar” de los españoles; ella se convierte, como ninguna otra, en un elemento nuclear para realizar la conquista. Es el arma más eficiente de Hernán Cortés porque, con su capacidad lingüística, abre todas las puertas y descubre todos los secretos del mundo mesoamericano. Las doncellas donadas durante los primeros meses a los conquistadores¹ se convierten en instrumento eficaz para llevar a cabo la conquista; significan para ellos la posibilidad de sobrevivir, ya que son las mujeres quienes conocen los secretos de la tierra, poseen información sobre rutas y reinos, saben del procesamiento de las especies comestibles y medicinales, entienden de usos y costumbres, y tienen, desde luego, la capacidad de descifrar los códigos informativos del Nuevo Mundo. Sin ellas seguramente la conquista habría tomado otro derrotero. Marina pertenece a un grupo de mujeres regaladas en la costa de Tabasco.

¹ Me refiero al periodo que va desde el primer contacto con tierra mexicana hasta la noche de la huida de la ciudad de México-Tenochtitlan, para refugiarse en territorio tlaxcalteca.

La llegada a la costa del Golfo



Códice Florentino, libro XII

“Una mujer de aquí de los nuestros, los guiaba, les servía de intérprete hablando náhuatl. Ella se llamaba Malintzin, su hogar estaba en Tetíc-pac. Allí en la costa, de entrada la habían prendido” (*Códice Florentino*, 79).

No es, entonces, nada raro encontrarnos con que Bernal Díaz del Castillo, al relatar los sucesos del 15 de marzo de 1519 y después de enumerar los valiosos presentes de oro que habían sido entregados por los caciques y principales “de aquel pueblo de Tabasco” (entre los que se encontraban cuatro diademas, unas lagartijas, dos perrillos y orejeras, cinco ánades, dos figuras de caras de indios y dos suelas, todas del ansiado metal), exclamara:

Y no fué nada este presente en comparación de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer, que se dijo doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana (Díaz del Castillo, 87).

Claro que no fue nada el presente de oro comparado con las mujeres, ya que éstas se convirtieron en la clave para sobrevivir en un territorio totalmente ajeno a la cultura occidental.

El primer problema que doña Marina resuelve es el de la lengua. Para Cortés, el acceso a las lenguas de los territorios conquistados es en realidad la vía de penetración de sus estructuras mentales y, por lo tanto, a su cosmovisión; el acceso a la lengua es su más importante arma de conquista. Y es que Malintzin, como dice uno de los soldados de Cortés, Andrés de Tapia,

sabie dos lenguas, y nuestro español intérprete la entendie, y supimos de ella que siendo niña la habien hurtado unos mercaderes é llevádola á vender a aquella tierra donde se habie criado; y así tornamos á tener intérprete (Tapia, 561).

Todos los cronistas mencionan la importancia que este regalo tiene para Cortés y para el desarrollo posterior de la conquista; Landa incluso lo califica como providencia divina:

...con la cual se vino a entender Aguilar y que así proveyó Dios a Cortés de buenos y fieles intérpretes, por donde vino a tener noticia y entrada en las cosas de México... (Landa, 17).

Noticia y entrada dice Landa, ya que sin la presencia de Marina y su bilingüismo Cortés habría estado en una enorme desventaja frente al pueblo al que pretendía dominar. A todos los testigos de la conquista les parece muy importante aclarar al lector la procedencia de Malintzin y la forma en que había sido regalada a un cacique xicalanca, ya que con estos antecedentes se puede fácilmente comprender su capacidad de hablar las lenguas maya y náhuatl.

El único que no desea dar gran relevancia al papel protagónico de Malintzin es Cortés, como si temiera que en las *Cartas de relación* la figura de doña Marina fuese a destacar más de lo conveniente frente a los ojos del monarca destinatario de las misivas. La menciona sólo ocasionalmente y se refiere a ella como “la lengua”: “...y así lo asentó un escribano, por las lenguas que yo tenía”, “...a la lengua que yo tengo, que es una india de esta tierra...” (Cortés, 43-44). Georges Baudot analiza, con gran acierto, este aspecto del silencio de Cortés en “Malintzin, imagen y discurso de mujer en el primer México Virreinal”:

Las *Cartas de Relación* —dice— son además un texto con finalidades políticas muy obvias y Malintzin sólo puede esperar un trato “subversivo” de su realidad. Lo único que concede el conquistador es una alusión pasajera a la situación de intermediario obligatorio que cumplía Malintzin al organizarse las conversaciones políticas con las autoridades amerindias que les salían al paso... (Baudot, “Malintzin...”, 181-208).

A Moctezuma seguramente le aterra la desventaja en que lo sitúa el que los recién llegados tengan un intérprete de su propia gente; este terror se refleja en la reiteración que utiliza el informante de Sahagún en el *Códice Florentino*. Cinco conceptos sinónimos son utilizados en el texto para hacer patente en el destinatario los reiterados cuestionamientos del tlatoani.

Y se dijo, se declaró, se indicó, se relató, se puso en el corazón de Motecuhzoma, que una mujer de aquí, de los nuestros, los

Los españoles pasan por Yliyocan

Yliyocan.



Lienzo de Tlaxcala, lámina 2

“...y allí fue recibido [Cortés] de los principales de aquel pueblo: de allí pasaron los nuestros a otro lugar muy grande que llamaban Atliquitán...” (Muñoz Camargo, 187).

guiaba, les servía de intérprete hablando náhuatl. Ella se llamaba Malintzin, su hogar estaba en Tetícpac. Allá, en la costa, de entrada la habían prendido (*Códice Florentino*, 79).

La utilización de las reiteraciones sinonímicas y los paralelismos sintácticos no es ajena a la expresión náhuatl, pero lo normal es encontrarlas en pares o en grupos de tres; rara vez encontramos textos como éste, en el que el informante anónimo haga tanto hincapié, como si quisiera hacer patente que del otro lado de la respuesta existían también reiteradas preguntas. Llama también la atención la frase final, “Allá en la costa... la habían prendido”; el informante desea disculpar la presencia de Malintzin, “una mujer de los nuestros”, entre los españoles. Prender a alguien es un acto de la voluntad del sujeto agente de la acción en el que no interviene para nada los deseos del otro, en que se convierte en objeto al que se toma.

Sin embargo, en los textos que proceden de los cronistas españoles que convivieron con Marina no se encuentran indicios de que la mujer haya permanecido con Cortés y su gente en contra de su propia voluntad. Por el contrario, cuando en Cholula se le presenta la oportunidad de huir, de refugiarse con su propia gente y abandonar a los conquistadores en manos de sus enemigos —según narran los cronistas españoles—, permanece al lado de Cortés y cumple su papel de intérprete y de guía:

...y una india vieja, mujer de un cacique, como sabía el concierto y trama que tenían ordenado, vino secretamente a doña Marina, nuestra lengua, y como la vio moza y de buen parecer y rica, le dijo y aconsejó que se fuese con ella a su casa si quería escapar con vida, porque ciertamente aquella noche o otro día nos habían de matar a todos, porque ya estaba así mandado y concertado por el gran Montezuma... y porque sabe esto, y por mancilla que tenía de la doña Marina, se lo venía a decir, y que tomase todo su hato y se fuese con ella a su casa, y que allí la casaría con un su hijo... (Díaz del Castillo, 219).

El relato del soldado cronista continúa narrando cómo Marina hace creer a la vieja, no sólo que está agradecida, sino que esa misma noche huirá con ella para unirse a su hijo, y sólo pide unas cuantas horas para poder juntar sus bienes, mantas y oro y para abandonar a los españoles al abrigo de la oscuridad. Marina, lejos de hacerlo, informa al capitán de la emboscada para que encuentre alguna manera de salir airoso del nuevo peligro: “Y la doña Marina entra de presto donde estaba el capitán Cortés, y le dice todo lo que pasó con la india; la cual luego la mandó traer ante él...” (Díaz del Castillo, 220).

Díaz del Castillo no es el único cronista que narra este pasaje. Tapia y Torquemada también lo relatan con muy pocas variantes, y esta reiteración nos inclina a creer que no se trata de un mero artificio de la imaginación de aquellos que participaron en esa primera marcha hacia la ciudad de México-Tenochtitlan.

Estando para nos partir —dice Tapia—, una india de esta ciudad de Cherula, mujer de un principal de allí, dijo á la india que llevamos por intérprete con el cristiano, que se quedase allí, porque ella le querie mucho é le pesaria si la matasen, é le descubrió lo que estaba acordado; é así el marqués lo supo é dilató dos días su partida... (Tapia, 574).

Por este motivo pienso que las razones de la participación de Marina en la conquista como ayudante de los recién llegados son sumamente complejas y que involucran no solamente, como se ha querido interpretar, la consecuencia de su condición de objeto, el producto de la amargura resultante de una historia en la que ella es el artículo de continuas transacciones o el resultado de su fascinación por el conquistador, sino también un acto de voluntad, una opción. Marina parece decidir por sí misma, como también parece tener la capacidad de una actitud totalmente opuesta, la de ser otra mujer. Dos mujeres, dos posibilidades de actuación consignadas por los cronistas españoles.

En otro de sus pasajes dice Torquemada que le informaron a Moctezuma que “Traían consigo una mujer como diosa”

(Torquemada, 91). Es muy interesante este calificativo, ya que prácticamente en todos los cronistas que mencionan a Marina se descubre la admiración por esta mujer de extraordinarias cualidades. El cronista que narra, dijimos antes, cuando se detiene a hablar de las mujeres es porque ve en ellas virtudes excepcionales, capacidades que les son de utilidad o actitudes dignas de mencionar. En ninguno de los libros utilizados en esta investigación se encontró que los cronistas dedicaran el espacio de sus relatos para hablar de mujeres anodinas o pusilánimes, cobardes o melindrosas. Con más frecuencia se descubre la admiración si el relato se centra en doña Marina, la mujer de quien dependían sus propias vidas. No es extraño encontrar que se alaba su valor, tanto en el campo de batalla, como para tomar las decisiones que marcarán el rumbo que ha de seguir la empresa de la conquista:

...digamos cómo doña Marina, con ser mujer de la tierra, qué esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer (Díaz del Castillo, 172).

“Con ser mujer de la tierra, qué esfuerzo tan varonil tenía”, son palabras con las que Bernal, alabándola, logra hacer patente su desprecio por Marina, quien, a pesar de resultarles insustituible, tiene en su contra ser mujer y ser de la tierra. Por eso cuando se habla de su valor, éste sólo puede ser calificado de varonil, y su esfuerzo, “muy mayor que el de mujer”. Malintzin no sería un arma tan eficaz si no poseyera ese valor que la hace destacar entre todos los que acompañan al conquistador. Su capacidad de adaptarse a las más peligrosas circunstancias la convierten en su mano derecha, incluso en el viaje a las Hibueras que tantas sorpresas y peligros deparaba:

...y como doña Marina en todas las guerras de la Nueva-España, y Tlascalá y México fue tan excelente mujer y buena lengua,

como adelante diré, a esta causa la traía siempre Cortés consigo (Díaz del Castillo, 92).

Doña Marina, la tan estudiada y controvertida Malinche, no es la única de las mujeres donadas que toma parte activa en las batallas. Existe otra mujer, cuyo nombre desconocemos; el único dato acerca de ella nos lo da Durán cuando dice que “después fué muger de Martin Partidor” (Durán, 66). Se trata de un personaje muy interesante, ya que,

por consejo de algunos del ejército, tomó un caballo y una lanza y adarga y fué á pedir al Marques licencia para salir á los indios y probar el valor de su persona. El Marques concediéndoselo puso en delantera y picando el caballo salió contra los indios, invocando á voces el nombre de Santiago y á ellos, y tras ella empezaron á correr algunos de los del campo, á la cual, como los indios vieron venir, empezaron á huir y otros á despeñarse por las barrancas a baxo y tomaron el pueblo, cuyos principales vinieron con las manos cruzadas á ofrecerse al Marques...” (*idem*).

“¡Santiago y a ellos!” es el grito que solían dar los españoles al iniciar una batalla. Esta mujer parece estar tan profundamente identificada con el ejército conquistador que incitada por los soldados, no sólo pide autorización para demostrar su valor tomando parte activa en la batalla, sino que arremete con este grito que invoca al santo patrono de los iberos en su enfrentamiento contra los otros infieles, los moros, a los que ya se había logrado expulsar de España al concluir la guerra de reconquista. De este pasaje deseo destacar la vívida imagen de la mujer india, que embraza su adarga, apresta su lanza y se lanza caballera a embestir al enemigo. La lámina veintidós del *Lienzo de Tlaxcala* nos presenta la batalla que se llevó a cabo en Tepotzotlán, en ella aparece una escena de combate, en la que las mujeres tienen que tomar las armas y participar en la batalla. En el *Códice Florentino* y en las pinturas de los tlacuilos de Durán podemos también encontrar grabados en los que se representa a las mujeres en combate.

Doña Marina



Códice Florentino, libro XII

“...y cuando terminó la arenga que Motecuhzoma había dirigido al marqués, enseguida Malintzin la hizo audible para él, la tradujo” (*Códice Florentino*, 100).

Entre las cualidades de Malintzin encontramos que tiene además dotes de ejecutiva. Marina da órdenes: "...y la doña Marina tenía mucho ser y mandaba absolutamente entre los indios en toda la Nueva España" (Durán, 146-147). Lo mismo se nos presenta como una mujer que ordena que como una persona que persuade; ella posee el arma de la comunicación y a través de su discurso, dicen los cronistas, movía las voluntades a su conveniencia: "Y la doña Marina fué y les habló de tal manera, que lo sabía muy bien hacer, y con dádivas vinieron luego con ella" (Durán, 284).

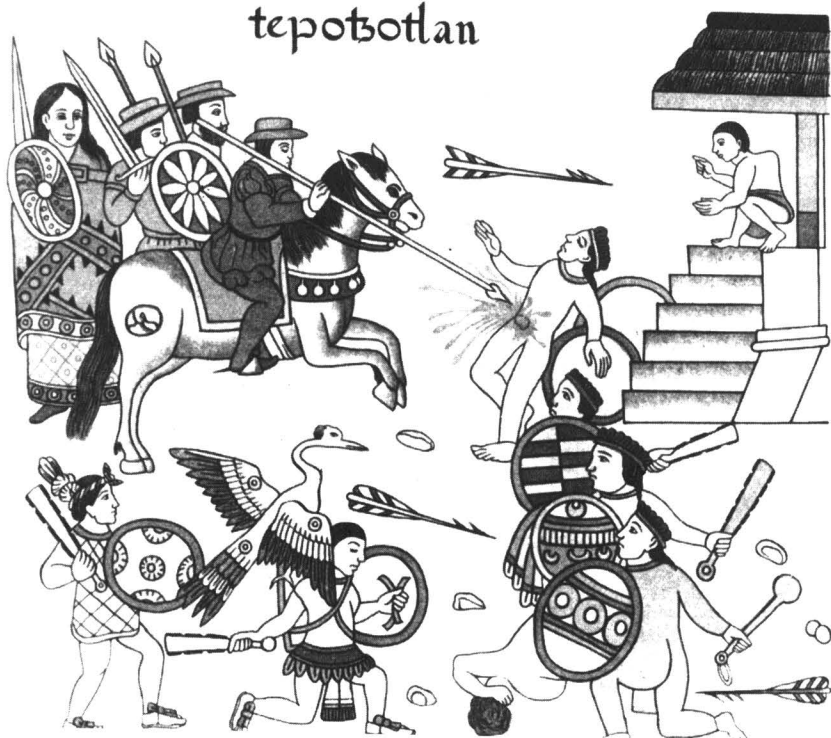
Se nos presenta también como una mujer realista. Con los pies bien plantados sobre la tierra, ella no se deja llevar por las fantasías de los soldados de Cortés, saturados de ilusiones de tierra de promisión, leídas en las historias de Amadises, donde las riquezas se habrían de encontrar al alcance de la mano; fantasías que les hacen ver oro y plata en donde sólo hay cal y canto. Es muy significativa la anécdota que nos narra Bernal sobre unos corredores del campo que, al encontrarse con un poblado cuya plaza y patios estaban rodeados de aposentos recién encalados, regresan al capitán, y uno de los de a caballo, entusiasmado por lo que ha descubierto, reporta que ha visto una ciudad fabulosa en donde las construcciones tienen paredes de plata:

...y vuelve a rienda suelta a decir a Cortés cómo tenían las paredes de plata. Y doña Marina e Aguilar dijeron que sería yeso o cal, y tuvimos bien que reír de su plata e frenesí... (Díaz del Castillo, 113).

No sólo Díaz del Castillo percibe a Marina como una mujer de excepcionales cualidades, también en los cronistas indígenas y mestizos descubrimos una sombra de admiración por la actitud de la mujer y su aplomo ante diversas circunstancias:

Y entonces... ella vino a llamar, vino a dar la orden de convocar a todos los señores, ella, Malintzin. En una terraza vino a colocarse, en lo alto de un parapeto. Dijo:

Batalla de Tepotzotlán
tepotzotlan



Lienzo de Tlaxcala, lámina 22

“...les fue necesario y forzoso romper esta guerra... y pelear tan denodadamente, como si no hubieran pasado por ningún trance ni peligro de fortuna; de tal manera que se trabó la guerra tan cruelmente y tan de veras, que ha poco rato se hincharon los campos de cuerpos muertos y de sangre...” (Muñoz Camargo, 226).

“¡Mexicanos, vengan aquí!, he aquí que sufren grandes tormentos, los españoles. Traigan pues alimentos, agua fresca, y todo lo que necesitan. Pues ya sufren de cansancio, ya están fatigados, pasan penas; están cansados, están agotados. ¿Por qué no quieren ustedes venir aquí? Parece que están ustedes enojados” (*Códice Florentino*, 104-105).

Hay una lámina en el mismo *Códice Florentino* que la presenta sobre un techo mientras en la acera un indígena, vestido a la usanza de los guerreros, con el peto protector de algodón, la observa con asombro; las volutas de la palabra salen de la boca de Marina y parece tratar de persuadir con los ademanes de sus brazos. El texto es reiteradamente apelativo, ella llama, convoca, ordena y trata de convencer con exclamaciones y frases que despierten compasión por el efecto del largo camino; y aun así, los mexicas permanecen atónitos, no parecen salir de su asombro, lo que no sabemos es si este asombro se debe a las características de los recién llegados, o es porque se trata de una mujer quien les ordena desde la azotea.

En ocasiones las disposiciones en que interviene Malintzin son de carácter estratégico y agreden directamente a los líderes de los mexicanos:

Allí fueron encerrados y sujetos con ataduras por los pies, y el capitán y la Malintzin dispusieron que al Cuauhtemotzin, al Tlacotzin, al Oquiztzin [y] al Motelchiuhtzin, que luego de atados fueran encarcelados en Coyohuacan... (*Chimalpahin*, 237).

La relación entre Marina y Cortés se hace tan estrecha que termina en una identificación entre ambos personajes; ellos se funden en una sola entidad que toma el nombre de Malinche. La personalidad de Marina tiene tal fuerza que su nombre se convierte en el término marcado del binomio, y a ambos se refieren los cronistas, tanto los indígenas como los españoles, con el apelativo Malinche. Bernal lo explica con lujo de detalles, nos da sus razones y las ajenas y termina aclarando cómo la fuerza de esta personalidad alcanza también a otros caballeros:

...llamaban a Cortés Malinche; y así, le nombraré de aquí adelante Malinche en todas las pláticas que tuviéremos con cualesquier indios, y no le nombraré Cortés sino en parte que convenga; y la causa de haberle puesto aqueste nombre es que, como doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, especialmente cuando venían embajadores o pláticas de caciques, y ella lo declaraba en lengua mexicana, por esta causa le llamaban a Cortés el capitán de Marina, y para más breve le llamaron Malinche; y también se le quedó este nombre a un Juan Pérez de Arteaga, vecino de Puebla, por causa que siempre andaba con doña Marina y con Jerónimo de Aguilar deprendiendo la lengua... (193).

Como se puede ver en el pasaje anterior, Marina es sobre todo informante, Malintzin es lengua, porque ella domina el náhuatl que es la lengua franca del imperio mexicana:

Esta lengua mexicana es general en esta Nueva España, y casi corre por todas las provincias de ella con que suelen entenderse unos de una lengua con otros de otra... (Torquemada, 70).

La lengua se convierte así en un eficaz instrumento de penetración, en la conquista militar primero, y posteriormente en la conquista espiritual.

Sin embargo, Marina no es la única mujer informante; existen otras que, ya sea porque han sido donadas a las huestes de Cortés, ya porque son tomadas como prisioneras, son también transmisoras de información. Chimalpahin habla de dos mujeres de nombre Matlalcihuatzin y Xahualtzin “a quienes habían aprehendido, para que les ayudaran” (Chimalpahin, 236). En numerosas ocasiones las mujeres no cooperan con los españoles por su propia voluntad, sino que son tomadas prisioneras para que den noticias “sobre el estado de los enemigos, y de su intención”, información que resulta muy valiosa para Cortés, sobre todo si se entera del hambre y desmoralización por las que están pasando los indígenas asediados y sitiados por sus soldados:

Malintzin convoca a los mexicanos



Códice Florentino, libro XII

“Y entonces... ella vino a llamar, vino a dar la orden de convocar a todos los señores, ella Malintzin” (*Códice Florentino*, 250).

...que la mayor parte de la gente peleaba contra su voluntad; que les faltaba la comida... que entre otros había discordia, que si los apretaba por todas partes vencería... (Torquemada, 299).

En la zona maya, donde no se les recibe como a dioses, Cortés logra tomar algunas mujeres prisioneras para obtener información sobre las rutas y los poblados. La conquista y pacificación del sur de México y lo que hoy son territorios de Guatemala, Honduras y Belice significa para los ejércitos de Pedro de Alvarado primero, y para Cortés después, un inmenso descalabro, ya que en esta zona poblada por indígenas mayas la recepción no es similar a la que habían tenido después del desembarco en Veracruz. Aquí lo que los conquistadores encuentran es la huida generalizada; pueblos y ciudades han sido, en casi todos los casos, abandonados. En las pocas ocasiones en que la población indígena decide defenderse, se fortifican en sus villas, enfrentan al enemigo y, finalmente, cuando se ven definitivamente perdidos, huyen a refugiarse en las tierras altas, en las escarpadas montañas. Tal es el caso de la toma de Chamula y la de Yximché. Ante la imposibilidad de entrar en contacto con los naturales, Cortés admite que toma a las mujeres prisioneras para que le sirvan como informantes, y esto porque los hombres le resultan demasiado escurridizos:

...y jamás pudieron hallar gente ni rastro de ella, si no fueron unas mujeres que hicieron poco fruto a nuestro propósito, porque ni ellas sabían camino ni dar razón del señor ni gente de la provincia... y una de ellas dijo que sabía un pueblo dos jornadas de allí, que se llamaba Chianteca (Cortés, 247).

La ausencia de informantes que den referencias sobre los caminos y la forma de llegar al poblado más próximo, hace que una y otra vez se recurra a las mujeres para obtener información:

Volvamos a decir que Cortés se informó de las guías y de las dos mujeres, y todos confirmaron que por un río abajo habíamos de

Los españoles llegan a Teocalhueyacan



Códice Florentino, libro XII

“...¡Motecuhzoma y los mexicanos nos hacen muy desgraciados, nos atormentan mucho!” (*Códice Florentino*, 131).

ir a un pueblo que estaba de allí a dos días de andadura (Díaz del Castillo, 717).

Los españoles necesitan a las mujeres para sustentarse, las necesitan sobre todo para que les elaboren el “pan de la tierra”, como ellos llaman a nuestras tortillas. En el altiplano muchas de las mujeres regaladas están destinadas justamente a eso, a elaborar los alimentos para los extranjeros:

...y más trajeron cuatro indias, que fueron buenas para moler pan... (Díaz del Castillo, 156). Y había mandado Montezuma a sus mayordomos que a nuestro modo y usanza de todo estuviésemos proveídos, que es maíz y piedras e indias para hacer pan... (*ibid.*, 344).

Bernal sabe que ellos y los capitanes no pueden sobrevivir sin los conocimientos de las mujeres, y deja muy claro los problemas en los que se ven cuando las mujeres que los acompañan no están para servirles y son ellos mismos quienes se tienen que ocupar de su mantenimiento:

...y allí trajeron indias para que hiciesen pan de su maíz, y gallinas y fruta y pescado, y de aquello proveían a Cortés y a los capitanes que comían con él, que a nosotros los soldados, si no lo mariscábamos o íbamos a pescar, no lo teníamos (*ibid.*, 97).

“Mariscar”, nos dice el *Diccionario de autoridades*, significa “coger mariscos”, pero en la germanía esta voz significa “hurtar”. Algo similar sucede con la significación de pescar, que por extensión significa “coger”, “agarrar” o “tomar cualquier cosa”; por tanto lo que bien puede decir Bernal en este pasaje es que si no se lo agenciaban por sus propios medios, aunque esto implicara robar, no había quien les preparara sus alimentos.

En la zona maya, en cambio, como la mujer no es objeto de donación, la única salida que les queda a los españoles es tomarlas prisioneras. Se descubre en las palabras del soldado

Mujeres que hacen el pan de la tierra



Códice Florentino, libro XII

“Y dejaron en unas casas de indios... las indias que traían para hacer pan y gallinas y todo servicio...” (Díaz del Castillo, 186).

cronista que existe en la mente del conquistador una estrecha relación entre la mujer indígena y las necesidades básicas, específicamente los sustentos: "...y se tomaron...dos mujeres y traían las canoas con maíz y sal", "y prendimos tres indios y dos mujeres mozas y hermosas para ser indias, y una vieja; y tenían dos gallinas y un poco de maíz" (Díaz del Castillo, 717). Mujeres y comestibles van de la mano a los ojos del conquistador que se aventura por regiones inhóspitas. Ellas resultan indispensables, pues, como dijimos antes, son poseedoras del conocimiento sobre la recolección y la elaboración de los alimentos.

En ocasiones las mujeres son utilizadas como emisarias o como intermediarias entre los indígenas y los españoles; el capitán logra convencerlas con regalos y buen trato: "...supieron que era la mujer del señor, a la cual y a sus hijos regaló mucho Cortés e hizo envasen a llamar al señor, al cual venido trató muy bien..." (Landa, 16). No es del todo extraño que las mujeres sean utilizadas en el mundo indígena como intermediarios; Cabeza de Vaca relata que ellas eran las únicas que tenían libertad de moverse aun en épocas de guerra:

...y así enviaron dos mujeres, una suya y otra que de ellos tenían captiva; y enviaron estas porque las mujeres pueden contratar aunque haya guerra; y nosotros las seguimos... (Cabeza de Vaca, 541).

El conquistador se sirve de las costumbres de la tierra para sacar de ellas el mejor provecho posible y llevar a buen término su empresa. La mujer no escapa de esta regla, es utilizada según las categorías de los españoles cuando así conviene a los fines de los invasores. Como hemos podido ver, hay mujeres que sirven a los conquistadores; en algunos casos, los menos, parecen haber tenido la opción de negarse, pero aun así permanecen al lado de los conquistadores; en otros casos, los más numerosos, no puede hablarse de opciones ya que, como hemos visto, son repartidas, tomadas prisioneras, engañadas y vejadas.

Estas mujeres que entraron en contacto directo con los recién llegados son también las primeras en ser cristianizadas:

...y el mismo fraile con nuestra lengua Aguilar predicó a las veinte indias que nos presentaron, muchas buenas cosas de nuestra santa fe, y que no creyesen en los ídolos que de antes creían, que eran malos y no eran dioses, ni más les sacrificasen, que los traían engañados, e adorasen a nuestro señor Jesucristo (Díaz del Castillo, 88).

Ellas son las primeras que reciben la instrucción sobre el cristianismo y las primeras también que se tienen que enfrentar a la nueva religión, a la posibilidad de considerar las creencias de sus antepasados como falsas. En los viejos y sabios que reciben la noticia del evangelio observamos una actitud de sorpresa al escuchar que alguien por primera vez enjuicia sus creencias. Es conmovedor enfrentarnos en el libro de *Coloquios y doctrina cristiana* de Sahagún con la reacción de asombro de los indígenas:

Habéis dicho
que no son verdaderos dioses los nuestros.
Nueva palabra es ésta,
la que habláis
y por ella estamos perturbados,
por ella estamos espantados.
Porque nuestros progenitores,
los que vinieron a ser, a vivir en la tierra,
no hablaban así (Sahagún, 149).

¿Cómo me vienes a decir esto?, suelen preguntar; ¿cómo me vienes a decir que me aleje de las creencias que me enseñaron mis ancestros? Sin embargo, los cronistas no reportan que se presente en las primeras bautizadas resistencia notable:²

² Existe una excepción y es el caso de una mujer (madre de Ixtlixóchitl) de nombre Yacotzin, de la que nos habla el *Códice Ramírez*.

Los primeros bautizados



Lienzo de Tlaxcala, lámina 8

“...y en él se dijo misa y se bautizaron aquellas cacicas y se puso nombre a la hija del Xicotenga doña Luisa” (Díaz del Castillo, 200).

...e luego se bautizaron, y se puso por nombre doña Marina aquella india y señora que allí nos dieron y verdaderamente era gran cacica e hija de grandes caciques... e de las otras mujeres no me acuerdo bien de todos sus nombres, e no hace al caso nombrar algunas, mas estas fueron las primeras cristianas que hubo en la Nueva España... (Díaz del Castillo, 88-89).

El bautizo será desde este momento una condición *sine qua non* los españoles reciben a las mujeres que se les ofrecen: “No las quiso recibir Cortés, diciendo que no se permitía en su religión tener más de una mujer y que aquélla había de ser cristiana” (Torquemada, 131). El cacique gordo de Cempoala incluso asiste a la ceremonia en que sus sobrinas serán bautizadas:

...y a la misa estuvieron los más principales caciques de aquel pueblo y de otros que se habían juntado. Y asimismo trajeron las ocho indias para volver cristianas... (Díaz del Castillo, 133).

La cadena de bautizos de las doncellas regaladas es referida por Bernal con lujo de detalles, casi siempre nos da los nombres de los padres o parientes que las entregaron como ofrenda y los que las mujeres portaron en su nueva vida:

...se llamó a la sobrina del cacique gordo doña Catalina, y era muy fea; aquélla dieron a Cortés por la mano, y la recibió con buen semblante; a la hija de Cuesco... se puso por nombre doña Francisca” (133); “...a la hija de Xicotenga doña Luisa... y la hija o sobrina de Mase-Escaci se puso nombre doña Elvira..., y las demás se pusieron sus nombres de pila, y todas con dones... (*ibid.*, 200).

Bernal también nos hace saber a quién asigna Cortés cada una de estas mujeres y los hijos que con ellas tuvieron los conquistadores.

En el caso particular de Marina, que es la mujer de quien más información recibimos, parece que su cristianización tiene como resultado un profundo convencimiento en la nueva reli-

gión: “Respondióle Marina que no tuviese miedo, porque el Dios de los cristianos, que es muy poderoso y los quería mucho, los sacaría de peligro” (Torquemada, 113). Quiero que seamos cautelosos cuando analizamos esta cita ya, que está tomada de fray Juan de Torquemada y no sería extraño que el religioso se dejase llevar por su celo evangelizador. Sin embargo, Malinche es siempre la lengua, es la intérprete, la que habla de Cristo y de su doctrina a los amerindios, es posible por tanto que hubiese llegado a tener una convicción profunda:

...y Cortés le dijo con nuestras lenguas: ...porque así lo manda nuestro señor Dios, que es el que adoramos y creemos, y nos da la vida y la muerte y nos ha de llevar a los cielos (Díaz del Castillo, 154).

...y se les dijo otras muchas cosas tocantes a nuestra santa fe; y verdaderamente fueron muy bien declaradas, porque doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, estaban ya tan expertos en ello, que se lo daban a entender muy bien... (Díaz del Castillo, 198-199).

Marina y las otras mujeres necesariamente fueron un efectivo instrumento de cristianización; ellas son precursoras de la evangelización sistemática, que no inicia sino a partir de 1524 con la llegada de los primeros misioneros franciscanos. Los religiosos que llegaron antes que ellos, como fray Bartolomé de Olmedo, que acompañaba a Cortés,³ estaban conscientes del proceso lento que había de seguir la enseñanza de la nueva religión. Él trata de centrar al conquistador cuando éste, movido por su carácter impetuoso, desea bautizar y plantar cruces precipitadamente:

³ Robert Ricard, en *La conquista espiritual de México*, dedica una buena parte del primer capítulo a analizar el trabajo de los precursores de la evangelización sistemática y a las preocupaciones religiosas del conquistador Cortés (75-81).

...dijo el padre de la Merced, que era entendido e teólogo: “Señor, no cure vuestra merced de más les importunar sobre esto, que no es justo por fuerza les hagamos ser cristianos...” (Díaz del Castillo, 200).

La única forma entonces de que no fuese por la fuerza era el convencimiento, y son las mujeres las primeras que reciben el bautizo, las que se convierten en el primer vehículo de la evangelización.

¿Mujeres “ayudantes” de la conquista? Sí, ¿pero en qué forma? Hemos observado a través de las citas que en muchos de los casos son ayudantes como consecuencia de haber sido tomadas prisioneras, o por haber sido entregadas y posteriormente utilizadas para convertirlas en instrumentos al servicio de una empresa ajena a ellas mismas.

IV. LA OTRA CARA DE LA RECEPCIÓN

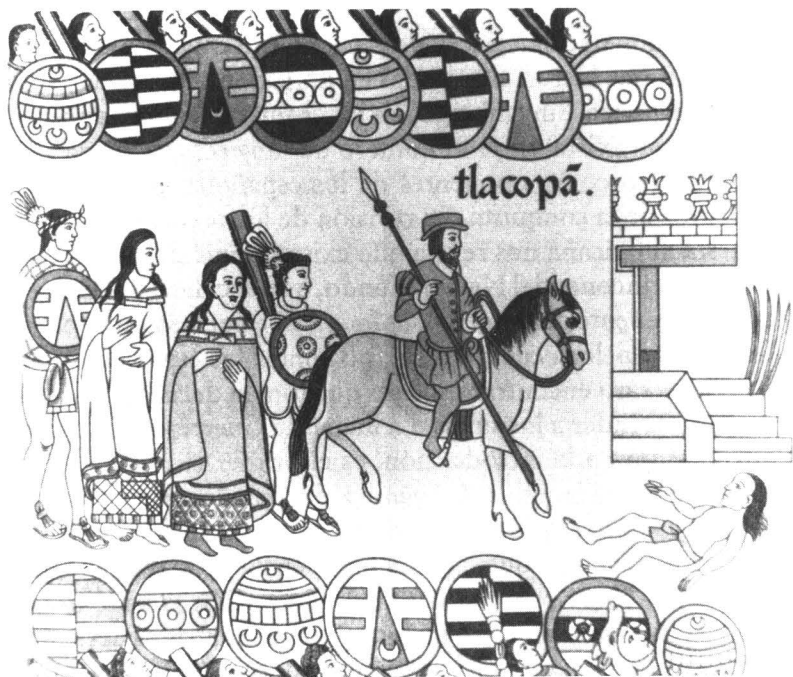
Los acontecimientos de los que hemos hablado en el capítulo anterior nos podrían hacer pensar que todas las mujeres mesoamericanas fueron entregadas en donación o tomadas como botín de guerra. Sin embargo, en los cronistas de Indias encontramos que existe un gran número de mujeres que juegan un papel activo como oponentes de los españoles en el enfrentamiento de la conquista. La revisión de los textos que narran la gesta americana nos revela que existen muchas mujeres, en todos los rincones del Nuevo Mundo, que deciden, que luchan, que activamente defienden a sus familias¹ e, incluso, que toman las armas y pelean cuerpo a cuerpo contra los españoles.

No es raro encontrar mujeres que toman decisiones drásticas por defender a los suyos. La mujer de Guerrero, a la que se hizo alusión en la introducción, es el primer ejemplo de este grupo, y no es la única. Fernández de Oviedo, en la *Historia general y natural de las Indias*, deja constancia de una mujer de un cacique guaturo que, ante la inminencia de la ejecución de su marido, como resultado de una sublevación, decide tomar sobre sí la responsabilidad de los acontecimientos y ruega se le juzgue a ella a cambio de la liberación de su esposo:

Capitán, sábete que yo consejé á mi marido que hiçiesse rebelar al caçique y que matasse á todos los chripstianos, y que yo tengo mas culpa que todos, mi marido en todo se consejaba conmigo, é no haçia mas de lo que yo le deçia (*Historia*, I, 232).

¹ Sea español o indígena el compañero. Como ejemplo del primer grupo tenemos a la mujer de Gonzalo Guerrero; de las que forman el segundo grupo nos ocuparemos en este capítulo.

Marina y doña Luisa en la llegada a Tlacopan



Lienzo de Tlaxcala, lámina 19

“...y se puso por nombre a la hija de Xicotenga doña Luisa, y Cortés... se la dio a Pedro de Alvarado y dijo a Xicotenga que aquel a quien la daba era su hermano y su capitán...” (Díaz del Castillo, 200).

Al darse cuenta la mujer de que sus palabras no tienen ningún efecto y el hombre está destinado a morir en la horca, aparece una segunda súplica en la que la petición refleja un grado extremo de desesperación:

...con muchas lágrimas, me estuvo rogando que ahorcasse á ella y perdonasse á su marido. Y desde que vido que yo negué su petición e la justicia se executó con él, començó á me rogar, é importunar mucho, é dixo que, pues no avia querido haçer lo que me avia pedido, que á lo menos le conçediesse que en la misma horca quedasse ella con su marido ahorcada de la una parte, é que de la otra pussiessen dos hijos que tenían, muchachos de ocho hasta diez años, é que á par della se pussiese colgada una niña de çinco ó seys años, su hija (*Historia*, I, 232).

Tenemos aquí una mujer que es consejera de su marido, que a través de él tiene influencia para que el cacique se rebelde y que, además, está dispuesta a dar la cara y afrontar su responsabilidad como instigadora de la intriga.

Los primeros cronistas que entran en contacto con ellas ya las habían descrito como mujeres que toman parte activa dentro de su grupo social, dispuestas incluso a tomar las armas para defenderse y defender a los suyos; nos hablan muchas veces de mujeres que participan en la intriga o en el campo de batalla para defender sus intereses, su nación y sus creencias. Fernández de Oviedo, en su *Sumario de la natural historia de las Indias*, describe con toda naturalidad la participación de la mujer en la guerra al lado de sus maridos: "...aunque no son gigantes... son muy altos, y ellos y ellas flecheros..." (116), y más adelante agrega: "...algunas mujeres principales van a las batallas con sus maridos, o cuando son señoras de la tierra, y mandan y capitanean su gente..." (142).

Cuatro ideas se destacan de estos dos fragmentos: las mujeres son flecheras, van a la batalla, son señoras, mandan y capitanean su gente. El cronista nos informa que en las sociedades amerindias existen mujeres gobernantes y que los conquistadores han entrado en contacto con ellas. No es un fenómeno

aislado, en el periodo clásico del mundo maya encontramos mujeres dirigentes en ciudades estado como Palenque, Naranjo y Yaxchilán. De ellas tenemos noticias gracias a las estelas e inscripciones de sus centros ceremoniales.² La línea de mujeres activas en la vida y las decisiones de su comunidad no está interrumpida, al menos en la zona habitada por los mayas. Hay un interesante eslabón en el periodo postclásico que se menciona en los *Anales de los cakchiqueles*; en este texto encontramos un pasaje que narra una escena en la que vemos a las mujeres participando en la guerra entre dos grupos indígenas. El acontecimiento se lleva a cabo durante la revolución de Yximche:

Luego comenzó el ataque a la ciudad en el extremo del puente, lugar que había escogido Chucuybatzín para la guerra y para llevar a los Tucuchées a la revuelta. Cuatro mujeres se habían armado de cotas de algodón y de arcos, disfrazándose para la guerra como cuatro jóvenes guerreros. Las flechas lanzadas por estas combatientes penetraron en la estera de Chucuybatzín. Fue espantosa la gran revolución que hicieron los Señores antiguamente (*Anales de los cakchiqueles*, 112).

En la campaña de Pedro de Alvarado para conquistar las tierras de la provincia de Guatemala vemos, además, la presencia de mujeres descritas por el cronista como hechiceras, o como vehículo de un maleficio para ahuyentar al enemigo. Ya hablamos de ellas más arriba, sólo que en esos casos el papel de la mujer sacrificadã, “que era señal de desafío”, como dice el cronista, es absolutamente pasivo; al menos no tenemos marcas lingüísticas para decodificar su función activa en el marco del enfrentamiento. Sin embargo, hay otro pasaje del camino a Chiapas, descrito también por Bernal Díaz, en que la india hechicera sí desempeña un papel activo en la consecución del

² Linda Schele nos dice que Zac-Kuk y Kanal-Ikal, la madre y la bisabuela de Pacal, respectivamente, “were very unusual individuals in that they are the only women we can be sure ruled as true kings. They were neither consorts nor, as in the case of Lady Wac-Chanil-Ahau of Naranjo, regents for young heirs” (*A Forest of Kings*, 221).

La participación de la mujer



Códice Florentino, libro XII

“¡Mexicanos, vengan todos!, ¡he aquí que salen, he aquí que salen en secreto, sus enemigos!” (*Códice Florentino*, 123).

maleficio y a partir de su propia iniciativa está presente en el centro mismo de la batalla:

...y entonces traían en medio de sus escuadrones una india algo vieja, muy gorda, y según decían, aquella india la tenían por su diosa, y adivinaba; y les había dicho que así como ella llegase adonde estábamos peleando, y luego habíamos de ser vencidos; y traían en un brasero sahumero, y unos ídolos de piedra... y sin miedo ninguno se metió en los indios nuestros amigos, ... y luego fué despedazada la maldita diosa (Díaz del Castillo, 634).

Seguramente los episodios más representativos de esta valentía femenina, y de la participación activa en el campo de batalla, los encontramos en aquellos que están relacionados con la toma de la ciudad de México-Tenochtitlan, desde el momento de la huida de los españoles, hasta el sitio y el asedio final. Los ejemplos se repiten una y otra vez, tanto en boca de los narradores españoles como a través de las voces de los cronistas indígenas. Un ejemplo interesante se presenta cuando Hernán Cortés decide huir de la ciudad, después de la matanza del Templo Mayor y la muerte de Moctezuma. Acosta nos narra:

...antes de pasar la segunda [acequia] fueron sentidos de una india, la cual fué dando grandes voces que se iban sus enemigos... (Acosta, 588).

Un informante de Sahagún en el *Códice Florentino*:

Una mujer sacaba agua, ella los vio. Enseguida, entonces, ella gritó mucho, dijo:

“¡Mexicanos, vengan todos!, ¡he aquí que salen, he aquí que salen en secreto, sus enemigos!”

Enseguida también un hombre gritó desde lo alto del templo de Uitzilopochtli y las gentes oyeron muy bien su grito, todo el mundo lo oyó (*Códice Florentino*, 123).

Las mujeres no permanecen ajenas al enfrentamiento



Códice Florentino, libro XII

“Quedaron aquellas acequias llenas de hombres muertos y de caballos y de indios y indias que no tenían número” (*Códice Florentino*, 49).

El mismo episodio, narrado por fray Diego de Durán:

...empezaron á salir de los aposentos donde estaban, con aquella carga de oro, no lo pudieron hacer tan secretamente que no fuesen sentidos de un indio, que [por] acaso salió á la azotea, juntamente con una india, los cuales empezaron á dar voces y á decir “isalí mexicanos que se os van estos traidores!...” (Durán, 48).

Lógicamente los mexicanos reaccionaron y se entabló una cruenta batalla donde la pérdida de vidas fue inevitable. Las mujeres no permanecieron ajenas a este enfrentamiento; no vemos que se refugiaron en los rincones de sus casas para esperar el desenlace y, aunque Durán no habla de esta participación, termina la narración con una frase de un profundo significado implícito:

...quedaron aquellas acequias llenas de hombres muertos y de caballos y de indios y indias que no tenían número (*ibid.*, 49).

A pesar del gran número de gente que muere en la huida, Cortés sale de la ciudad y toma su tiempo para rehacer su ejército, construye nueve bergantines y regresa para arrasar con mexicas y tlaltelolcas. La participación femenina en este último pasaje es también destacada por los cronistas:

Cortés y Ixtlixuchitl con los bergantines y las diez y seis mil canoas en donde iba su ejército fueron sobre México, y en la primera parte donde tuvieron guerra fue en el peñol grande en donde estaba grandísima suma de gente de guerra y mujeres y niños, y combatiéronlo y ganáronle subiendo hasta la cumbre con harto trabajo por ser muy áspero y alto... (Ixtlixóchitl, 464).

No queda muy claro en el texto de Ixtlixóchitl si las mujeres están sobre el peñón acompañando a los guerreros para participar con las armas en la batalla, o si desempeña alguna otra labor auxiliar relacionada con ella; tal vez su papel es un ante-

Las mujeres comparten los riesgos de la batalla



“Cuauhtemoc determinó de no mostrar su flaqueza ni cobardía... hizo vestir a todas las mugeres de la ciudad con todas sus armas y rodelas y espadas en las manos y que luego de mañana subiesen a las azoteas de todas las casas...” (Códice Florentino, 60).

El acoso final a la ciudad de México



Antonio de Solís

“Cortés y Ixtlixuchitl con los bergantines y la diez y seis mil canoas en donde iba su ejército fueron sobre México” (Ixtlixóchitl, 464).

cedente de la soldadera de la revolución de 1910. Lo único que nos hace saber el cronista mestizo, unas líneas más adelante, es que entre los muchos muertos que hubo, “sin que quedase ninguno”, sólo quedaron vivas las mujeres y los niños.

Vuelven a aparecer las mujeres compartiendo los riesgos de la batalla en el último encontronazo que comanda Cortés para romper la resistencia de la ciudad de Tlaltelolco. Vemos cómo Cuauhtémoc recurre a ellas para amedrentar al enemigo:

Cuauhtémoc determinó de no mostrar su flaqueza ni cobardía, antes queriendo dar a entender que no le faltaba gente y fuerza para se defender; hizo vestir a todas las mugeres de la ciudad con sus armas y rodela y espadas en las manos y que luego de mañana se subiesen en las azoteas de todas las casas... (Durán, 60).

Un informante anónimo de Tlaltelolco reporta el valor y la forma como se comportaron las mujeres en la lucha, ya que este enfrentamiento es el decisivo y marca la suerte de la ciudad sitiada y, en última instancia, la suerte de todo el territorio mexicano:

Fue cuando quedó vencida Tlaltelolco... Cuando esto dio su final conclusión la batalla. Fue cuando también lucharon y batallaron las mujeres de Tlaltelolco. Lanzando sus dardos dieron golpes a los invasores; llevaban puestas insignias de guerra; las tenían puestas. Sus faldelines llevaban arremangados, los alzaban por arriba de sus piernas, para poder perseguir a los enemigos (Garibay, 53).

El resultado todos lo sabemos: mexicas y tlaltelolcas son vencidos, mueren todos los capitanes, los guerreros y las guerreras, se pierde por completo la capacidad de defenderse, los cadáveres están por todas partes.

La participación de las mujeres en la guerra no parece ser un hecho fortuito o improvisado por las circunstancias. Hay textos que, al narrar hechos anteriores a la conquista, nos hablan de mujeres guerreras. En las *Relaciones originales de Chal-*

co *Amecameca*, Chimalpain hace referencia a un canto de mujeres soldaderas:

...fue cuando por primera vez tuvimos que ir a cantar a México los amequemeques y los chalcas tlalmanalcas. El canto escogido fue el canto guerrero de las soldaderas chalcas, ése fue el canto que le fuimos a cantar al señor Axayacatzin (Chimalpain, 211).

Esto nos hace inferir que así como sucedía en la zona habitada por los mayas y en los territorios de la Tierra Firme, también en el altiplano existe el concepto de mujeres que participan en la batalla, y que este concepto es anterior a la llegada de los españoles. Más adelante agrega el mismo Chimalpain:

fue... bajo este dicho Axayacatzin cuando entró en la cuenta de su casa este canto de la mujer guerrera... a causa de que era una maravilla este cantar, y que gracias a él la ciudad de Amecamecan tuvo gloria y fama, la misma ciudad que ahora no parece sino un pueblo rabón (Chimalpain, 214).

Para terminar con esta exposición de cómo se comporta la mujer del valle de México en el momento de la conquista militar, reproduzco un comentario de Francisco de Aguilar, soldado al que Cortés le encomendó ser guardián de Moctezuma —más tarde fue encomendero y pasados los años tomó los hábitos de Santo Domingo. A través de su voz nos damos cuenta de que, cuando un grupo de mujeres se une, aun el más valiente conquistador siente temor:

...vinieron tanta multitud de mujeres con hachas encendidas, y braseros y lumbres, que ponían espanto. Aquestas venían a buscar a sus maridos y parientes que en los portales estaban muertos... y comenzaban una gritería y llanto tan grande, que ponía espanto y temor (Cortés, 79).

Encontramos también mujeres que toman las armas en la región del Pacífico; Juan de Sámano y García del Pilar hablan

de ellas en sus narraciones de *La conquista de la Nueva Galicia*:

Fuemos encaminados á la provincia de Tonalá, donde llegamos á cabo de cuatro dias que de aquí partimos... é á vista deste pueblo salieron dos indios á le decir que la señora de aquella provincia estaba de paz, é todos ellos querian servir como servian los demas; excepto que una hija suya con otros prencipales é pueblos á ella sujetos estaban levantados en un cerro... (García del Pilar, 252).

El cronista de la jornada de Nuño de Guzmán no parece asombrarse en lo absoluto de que exista una provincia gobernada por una mujer, que ella decida rendirse o recibir de paz y servir a los conquistadores, ni tampoco que dicha mujer tenga una hija que, al no estar de acuerdo con la decisión de la madre, tome las armas y bajo su autoridad una a “otros principales y pueblos sujetos a su mando”.

García del Pilar habla también de las mujeres de Cihuatlán y, aunque aclara que en el pueblo sólo encontraron muy pocos hombres, no tiene la certeza de que no hayan tenido maridos ya que se vieron imposibilitados de comunicarse “por cabsa de no tener lengua que las entendiese bien...” (*ibid.*, 259).

Juan de Sámano reporta que el capitán Cristóbal de Oñate se encontró con un escuadrón de hombres y mujeres que le hicieron frente, muy cerca de un pueblo llamado Cuynan, templado y muy fértil. Nos aclara el mismo cronista que el pueblo posee muchos bastimentos y árboles de frutas, liebres y venados:

...á la entrada deste pueblo se desvió algo sobre la mano izquierda y dió con un escuadrón de indios, é mujeres é muchachos, é dijo que se habian querido defender, y él dió en ellos, en que mató algunos y trujo presos cerca de cien personas al real (Sámano, 264).

Realmente se trata de una tierra muy útil para la labranza, que el español no va a dejar sin dominar; pero de la misma for-

Hombres y mujeres participan en la batalla



Durán, lámina 28

“...a la entrada de este pueblo... dio con un escuadrón de indios, e mujeres e muchachos e dijo que se habían querido defender...” (Juan de Sámano, 264).

ma es de sumo valor para los pobladores indígenas que se vuelcan en masa a defender su tierra. Sin importar su condición, hombres, mujeres y muchachos deciden sin éxito detener a los intrusos.

En el ámbito privado también la mujer está dispuesta a demostrar su valor, su decisión y su coraje. Hay varios pasajes que nos describen cómo se defienden ante el acoso sexual, tanto del indígena como del español. En *Historia de las Indias de la Nueva España*, Motolinía nos narra el caso de dos indígenas bautizados de la cofradía de Nuestra Señora en el que la mujer hace patente su disposición de morir antes que entregarse: "...sábetete que yo estoy determinada de antes morir que cometer tal maldad..." (231), dice al hombre que continuamente la acosaba. Fray Toribio habla también de otra mujer a la que dos mancebos pretendían forzar, sólo que ella se "defendió varonilmente... y ninguno de ellos pudo haber acceso a ella..." (230).

Landa describe dos casos que resultan de sumo interés puesto que se apartan radicalmente de la imagen de las mujeres que fueron sometidas sin oponer resistencia:

A mí se me quejó una india por bautizar, de un indio bautizado, el cual andando enamorado de ella, que era hermosa, aguardó se ausentase su marido... intentó forzarla; y con ser un gigantón, y trabajar por ello toda la noche, no sacó de ella más que darle enojo tan grande que se me vino a quejar a mí de la maldad del indio... (Landa, 65).

Es muy sintomático que Landa puntualice la relación que los personajes tienen con su iniciación en el cristianismo, al oponer la dicotomía bautizado/no bautizada, ya que en la mujer vemos una actuación acorde con valores que teóricamente deberían de normar el comportamiento del personaje que ya había pasado por el proceso de la evangelización. No es nada extraño encontrarnos con este tipo de reflexiones, sobre todo en los cronistas misioneros conscientes de la contaminación y degradación que se produce en el Nuevo Mundo en el momento en que entran en contacto las dos culturas. Landa com-

parte con pensadores como Motolinía, Las Casas, Vasco de Quiroga, Torquemada, Olmos y tantos otros la utopía de Moro,³ gestada en el renacimiento e importada a tierras americanas por aquellos que de alguna forma imputan a la corona española el derecho de dominio. Sólo que a ellos la experiencia les hacía constatar que una sociedad de derecho natural acabaría compartiendo, antes que las virtudes, los defectos de las sociedades cristianas.

Preciábanse de buenas y tenían razón —dice Landa en el mismo pasaje— porque antes que conociesen nuestra nación, según los viejos ahora lloran, lo eran a maravilla y de esto traeré ejemplos: El capitán Alonso López de Ávila, cuñado del adelantado Montejó, prendió una moza india y bien dispuesta y gentil mujer, andando en la guerra de Bacalar. Ésta prometió a su marido... no conocer a otro hombre si no [era] él y así no bastó persuasión con ella para que no se quitase la vida por no quedar en peligro de ser ensuciada por otro varón, por lo cual la hicieron aperrear (Landa, 65).

La cita hace patente la tragedia del enfrentamiento de dos fuerzas que se oponen en desigualdad de circunstancias; si por un lado tenemos a un conquistador que al no encontrar satisfacción a sus deseos manda “aperrear” a la mujer, por el otro vemos una moza decidida a quitarse la vida antes de entregarse. Aperrear al indígena, lanzar contra él los animales de caza para que lo destruyesen como a la presa era seguramente una de las formas más crueles de la aniquilación y el exterminio. Como podemos ver, los ejemplos de violaciones están presentes en los narradores testigos de la conquista. La práctica de la lebrería, a la que se acaba de aludir es, como la conquista misma, una

³ “Al invocar en la *Utopía* una sociedad basada en el derecho natural, Moro imaginó el encuentro del Viejo y el Nuevo Mundo no sólo como el encuentro del cristianismo y el paganismo, sino como la creación de una nueva sociedad que acabaría por compartir tanto las virtudes como los defectos de las sociedades cristianas y aborígenes” (Fuentes, *Valiente Mundo Nuevo*, 62).

forma de violación, pero en un gran número de casos se trata de violaciones acompañadas de una actitud “no sumisa”.

Las Casas narra un episodio en el que una madre, por defender a su hija que había sido “tomada por la fuerza para pecar con ella”, es mutilada, “mancada por un mal cristiano”, el cual a la doncella “matóla a puñaladas” porque no quiso consentir (*Tratados*, 99). Fernández de Oviedo previene a sus compañeros sobre el carácter de las mujeres indígenas:

...son tales —nos dice— que una india tomó á un bachiller, llamado Herrera,... é asióle de los genitales e túvolo muy fatigado é rendido, é si acaso no passáran otros chripstianos que le socorrieran, la india le mata, puesto quéel no quería aver parte en ella, como libidinoso, sino que ella se quería libertar é huyr (*Historia*, I, 554).

Los textos indígenas presentan a su vez ejemplos similares, pasajes en los que la mujer se libra del acoso del conquistador mediante argucias y artimañas. Cualquier cosa es válida para no caer en manos del enemigo: ensuciarse la cara, vestirse de andrajos, mostrar un aspecto desagradable con tal de no ser tomadas por ellos.

Y los españoles se llevaban, escogían a las mujeres, a las mujeres bonitas, a aquéllas cuyo cuerpo era amarillo, las que eran amarillas. Y algunas mujeres, cuando se las iban a llevar, se cubrían con lodo el rostro y se ponían harapos remendados, como blusa se ponían harapos mugrientos; sólo se pusieron todas harapos mugrientos (*Códice Florentino*, 179).

Los ejemplos de mujeres dispuestas a defenderse, a defender a los suyos, se multiplican. Lo interesante es que estas mujeres valientes y decididas han llamado la atención de los cronistas, y es así como las describen; ellas han dejado una huella en los narradores de tal forma que su comportamiento y actitudes son traídos a la memoria y actualizados, por medio de la escritura, para la posteridad.

V. LA MUJER EN EL DESGARRÓN DE LA CONQUISTA

Hay muchas mujeres en las crónicas que no sólo no son entregadas, sino que son protegidas por sus compañeros o por el grupo al que pertenecen. Existe en el mundo mesoamericano una interesante valoración de la mujer y de los papeles que ésta cumple en la sociedad, un sentido de igualdad emanado de la cosmovisión del mundo indígena.

En la mitología mesoamericana se narra cómo los hombres y las mujeres han sido creados en igualdad de circunstancias, y cada uno de ellos tiene en la tierra una serie de funciones con las cuales ha de cumplir. Los mesoamericanos piensan a partir de realidades duales, de opuestos que se complementan; el binomio hombre/mujer es uno más de estos pares de oposiciones que forman un todo, una unidad.

Los papeles femeninos no son en absoluto inferiores a los masculinos; son tan necesarios para la consecución de la vida de la sociedad como aquellos que tradicionalmente pertenecen a los hombres. Landa, cuando nos describe el lugar de la mujer en la estructura social, nos dice de ellas que

son grandes trabajadoras y vividoras porque de ellas cuelgan los mayores y más trabajos de la sustentación de sus casas y educación de sus hijos y paga de sus tributos, y con todo esto, si es menester, llevan algunas veces carga mayor labrando y sembrando sus mantenimientos. Son a maravilla granjeras, velando de noche el rato que de servir sus casas les queda, yendo a los mercados a comprar y vender sus cosillas (Landa, 66).

El miedo paraliza a los habitantes



Códice Florentino, libro XI

“...las madres ya no dejaban salir a sus hijos... estaban como hundidos en sus casas, la única ocupación era afligirse” (*Códice Florentino*, 93).

No sólo dependen de ellas la sustentación de la casa y la labranza, el comercio, los sembrados, el pago de tributos y la educación de los hijos, sino que más adelante agrega a la lista de papeles femeninos: la cría de las aves, tanto las comestibles como las de recreación, la cría de otros animales domésticos, el hilado y la confección de la ropa “que las hacen galanas”. Es interesante observar que no parece existir ninguna diferencia entre las funciones femeninas que Landa describe y los oficios que hoy día desempeña la mujer indígena dentro de su comunidad; con lo que se hace una vez más evidente la permanencia e inmovilidad de las estructuras americanas que han resistido embates tan significativos como el choque cultural causado por la conquista.

En los cronistas de Indias, tanto en los españoles como en los indígenas y mestizos, una y otra vez aparece la mujer como eje y elemento estructurador de la familia. Para Bartolomé de Las Casas “...son las gentes que más parece que aman a sus hijos” (*Tratados*, 63). Para Landa “Son gente que desea muchos hijos; la que carece de ellos los pedía a sus ídolos con dones y oraciones, y ahora los piden a Dios”. Landa aclara cómo hacen esta petición y a quién está dirigida: “...ponían debajo de su cama un ídolo... llamado Ixchel, que decían que era la diosa de hacer criaturas” (Landa, 66-67).

Fernández de Oviedo en el *Sumario* nos hace saber que una de las causales de repudio era “...en especial cuando no paren”, y que es la mujer la que sustenta el linaje, especialmente en las familias de los principales o en aquellas que habían de heredar el poder: “Si del hijo mayor quedaron hijas, y no hijos, no heredan aquéllas, sino los hijos varones de la segunda hija, porque aquélla ya saben que es forzosamente de su generación. Así que el hijo de mi hermana indubitadamente es mi sobrino, y el hijo o hija de mi hermano puédese poner en duda” (*Sumario*, 121).

Este apego a los hijos, el afán por la formación y conservación de la familia, se ve reflejado en las narraciones de la conquista, lo mismo en las que nos hablan de la incursión española en el altiplano, que en las de la zona maya y la Tierra Firme. A menudo en los pasajes en los que aparecen las madres

defendiendo a sus hijos descubrimos una actitud de desconcierto, de enorme asombro por los horrores que están viviendo. Aun antes de que entren los españoles a México ya se extiende sobre la ciudad una especie de funesto presagio. El narrador del *Códice Florentino* nos hace saber el miedo generalizado que paraliza a los habitantes y los deseos de las madres de proteger a sus hijos:

Y durante este tiempo, aquí en México, era como si la ciudad hubiera sido abandonada; ya nadie salía, ya nadie venía. Las madres ya no dejaban salir a sus hijos. Estaban muy limpios los caminos; estaban abiertos, estaban vacíos y muy abiertos los caminos; como cuando se ve la tierra. Nadie atravesaba esos caminos, nadie los atravesaba. Estaban como hundidos en sus casas, la única ocupación era afligirse (*Códice Florentino*, 93).

Éste es el estado de ánimo que reina en Tenochtitlan y Tlalotelco antes de la primera entrada de Cortés a la ciudad; antes de que los pobladores conocieran lo que el futuro les deparaba; pero, sobre todo, antes de que hubiesen vivido en carne propia los extremos de crueldad a los que eran capaces de llegar los conquistadores.

Los narradores que atestiguaron la conquista hablan muchas veces de grupos de mujeres que fueron defendidas por sus maridos, de pueblos enteros que, en ocasiones, son puestos en resguardo para proteger a las mujeres y a los niños de los conquistadores. Ya desde los primeros desembarcos encontramos que el Almirante reporta en su *Diario de a bordo* que se encontró con la costumbre generalizada de poner a las indias en lugar seguro: "...todos los hombres hacían esconder sus mujeres de los cristianos por celos..." (*Diario*, 104). Bartolomé de las Casas, que tiene información de primera mano para elaborar su *Historia de las Indias de la Nueva España*, también hace hincapié en la protección de la mujer cuando narra la entrevista con un cacique de nombre Quibia, quien toma múltiples precauciones para evitar el contacto de las mujeres con los conquistadores: "...y esto, diz que hacian ellos porque no viesen

Protegen a sus mujeres



Códice Florentino, libro XII

“...y los naturales de la tierra sintiéronles venir y alzaron todos los bastimentos que tenían... y sus mujeres y sus hijos y haciendas...”
(Cortés, 249).

sus mujeres, que son celosos sobre manera...” (Las Casas, 65). En las dos citas anteriores el móvil para impedir que las mujeres entren en contacto con los españoles son los celos, lo cual resulta de sumo interés pues nos obliga a cuestionarnos si estos celos se deben al comportamiento abusivo de los conquistadores, que para entonces ya era conocido por los indígenas, o si se trata de una costumbre local y la idea de los celos es un concepto occidental atribuido a los naturales.

En donde más se acentúa la actitud de defensa de las mujeres es en la zona maya, ya que, como dijimos antes, los mayas no las entregaron como ofrenda y, más aún, los mayas no recibieron a los españoles como si fueran dioses. En ningún otro lugar como en la región que ahora comprenden los estados de Chiapas, Tabasco, Campeche y parte de Guatemala vemos la huida, el miedo y la quema de sus propios pueblos para impedir que los conquistadores se apoderen de sus posesiones. Basta enterarse de que los ejércitos de Cortés o de Alvarado están próximos para que se tome la decisión de huir:

...y los naturales de la tierra sintiéronlos venir y alzaron todos los bastimentos que tenían... y sus mujeres e sus hijos y haciendas, y ellos se escondieron en los montes (Cortés, 249); ...en que me hacían saber cómo habían llegado al pueblo de Iztapan, y que cuando e él llegaron tenían todas las mujeres y haciendas de la otra parte de un gran río (Cortés, 227); ...iaquel día no havian hecho sino alçar el hato, i Mujeres i quanto tenían...! (Godoy, 168).

Hay ocasiones en las que el ocultamiento de la mujer es paralelo a la protección de los hijos y el patrimonio familiar:

...toda aquella noche gastaron en poner en cobro sus alhajas, y mujeres, y hijos, y aparejarse para resistirles... (Las Casas, *Historia*, 408); ...gastaron la noche en sacar de él sus haciendas, mujeres y hijos... (Torquemada, 51).

Los pueblos devastados y la ausencia de las mujeres significa una contrariedad para el conquistador. El extranjero que ha pasado días, tal vez semanas, de penalidades, al llegar al pueblo no encuentra sustentos ni seres humanos que le sirvan, y con ello se ven mermadas sus posibilidades de sobrevivir en tierras inhóspitas, ya sean éstas las grandes planicies pantanosas o las escarpadas montañas que han tenido que atravesar en el viaje a las Hibueras o en la conquista de Guatemala. Sus medios de sobrevivencia disminuyen considerablemente, ya que no están disponibles los pobladores naturales que conocen los secretos de la tierra, secretos indispensables para encontrar el sustento y seguir adelante.

Las palabras de Díaz del Castillo en el siguiente pasaje no podían ser más elocuentes: "...y en todo el pueblo no había mujeres ni gente menuda, cercado de barrancas, e de comer no les proveían sino mal y tarde..." (620). Así, cuando no es fácil conseguirlas, la única opción que queda es tomarlas prisioneras: se les prende, se les esclaviza, se les maltrata hasta el exterminio:

...Tenía un corral grande en que tenía mucha cantidad de mujeres, é indios, é niños presos, los hombres con unas prisiones al pescuezo, é las mujeres atadas de diez en diez con sogas... trajeron hasta quinientas ánimas presas, entre niños é mujeres é hombres (García del Pilar, 256-257).

Cuando nos detenemos a observar la postura de Cortés frente a los prisioneros, nos damos cuenta de que los textos procedentes de las *Cartas de relación* dan luces interesantes sobre el discurso del conquistador: "y rogóme que ciertas mujeres que le habían tomado..." (228), "...y le di ciertas mujeres que los nuestros habían tomado..." (240-241). Es interesante destacar que Cortés sólo hace referencia a la aprehensión de mujeres cuando está hablando de la operación contraria, o sea, de la restitución de las mismas. Este gesto se llega a convertir en una más de sus armas de estrategia, ya que, al regresar a las mujeres prisioneras, logra obtener canonjías de

La conquista llega a todos los confines de Mesoamérica



Lienzo de Tlaxcala, lámina 62

“Todas nuestras tribus entraron en conflicto con Tonatiu” (*Anales de los cakchiqueles*, 129).

los caciques y principales que de otra manera no hubiese podido alcanzar.

Desafortunadamente no todas las mujeres tienen la suerte de retornar a su gente; un gran número de ellas y sus hijos mueren en manos del conquistador como consecuencia del maltrato y las condiciones de vida en lo que hoy podríamos llamar campos de prisioneros: "...á cabo de doce dias poco mas ó menos, muriendo todos los niños que estas mujeres llevaban, é otros indios muchos" (García del Pilar, 257). El destino de muchas de estas mujeres tomadas como prisioneras es la esclavitud y, posteriormente, la muerte.

Pedro de Alvarado estuvo en la provincia de Utlatán... y herraron muchos esclavos e indias, y pagaron el real quinto, y los demás repartieron entre los soldados; y luego se fué a la ciudad de Guatemala... (Díaz del Castillo, 621).

Es evidente que la esclavitud —que en teoría estaba prohibida en los reinos que formaban el imperio de Carlos— era una práctica generalizada y que, de su producto, un quinto se destinaba a la corona.

Se exigen mujeres y muchachos como tributo para utilizarlos en el lavado de oro: "Se tributó oro a Tunatiuh; se le tributaron cuatrocientos hombres y cuatrocientas mujeres para ir a lavar oro" (*Anales de los cakchiqueles*, 133). El indígena lo sabe y toma por ello decisiones extremas; ya sea prender fuego a sus propios pueblos o abandonar y destruir todo cuanto posee con tal de que nada caiga en manos de los conquistadores: "De éstos supe que el señor y naturales de aquel pueblo habían quemado sus casas por inducimiento de los naturales de Zaguatán, y se habían ido a los montes" (Cortés, 226). Se le prende fuego al pueblo "por inducimiento", o sea que la noticia sobre la crueldad de los recién llegados se ha ido corriendo y unos a otros informan de las medidas que hay que tomar. Esta noticia se repite varias veces en las *Cartas de relación*; parecería que el futuro marqués del Valle no se diera cuenta de lo que implica su reporte: "Respondiéronme que el señor de Zaguatán había

Las mujeres huyen mientras los hombres
contienen a los invasores



Códice Florentino, libro XII

“...y los vecinos se defendieron en el ínter que las mujeres se iban a un cerro alto” (Ixtlixóchitl, 437).

venido allí en una canoa y les había puesto mucho temor y les había hecho quemar su pueblo y desampararle” (Cortés, 227). Más adelante dice: “...y llegué aquel día al pueblo de Tatahuitapan, que es un pueblo pequeño, y hallélo quemado y sin ninguna gente” (*ibid.*, 229). Podemos deducir que esta reacción obedece a un profundo temor, temor causado por el comportamiento del extranjero, por la crueldad de la que ya se tiene experiencia en los pueblos vecinos.

Sin embargo, no siempre se puede prevenir la llegada de los españoles o poner en resguardo a las mujeres y a los hijos. Hay casos, tanto en la zona maya como en el altiplano, en los que ellas tienen que huir mientras los hombres contienen a los invasores:

...y llegados a Malinalco la cercaron, y los vecinos se defendieron en el ínter que sus mujeres se iban a un cerro alto, hasta que no pudiendo más, y sus mujeres y hacienda estaban en cobro, salieron huyendo y los nuestros saquearon todo el lugar... (Ix-tlixóchitl, 473-474).

Otras veces caen prisioneras, y los hombres tienen que contraatacar para recuperarlas:

...é dió en unos ranchos, é no pudo tomar sino dos indias: é por las cobrar, le siguieron nueve indios tres leguas flechándole, y le mataron un chripstiano y le hirieron tres ó quatro sin que les pudiesse haçer daño alguno... (Fernández de Oviedo, *Sumario*, 547).

No hay enfrentamiento ni hechizo ni maleficio que pueda detener el poder avasallador del conquistador; se recurre a todo, aun a sacrificar ciertas mujeres para amedrentarlos y hacerlos flaquear en su decisión de apropiarse de los territorios poblados por los pueblos mayas: “...é otro dia de mañana seguí mi camino, i encima de un Rebentón hallè una Muger sacrificada, i un Perro, y según supe de la Lengua era desafío” (Alvarado, *Relación*, 158).

Díaz del Castillo reporta lo mismo cuando narra la empresa de Pedro de Alvarado, sólo que el soldado cronista pone más énfasis en la descripción de la batalla, en el enfrentamiento, en las condiciones escarpadas del terreno y en los problemas que los españoles tuvieron para defenderse en la emboscada:

...y todos sus soldados puestos en gran concierto, lo comenzó a subir, y en la cumbre del puerto hallaron una india gorda que era hechicera, y un perro, de los que ellos crían... sacrificados, que es señal de guerra; y más adelante halló tanta multitud de guerreros que le estaban esperando, y le encomenzaron a cercar; y como eran los pasos malos y en sierra muy agria, los de a caballo no podían correr ni revolver, ni aprovecharse dellos; mas los ballesteros y escopeteros y soldados de espada y rodela tuvieron reciamente con ellos pie con pie, y fueron peleando la cuesta y puerto abajo... (Díaz del Castillo, 618).

La actitud defensiva no es entonces extraña a los pueblos amerindios, ni la donación voluntaria de doncellas es la única posibilidad en la relación con el conquistador; defender a las mujeres es una actitud tan arraigada en el comportamiento de los pueblos indios conquistados como lo puede ser en cualquier otro grupo humano. Tal vez por esto Torquemada llega a poner en boca de Xicotencatl una efusiva arenga para la defensa de Tlaxcala, que termina con las siguientes palabras:

...en lo cual se ofrecía de ser el primero que pelease o muriese por la religión, por la patria, por los hijos, por las mujeres, por la honra y nombre de Tlaxcalla, tan famoso en toda la tierra (Torquemada, 107).

Estas palabras responden más al discurso en boga en la época que al discurso de un orgulloso tlaxcalteca que no desea la capitulación de su pueblo frente a un grupo de extraños de oscura procedencia. Pero lo que a nosotros importa es que, a los ojos de fray Juan, este discurso tiene cabida en el comportamiento de los indígenas a quienes describe.

Torquemada vivió desde muy niño en México, e incluso alguno de sus biógrafos considera que pudo haber nacido en la ciudad. Fue discípulo de fray Juan Bautista y muy probablemente también de fray Bernardino de Sahagún; su *Monarquía indiana* salió a la luz en 1615. El historiador ve en el pueblo conquistado, al que ya conoce y con el que ha convivido una gran parte de su vida, la disposición y la entereza que se necesitan para declararse en favor de la defensa de sus valores, y destaca que entre estos valores —patria, religión, honra— se encuentran las mujeres y los hijos.

Mientras que Torquemada se refiere a la defensa de la mujer en los términos que antes se apuntaron, el conquistador anónimo que acompañó a Cortés en la primera entrada a la ciudad de México lanza una frase despectiva, por cierto la única que se encontró en toda esta investigación, con respecto a la relación que los indígenas tienen con sus mujeres. Él dice que

No hay gente entre todas las del mundo, que menos estime a las mujeres, pues no les comunicarían nunca lo que hacen, aunque conocieran que de ello les había de resultar ventaja (Cortés, 44).

Es evidente en el comentario del soldado de Cortés la carga despectiva de sus palabras, producto, tal vez, del desconocimiento del mundo indígena.

Sólo en contadas ocasiones los conquistadores llegan a hacer patente su preocupación por los naturales. En la *Relación* hecha por Diego Godoy a Hernando Cortés, en que se trata del descubrimiento de ciertas ciudades y provincias, el soldado aconseja a Cortés sobre el trato que ha de darse a los esclavos; pero, a diferencia de las apologías que los misioneros hacen de los derechos de los indígenas, descubrimos que el cuidado del conquistador es de orden práctico, económico, y no precisamente humano:

Los Esclavos que io traxe de vuestra merced, que son treinta y quatro, mediante á ser mugeres, i muchachos, si se llevasen a la

Ciudad morirían todos en el camino, por cuiá razón me pareció que al presente estarían mejor en Oluta... (Godoy, 173).

En cambio, cuando los cronistas misioneros levantan la voz, centran su atención en denunciar los atropellos y tratan de hacer patente a las autoridades peninsulares las atrocidades que se están llevando a cabo con la población nativa en las tierras conquistadas. Fray Bartolomé de las Casas es un ejemplo de esta lucha denodada por defender los derechos humanos de los indígenas; sus textos y tratados son prolijos en denunciar las barbaridades cometidas una y otra vez por los españoles. En ocasiones, Landa y Motolinía siguen también el mismo derrotero del obispo de Chiapas.

Como la amenaza del maltrato y la explotación era una realidad innegable, era preferible dejarse morir y aniquilar a los hijos antes de permitir que se les tomara como prisioneros. Es, no cabe duda, un recurso extremo que seguramente repugna a la sensibilidad occidental, pero que es perfectamente comprensible cuando quienes toman esta decisión son los padres indígenas desesperados ante la realidad que están viviendo:

...los muertos de aquel día fueron por todos, así de los unos como de los otros, mas de cuarenta mil hombres y mugeres, que huyendo de la refriega y de la muerte cruel que los españoles y índios amigos les daban, se echaban en las acequias, á sí mismos como á sus hijos é hijas, por no verse en poder de los españoles (Durán, 62).

Como podemos ver en este pasaje de Durán, no sólo se encuentra el hombre americano frente a una terrible mortandad propiciada por los conquistadores —que han tenido la astucia de poner al indio contra el indio, de enfrentar a pueblos de la misma raza—, sino que además los sobrevivientes, tanto hombres como mujeres, escogen la muerte ahogados y hacen partícipes de esa decisión a sus propios hijos, como dice el cronista, por no verse en poder de los conquistadores.

Huyen de los conquistadores



Códice Florentino, libro XII

“...hombres y mujeres, huyendo de la refriega y de la muerte cruel que los españoles y indios amigos les daban, se echaban en las acequias... por no verse en poder de los españoles” (Durán, 62).

Como andaban los tristes españoles con perros bravos buscando y aperreando los indios, mugeres y hombres, una india enferma, viendo que no podía huir de los perros que no la hiciesen pedazos como hacían a los otros, tomó una soga al pie un niño que tenía de un año y ahorcóse de una viga... (Las Casas, *Tratados*, 105).

...tornó a segundar con que sus hijos se le habían de morir de hambre; e visto que la mandaban echar por ahí e que no le quizo dar a su marido, dio con el niño en unas piedras y lo mató... (Las Casas, *Tratados*, 207).

Es común encontrar en los textos de Landa, de Motolinía y de fray Bartolomé de las Casas a madres como las anteriores, que prefieren terminar con las vidas de sus hijos antes de enfrentarlos al hambre y a la esclavitud, antes de entregarlos en manos de los conquistadores.

En la misma forma, vemos decisiones colectivas de no traer más hijos al mundo como una forma extrema de defensa frente al conquistador.

Viéndose así aquestas gentes, en tan infelice y abatido y mortífero estado, por salir presto dél, muchos se mataban, bebiendo de aquel agua ó zumo, que arriba dijimos... las mugeres, si se empreñaban, tomaban hierbas para echar las criaturas muertas, y desta manera, perecieron en esta isla muchas gentes (Las Casas, *Historia*, 93).

Zorita relata que ocurre algo muy similar en la región mije:

Un religioso de mucha autoridad me dijo que después que se hacen estas cuentas, supieron él y otros de su orden que entienden de la doctrina de los mixes y chontales, que es junto a Oaxaca, que se habían concertado todos los indios de no tener acceso a sus mujeres ni con otras, o buscar mediós para impedir la generación, o para que malpariesen las que se hiciesen preñadas; y como lo supieron él y los demás religiosos, habían trabajado mucho para darles a entender su error y la ofensa que

hacían a Nuestro Señor, y que respondían... que no querían tener hijos porque no viniesen a pasar los trabajos que ellos pasaban... (165).

Uno de los muchos factores que propiciaron la mortandad de los pueblos amerindios después de la conquista es, justamente, esta decisión de no tener más descendencia, ya que ante la desolación de la derrota es preferible optar por el exterminio de la raza que continuar viviendo en la ignominia. Decisiones como la de las citas anteriores se combinan con el maltrato y la explotación en las minas para propiciar un bajísimo índice de natalidad:

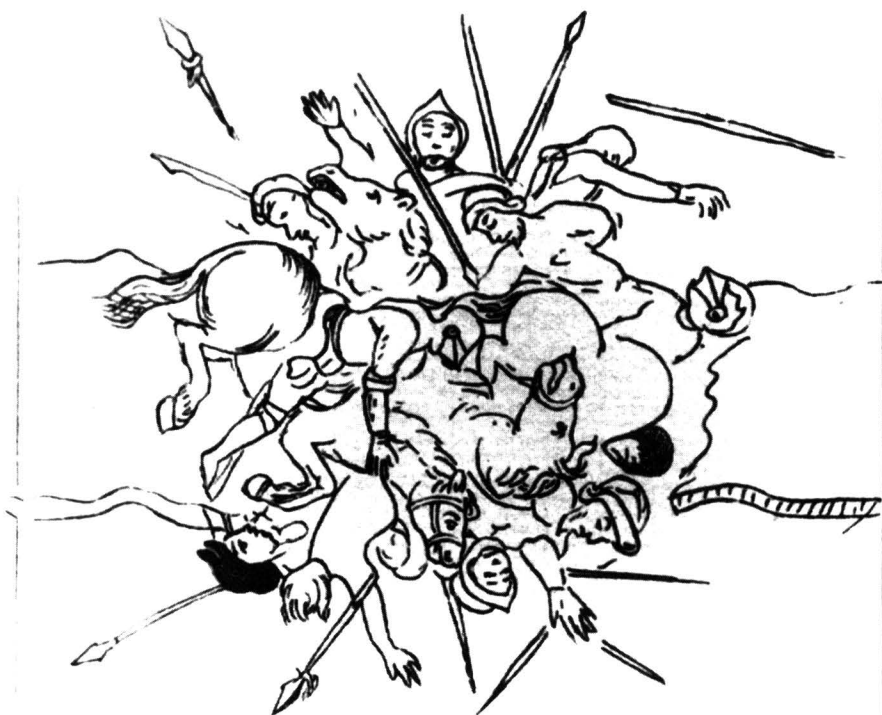
Y por estar los maridos apartados, que nunca vían a las mujeres, cesó entre ellos la generación; murieron ellos en las minas, de trabajos y hambre, y ellas en las estancias o granjas, de lo mesmo... (Las Casas, *Tratados*, 39).

Por ningún motivo debemos pensar que el autoexterminio o la mortandad de infantes están relacionados con una actitud de desprecio a la vida o falta de interés por la sobrevivencia de la familia o del grupo al que se pertenece; por el contrario, los pueblos americanos parecen tener un profundo aprecio por la continuación de la estirpe, por la honra de los antepasados y por la unidad familiar. Prueba de ello son los textos recopilados bajo el nombre de *Huehuetlatoli*, o *Pláticas de los ancianos*, en los que se reúne una nutrida serie de enseñanzas que eran transmitidas de padres a hijos, y en los que se destaca la reflexión sobre los valores familiares y el comportamiento del individuo en todo tipo de situaciones, desde las personales e íntimas, hasta las familiares y sociales.

Lo que sucede es que la desolación se generaliza, las madres se lamentan, el mundo ha cambiado para los americanos. La sensación de derrota y pérdida total no es privativa de ninguna región; lo mismo la vemos en los textos de los indígenas del altiplano que en la península de Yucatán o en la región de los cakchiqueles. Es claro que lo han perdido todo: sus familias,

Las mujeres toman parte activa en la batalla

92.



Códice Florentino, libro XII

“En los escudos estuvo nuestro resguardo, pero los escudos no detienen la desolación...” (*Anales de Tlatelolco*, 53).

sus hogares, sus tierras, pero seguramente lo que más duele es el abandono de los dioses y de aquello en lo que se creía. Un informante anónimo de Tlaltelolco lamenta la triste suerte de su pueblo en un *iconcuícatl* o canto de angustia:

En los caminos yacen los dardos rotos;
 los cabellos están esparcidos.
 Destechadas están las casas,
 enrojecidos tienen sus muros.
 Gusanos pululan por calles y plazas,
 y están las paredes manchadas de sesos.
 Rojas están las aguas, cual si las hubieran teñido,
 y si las bebíamos, eran aguas de salitre.
 Golpeábamos los muros de adobe en nuestra ansiedad
 sólo nos queda por herencia un red de agujeros.
 En los escudos estuvo nuestro resguardo,
 pero los escudos no detienen la desolación...

(León-Portilla, *Reverso*, 53).

El poeta habla de un paisaje urbano desolador: las casas y las calles, las plazas y los canales de Tlaltelolco se encuentran destruidos, teñidos por la sangre que se ha derramado en la batalla; los cuerpos de los muertos han empezado a descomponerse; la ciudad, en fin, es un caos. El orgulloso guerrero ha perdido toda la compostura, no tiene ya control sobre sus armas y sus cabellos están “desordenados y lacios”;¹ los escudos no han cumplido con su función de defenderlos; el hambre y la sed se apoderan de los sobrevivientes. El paisaje íntimo del poeta es aun más estrujante, los escudos no detienen la desolación, sólo les queda por herencia “una red de agujeros”. Georges Baudot traduce este mismo verso del poema con las siguientes palabras: “Y nuestra herencia no era más que un hoyo” (*Códice Florentino*, 199). En ambas versiones queda patente la desolación, esa desesperanza que los escudos no son

¹ Son las palabras que utiliza Georges Baudot en su traducción del mismo texto en *Relatos aztecas de la Conquista* (199).

capaces de detener, la angustia y la ansiedad que les hace golpear los muros de adobe.

En el otro extremo del mundo mesoamericano, uno de los redactores de los *Anales de los cakchiqueles* exclama:

Tunatiuh² comenzó a hacernos la guerra. El día cuatro Camey comenzaron a hacernos sufrir. Nosotros nos dispersamos bajo los árboles, bajo los bejucos ioh hijos míos! Todas nuestras tribus entraron en lucha con Tunatiuh (*Anales de los cakchiqueles*, 129).

Aquí el narrador es más parco, con menos palabras nos hace sentir lo que la conquista ha significado para ellos: es el momento en que comenzaron a sufrir, el momento en que los grupos humanos se dispersan y las tribus entran en lucha. Más adelante dice: “en verdad infundían miedo”. Lo que en realidad está sucediendo es que ellos mismos presencian la destrucción de todos sus basamentos; las estructuras sociales se vienen abajo, se desmoronan los fundamentos mentales, el mundo ya no responde más a la lógica que habían aprendido de sus mayores: un nuevo orden será impuesto.

Cuando la conquista se ha consumado, lo único que queda es llorar a los muertos:

Y a todos los valientes guerreros que habían muerto enseguida se los llevaron... y sus madres, sus padres sollozaron grandemente, los lloraron; los lloramos (*Códice Florentino*, 113).

Un largo sollozo se elevó; un largo gemido se elevó. Eran muchas las lágrimas de las mujeres queridas (*Códice Florentino*, 149).

En la ciudad de México-Tenochtitlan, después del sitio, cuando finalmente se ha vivido el asedio y la derrota, ya no queda más a las madres sino llorar por la suerte que sus hijos han corrido. El llanto y el desconcierto se generalizan, algunas

² Los mesoamericanos llamaron al adelantado Pedro de Alvarado Tonatiuh, el Sol, por sus rubios cabellos.

Las madres lloran la suerte de sus hijos



Códice Florentino, libro I

“Un largo sollozo se elevó; un largo gemido se elevó. Eran muchas las lágrimas de las mujeres queridas...” (*Códice Florentino*, 149).

mujeres aparecen vagando por las calles con sus hijos a cuestas, como si estuviesen viviendo una horrenda pesadilla. Hablan de ellas los informantes de Sahagún:

Era general el llanto, lloraban con grandes gritos. Lágrimas y llanto escurren de los ojos mujeriles. Muchos maridos buscaban a sus mujeres. Unos llevan en los hombros a sus hijos pequeñitos (*Códice Florentino*, 109).

Chimalpain las menciona también:

...en este dicho año cuatro conejo [1522] los mexicas [que estaban presos en Coyohuacan] pudieron regresar a Tenochtitlan y volver a sus casas y moradas, pero solamente montones de huesos encontraron por las casas saqueadas de sus bienes, sus posesiones y algunas mujercitas que andaban cargando a cuestas a sus hijuelos (Chimalpain, 241).

Frente a estos lamentos y frente a esta estrujante realidad, resulta menos difícil entender las medidas extremas tomadas por los pueblos amerindios para protegerse del conquistador. Resultan, si no justificables, sí menos extrañas a nuestra sensibilidad las quemas de pueblos, los suicidios colectivos, el aniquilamiento de mujeres y niños, el llanto.

VI. LA LLEGADA DE LAS MUJERES ESPAÑOLAS

La forma en que los cronistas describen a las mujeres españolas y sus acciones es, en principio, diferente de la que utilizan cuando nos dan cuenta de las mujeres indígenas. Con la mujer peninsular, de más está decirlo, hay un mundo en común que se comparte; sobre ellas no se dice nada nuevo, nada que pudiese causar asombro. El tono es, a fin de cuentas, de completa cotidianidad, aun cuando lo que se refiere sea de gravedad extrema.

Cuando se habla de la mujer indígena, el referente suelen ser personajes anónimos, representantes de algún grupo o de los habitantes de algún pueblo. Sólo por excepción nos enteramos de su nombre y de sus circunstancias familiares, y eso en el caso de ser sobrina o hija de alguno de los señores o los principales indígenas. Cuando los cronistas nos hablan de las mujeres españolas, por el contrario, estamos frente a personas que por lo general tienen nombre y apellido y, en caso de que el cronista lo hubiese olvidado, se disculpa por la omisión y se refiere a ella por el apodo o por el nombre del marido; en muchos de los casos nos da información aun del lugar de procedencia. La información que de ellas nos proporcionan suele estar en función de sus relaciones de parentesco con los conquistadores. Lo más común es encontrarnos con frases como “mujer que fue de”, o “hija de”, o “que casó con”. Es mucho menor el número de pasajes en los que se habla de las acciones, decisiones o del carácter de dichas mujeres; sin embargo, éstos no están del todo ausentes, son ellos los que nos permiten acercarnos a la figura de las mujeres españolas que participaron en la gesta de la conquista y en los primeros años de la colonización de las nuevas tierras.

Canon de belleza europeo



Antonio de Solís

“...decían que habían visto dos mujeres mozas, tan blancas como podrían ser en España” (Las Casas, 255).

Desde el primer momento del desembarco, el nuevo continente está destinado a convertirse en un enorme crisol en el que han de mezclarse todas las razas del mundo. América no es sólo el espacio geográfico en el que confluyen dos culturas, la europea y la americana, sino que es también un punto de unión para los hombres del continente asiático y el africano. África hace acto de presencia a través de los esclavos, negros y mulatos, que desde el principio llegaron acompañando como sirvientes a los españoles y que más adelante arriban por oleadas en los galeones en los que se traficaba con seres humanos, traídos a América para proporcionar al continente una mano de obra resistente a las enfermedades y al trabajo excesivo. Asia no puede estar ausente, ya que el continente recién descubierto se convierte en puerto de paso hacia las rutas de comercio tan codiciadas por Europa, rutas que les daban acceso a las especias, las sedas y la porcelana. No hay que olvidar que el lazo de unión entre América y Asia era tan estrecho que las Filipinas pertenecían al Virreinato de la Nueva España y eran gobernadas desde la ciudad de México. Como dice Georges Baudot:

Crisol biológico y cultural, América presentaba entonces fenómenos únicos de mestizaje y de aculturación... Como en ningún otro lugar del mundo, y como en ningún otro momento de la humanidad, parecía surgir una nueva raza (Baudot, *Vida cotidiana*, 85).

Las mujeres españolas empezaron a arribar desde los primeros viajes al Caribe. Posiblemente las primeras que vinieron formaban parte de la expedición de Nicolás de Ovando, que llegó a la Española en 1502, según reporta Fernández de Oviedo: "vino á esta isla con treynta naves é carabelas é muy hermosa armada..." (Fernández de Oviedo, *Historia*, 74). Sin embargo, habría que tomar en cuenta que fray Bartolomé de las Casas, que llegó en la misma expedición, no habla de que entre los pasajeros se encontrara un grupo de mujeres. Oviedo nos relata también la llegada, en 1509, de la virreina doña María

de Toledo, esposa de don Diego Colón, que había sido designado virrey. Con ellos llegaron también algunas mujeres:

...dueñas é doncellas hijasdalgo, é todas ó las mas dellas que eran moças se casaron en esta cibdad y en la isla con personas principales é hombres ricos de los que acá estaban, porque en la verdad abia mucha falta de tales mugeres de Castilla (*Historia*, I, 97).

Con María de Toledo llegaron mujeres¹ que con el tiempo habrían de desposarse con los protagonistas de la conquista y colonización, como Catalina de Juárez, que se casó con Hernán Cortés, y María de Cuéllar, quien fuera esposa, por un brevísimo periodo, de Diego Velázquez, ya que ella murió seis días después de la ceremonia matrimonial.

El viaje americano, a pesar de sus dificultades y peligros, siempre contó con una proporción significativa de mujeres entre los pasajeros. Desde la primera tentativa de colonización de 1501, la corona exigió a los viajeros que fueran acompañados por sus esposas, al punto de que en 1504 el gobernador de Santo Domingo, Nicolás de Ovando, obligó a colonos ya casados en España a regresar a ella para traer a sus mujeres (Baudot, *Vida cotidiana*, 19).

A la corona le interesaba la situación en la que vivían los pobladores de las nuevas tierras, y frecuentemente constatamos sus intentos por mantenerse informada del número de habitantes que había en ellas y el estado en que vivían. Una Real Cédula, de 1533, dirigida a don Pedro de Alvarado, gobernador de Guatemala, le pide

entera noticia de las cosas de esa provincia y calidad de ella [y le mandan] que luego que ésta recibais, hagais hacer una larga re-

¹ La proporción de mujeres españolas que llegaron a América, según las cifras que maneja Baudot, es la siguiente: en el periodo que va de 1493 a 1519, 5.6% de los viajeros registrados eran mujeres; de 1520 a 1539, 6.3%; de 1540 a 1559, 16.4% eran mujeres (*La vida cotidiana*, 20).

lación de la grandeza de esa Provincia, assi de ancho como de largo... é asimismo qué vecinos y moradores españoles hay en ella, é dónde vive cada uno, e cuántos dellos son casados con españolas ó con indias, y cuántos por casar.²

En el capítulo en que se narra la huida de la ciudad de México-Tenochtitlan, Bernal Díaz nos habla por primera vez de mujeres peninsulares que se encontraban entre las huestes españolas. Por ejemplo, nos hace partícipes del

contento que recibimos de ver viva a nuestra doña Marina y a doña Luisa, hija de Xicotenga, que las escaparon en las puentes unos tlaxcaltecas; y también una mujer que se decía María de Estrada —y aclara—, que no teníamos otra mujer de Castilla, sino aquélla... (Díaz del Castillo, 388).

Aparentemente el primer grupo de mujeres que llegó a tierras mexicanas era parte de la expedición de Pánfilo de Narváez. Bernal Díaz nos da cuenta de cinco de ellas que murieron en Tuxtepeque.

...quiero dar otra cuenta qué tantos nos mataron, así en México, en puentes y calzadas... y los que mataron por los caminos. Digo que en obra de cinco días fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos y setenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tustepeque, y a cinco mujeres de Castilla; y estos que mataron en Tustepeque eran de los de Narváez... (*ibid.*, 391).

De María Estrada, nos hablan los cronistas en diferentes ocasiones, aunque no siempre coinciden. Tanto Muñoz Camargo como Bernal Díaz señalan que más tarde se casó con Pedro Sánchez Farfán, sólo que Muñoz Camargo agrega que

² Marcos Jiménez de la Espada, en *Relación Geográfica de las Indias*, transcribe esta cédula (I, xxxviii-xxxix).

La huida de la ciudad de México-Tenochtitlan



Lienzo de Tlaxcala, lámina 18

“...se mostró valerosamente una Señora llamada María de Estrada... peleando... con tanta furia y ánimo, que excedía al esfuerzo de cualquier varón” (Muñoz Camargo, 220).

tuvo por repartimiento el pueblo de Tetela, que está á una parte del volcán. Casó segunda vez con Alonso Martínez, partidor; vivieron en la Ciudad de Puebla de los Ángeles hasta que acabaron (Muñoz Camargo, 221).

Pero difieren en la forma en que la califican, ya que mientras para el primero la Estrada es una valiente guerrera que “peleó con lanza y caballo como si fuera uno de los más valerosos hombres del mundo” (227); Díaz del Castillo la califica como “la vieja María Estrada” (557).

Esta española aparece una vez más en una apostilla de la edición del texto de Muñoz Camargo que hizo, en 1870, el gobierno del estado de Tlaxcala a partir de un manuscrito de la colección Boturini, en el que dice:

En esta tan temeraria noche llamada la noche triste... se mostró valerosamente una Señora llamada María de Estrada, haciendo maravillosos y hazañeros hechos con una espada y una rodela en las manos, peleando valerosamente con tanta furia y ánimo, que excedía al esfuerzo de cualquier varón, por esforzado y animoso que fuese, que á los propios nuestros ponía espanto, y ansímismo lo hizo la propia el día de la memorable batalla de Otumba, á caballo, con una lanza en la mano, que era cosa increíble en ánimo varonil, digno por cierto de eterna fama é inmortal memoria (Muñoz Camargo, 220-221).

Alfredo Chavero discute la presencia de este pasaje en la edición de don Carlos Bustamante, y deduce que el hecho de que no aparezca en el manuscrito de Panes ni en la traducción francesa “manifiesta claramente que tampoco perteneció a la obra de Camargo” (Muñoz Camargo, 220). Lo que importa realmente es que existe alguien —ya sea Muñoz Camargo, ya sea el copista—, que percibe a la mujer hispana como una mujer valiente capaz de tomar las armas y defender su vida y la de sus compañeros “con furia y ánimo”. Podemos encontrar una posible corroboración en el Lienzo de Tlaxcala, tanto en la copia de Yllañes, como en la versión publicada por Papel y Cartón

de México: en la lámina en que se representa la huida de la ciudad de México-Tenochtitlan aparece al lado de Hernán Cortés una persona montada a caballo que bien podría ser una mujer hispana, dadas las características de su peinado que en nada es similar al de las mujeres indígenas ni a los cascos de los españoles, ni menos aún a los tocados de los tlaxcaltecas.

Como María Estrada hay otras mujeres que participan en las luchas de la conquista; de ellas nos ha dejado testimonio fray Juan de Torquemada en su *Monarquía indiana*. Una de ellas,

Beatriz de Palacios, mulata, ayudó mucho, cuando fue echado Cortés de México... era casada con un soldado, dicho Pedro de Escobar; y sirvió tanto a su marido y a los de su camarada... (Torquemada, 294).

Relata el autor que esta mujer hacía las guardias nocturnas de su marido cuando éste se encontraba cansado después de pasar el día en batalla, y ensillaba los caballos, curaba los heridos

como cualquier soldado; y éstas y otras fueron las que curaron a Cortés y a sus compañeros, cuando llegaron heridos a Tlaxcala, le dijeron que no era bien que mujeres castellanas dejasen a sus maridos yendo a la guerra y que adonde ellos muriesen morirían ellas. Éstas fueron Beatriz Palacios, María Estrada, Juana Martín, Isabel Rodríguez y la mujer de Alonso Valiente y otras (*ibid.*, 294).

De todas ellas, sólo dos aparecen en la lista que nos proporciona Bernal Díaz de las mujeres que participaron en la fiesta que Hernán Cortés ofreció, dos años después, una vez que logró dominar la ciudad de México.

En otro espacio geográfico, fray Antonio Tello, en su *Crónica de la conquista de Xalisco*, relata las hazañas de una valerosa mujer de nombre Beatriz Hernández que defendió la recién fundada ciudad de Guadalajara durante una terrible

acometida de los indios. Ella se encargó de organizar a las mujeres y a los niños poniéndolos en un lugar seguro e incluso luchó cuerpo a cuerpo con uno de los guerreros indígenas:

Traía esta señora un gurguz ó lanza en la mano y andaba vestida con unas cornacinas ayudando á recoger toda la gente, animándoles y diciéndoles que fuesen hombres, que entonces verían quien era cada uno, y luego se encerró con todas las mujeres y las capitaneó, y tomó á su cargo la guarda de la puerta, puestas sus cornacinas, con su gurguz y un terciado colgado de la cinta... (Tello, 389).

Otro personaje interesante es Isabel Rodríguez. De ella Díaz del Castillo sólo dice que era vieja; Torquemada nos relata que había adquirido, por providencia divina, dones para curar a los heridos:

...les ataba las heridas y se las santiguaba diciendo: en el nombre de el Padre y de el Hijo y de el Espíritu Santo, un solo Dios verdadero; él te cure y sane, lo cual no lo hacía más de dos veces... y acontecía que los que tenían pasados los muslos iban otro día a pelear; grande argumento de que Dios estaba con los castellanos, pues daba salud a tantos por mano de aquella mujer (Torquemada, 293).

En los relatos de los cronistas nos encontramos que muchas veces las mujeres españolas pierden la vida en la aventura que emprenden en el Nuevo Mundo; algunas nunca llegan a su destino. Fernández de Oviedo nos da información sobre cinco mujeres casadas que perecieron ahogadas con veinticinco hombres cuando, por el mal tiempo, naufragaron los barcos que llevaban a Diego de Albiñez y su comitiva, a sólo seis leguas de la villa de Trujillo (Fernández de Oviedo, 210). Hay otras que son tomadas prisioneras por los indígenas o que mueren en las batallas, como las mujeres que llegaron con el grupo de Narváez, quien se había tenido que quedar en Tustepeque porque

algunos de ellos estaban enfermos. Bernal nos relata su trágico fin y cómo fueron sitiados en un cerro

que era adoratorio de ídolos, adonde se habían hecho fuertes cuando les daban guerra, y allí los cercaron, y de hambre y sed y de heridas les acabaron las vidas... (Díaz del Castillo, 585).

Mueren también por enfermedades. En esos casos Bernal reporta que murieron “del mal de la tierra”, que se manifestaba con fuertes calenturas y problemas gastrointestinales. O debido a las inclemencias de las extremas tierras americanas, como doña Francisca de Valterra, esposa de Pedro de Guzmán, uno de los hombres de Cortés, ambos esposos se fueron al Perú “e hubo fama que murieron helados él y la mujer y un caballo...” (Díaz del Castillo, 857).

A lo largo de la lectura de las crónicas, nos enteramos con sorpresa que otro buen número de mujeres españolas mueren a manos de sus propios maridos. Juan Pérez mató a su mujer, dice Bernal Díaz, y aparentemente sin recibir por esto ningún castigo, pues a continuación agrega que

murió de su muerte... (854), lo mismo sucedió con un fulano Xuárez “el viejo”, que mató a su mujer con una piedra de moler maíz, murió de su muerte... (855). Y uno de los Monjarraz “había muerto a su mujer, muy honrada buena y hermosa, sin culpa ninguna, y que buscó testigos falsos que juraron que le hacía maleficio (427).

Aventurarse en las nuevas tierras españolas no era entonces empresa fácil. Podríamos decir que las posibilidades de salir avante eran realmente reducidas y, sin embargo, el número de mujeres que llegaron a nuestras tierras fue siempre creciente durante los primeros cien años que siguieron a la conquista.

Volvamos al pasaje del texto de Bernal Díaz —tachado en el *Manuscrito de Guatemala*— que nos da información sobre los nombres y las características de las primeras mujeres españolas que llegaron a México. Es una descripción de la fiesta

que se llevó a cabo en Coyoacán, tras el triunfo definitivo de los españoles con el que se logró la sujeción de los mexicas y el control de la ciudad:

Pues ya que habían alzado las mesas, salieron a danzar las damas que había, con los galanes cargados con sus armas, que era para reír, y fueron las damas que aquí nombraré, que no había otras en todos los reales ni en la Nueva-España; primeramente la vieja María Estrada, que después casó con Pedro Sánchez Farfán, y Francisca de Ordaz, que se casó con un hidalgo que se decía Juan González de León; la Bermuda, que se casó con Olmos de Portillo, el de México; otra señora mujer del capitán Portillo, que murió en los bergantines, y ésta por estar viuda, no la sacaron a la fiesta; e una fulana Gómez, mujer que fue de Benito de Vegel; y otra señora hermosa que se casó con un Hernán Martín, que vino a vivir a Oaxaca; y otra vieja que se decía Isabel Rodríguez, mujer que en aquella sazón era de un fulano de Guadalupe; y otra mujer algo anciana que se decía Mari Hernández, mujer que fue de Juan de Cáceres, el Rico; y de otras ya no me acuerdo que las hubiese en la Nueva España... (Díaz del Castillo, 557).

La enmienda es comprensible —independientemente que ésta provenga de la voluntad del autor o de la de algún posible poseedor del manuscrito en años posteriores—, ya que lo que se describe en ese pasaje resulta y resultó ridículo, tanto para los ojos del lector del siglo XVI, como para el narrador que con exceso de pudor introduce el periodo diciendo: "...y valiera más que no se hiciera, por muchas cosas no muy buenas que en él acaecieron..." (Díaz del Castillo, 557), y es que no sólo las mujeres, viejas y jóvenes bailaron con los soldados que aún llevaban puestas sus armaduras, sino que también corrió en la fiesta de Coyoacán

mucho vino de un navío que había venido al puerto de la Villa Rica..., —tanto que— hizo a algunos hacer desatinos, y hombres hubo en él que anduvieron sobre las mesas después de haber comido que no acertaban a salir al patio (Díaz del Castillo, 557).

No parece que por el listado de mujeres el texto merezca ser enmendado, sino por los papelones de algunos que no “aciertan a salir al patio” cuando se encuentran intoxicados por el mucho vino y los cerdos traídos de Cuba.

Sin embargo, es muy sintomático el hecho de que, de estas nueve mujeres partícipes de la fiesta de Coyoacán, tres son viejas y una es viuda. A otra se refiere como una “fulana”, término que en el siglo XVI, como ahora, tiene una profunda carga despectiva y se utiliza para suplir el nombre de alguna persona que se desconoce o de poca importancia. De otra más, de la que no recuerda el nombre, es de la única que el cronista dice que era hermosa y, por último, hay una a la que se refiere por el apodo de “la Bermuda”.

Aunque fuesen viejas, feas, o de poca importancia, todas ellas terminan matrimoniándose con los mismos conquistadores. María Estrada lo hace dos veces como ya vimos más arriba, y es que, para el hispano, la mujer de su raza va a constituirse no sólo en un símbolo de estatus, sino también en un medio para dar continuidad a una raza que permanezca leal a la corona, ya que, como Cortés le dijo a Alonso de Ávila: “las mujeres han parido y paren en Castilla soldados”; a lo que Ávila responde: “soldados y capitanes e gobernadores...” (Díaz del Castillo, 363). Existe, a este respecto, otro interesante pasaje en el que Bernal Díaz, al escribir sobre la ciudad de Guatemala, asienta que “en naciendo los hijos de los conquistadores tienen escritos en el pecho y en el corazón la lealtad que deben tener a nuestro rey y señor” (Díaz del Castillo, ed. P.R., III, 282).³

³ Esta cita no proviene, como las demás, de la edición de Sáenz de Santa María, sino del capítulo CCXIV de la edición de Pedro Robredo. La edición de Sáenz de Santa María termina en el capítulo CCXII; sin embargo, haré varias referencias a éste, que trata “De los gobernadores que ha habido en la Nueva España hasta el año de quinientos setenta y ocho”. En la referencia las marco a partir de este momento como: Díaz del Castillo, ed. P.R.

VII. LA FORMACIÓN DE LAS PRIMERAS FAMILIAS

Una vez dominada la Gran Tenochtitlan, se inician los trabajos para la construcción de la ciudad colonial sobre las ruinas de la capital azteca. Al mismo tiempo, los hombres de Cortés poco a poco hacen venir a sus familias. Alrededor de los conquistadores se reúnen esposas, hijas y hermanas para empezar a formar el núcleo familiar en la nueva tierra. Tenemos como ejemplo a un Orduña el Viejo, vecino de Puebla, que

después de ganado México trajo cuatro o cinco hijas que casó muy honradamente (Díaz del Castillo, 464); —y a otro— el comendador León de Cervantes que fué por sus hijas, que después de ganado México las casó muy honradamente... (Díaz del Castillo, 421).

No resulta extraño que desde España se ejerciera presión para que los conquistadores trajesen a las propias familias, sobre todo si pensamos en el poder que la mujer tiene para arraigar al individuo e iniciar de esa forma una colonización permanente. Incluso los textos de los cronistas nos muestran que la presencia de las mujeres en las capitales fue uno más de los factores que contribuyeron al centralismo en las tierras americanas. Tenemos noticias de cómo los hombres que eran enviados a emprender nuevas conquistas en territorios alejados de su hogar desean regresar al lado de sus mujeres. Un buen ejemplo puede ser Cristóbal de Olid, quien se encontraba en territorios de Michoacán, "...y como era recién casado, y la mujer moza y hermosa, apresuró su venida..." (Díaz del Castillo, 585); o el caso de Narváez, que solicita a Cortés, por boca de Garay, que le "diese licencia para volver a la isla de Cuba

con su mujer, que se decía María de Valenzuela...”, aunque aquí tendríamos que agregar a la derrota, recientemente sufrida por el intruso Narváez, un factor más que acrecentaba seguramente el poder de atracción de la mujer del capitán, ya que el cronista agrega que “estaba rica de las minas y de los buenos indios que tenía...” (Díaz del Castillo, 606).

Una de las primeras esposas que llegaron a la Nueva España fue Catalina de Juárez, la Marcaida, quien, como dijimos antes, vivía en Cuba. Según el texto bernaldino, Hernán Cortés había enviado a Catalina y a su hermano Juan una carta con los hombres de Narváez que solicitaron permiso para regresar a Cuba, “y les envió ciertas barras y joyas de oro, y les hizo saber todas las desgracias y trabajos que nos habían acaecido, y cómo nos echaron de México” (Díaz del Castillo, 421). Catalina se embarcó unos meses después, se presentó sorpresivamente en las costas mexicanas, “y cuando Cortés lo supo, dijeron que le había pesado mucho de su venida...” (Díaz del Castillo, 592).

Lo que tenemos en estos textos es una clara intención de Bernal Díaz de sembrar en la mente del lector elementos de los cuales se puede deducir una anomalía en la relación entre el capitán y su esposa. En la primera cita, Bernal nos da suficientes indicios para que podamos leer en la actitud de Cortés la intención de disuadir a la esposa de presentarse en México, ya que le narra los “desmanes y trabajos” por los que han pasado en la conquista de México; y en la segunda, Bernal reporta el sentir generalizado, con ese “dijeron que le había pesado”; el plural denota que las actitudes de Cortés estaban en boca de sus subalternos. Estos primeros indicios adquieren su verdadera dimensión en el momento en que Bernal hace mención de la muerte repentina de Catalina, sólo tres meses después de su llegada, y de las sospechas que recayeron sobre Hernán Cortés. A este pasaje regresaremos más adelante.

Cuando la mujer de Hernán Cortés arribó, venía acompañada de su hermano Juan Juárez, y otras señoras entre las que se encontraba su hermana y la mujer de un Villegas a la que llamaban la Zambrana,

y sus hijas, y aún la abuela, y otras muchas señoras casadas; y aun me parece —dice el texto bernaldino— que entonces vino Elvira López “la Larga”, mujer que entonces era de Juan de Palma (Díaz del Castillo, 591).

No fue fácil la llegada para los Juárez, pues en esos días había llovido mucho a consecuencia de “grandes nortes” y los ríos estaban desbordados. Así que, para evitarse el peligro de naufragar, tuvieron que desembarcar en el puerto de Ayagualulco, en donde los recibió un grupo de soldados de Gonzalo de Sandoval, entre los que se encontraba el mismo Bernal; de ahí los viajeros fueron transportados a la villa de Guazacualco, para después conducirlos a México.

De la misma forma, los cronistas nos reportan la llegada de las mujeres de los principales hombres de Cortés. Al correr de las páginas nos vamos dando cuenta de cómo Pedro de Alvarado llega en el año treinta y nueve con su segunda esposa, Doña Beatriz de la Cueva, “que consigo llevaba é con su casa á Guatimala” (Fernández de Oviedo, *Historia*, III, 218); o de cómo Beatriz de Herrera llegó en busca del adelantado Montejo, con quien se había casado clandestinamente en Sevilla, porque según Landa, decían “algunos, que la negaba, pero don Antonio de Mendoza, Virrey de la Nueva España, se puso de por medio y así la recibió...” (Landa, 31).

Muchos otros trajeron a sus hermanas o hijas para después casarlas con sus colegas conquistadores. Con base en el texto de Bernal Díaz del Castillo, tenemos noticias de que una de las hijas de Orduña se casó con Jerónimo Ruiz de Mota (464) y otra con Pedro de Solís “tras-de-la-puerta” (851); Solís “el de la huerta” se casa con una hija del bachiller Ortega (423), y un tal Vargas fue suegro de Cristóbal Lobo (422); Francisco de las Casas se casó con una hermana de Hernán Cortés (Fernández de Oviedo, *Historia*, 188); Alonso Romero y Niño Pinto eran cuñados, y Álvaro Gallegos fue cuñado de unos Zamora. La lista de conquistadores que emparentan, reportados sólo por Díaz del Castillo, puede prolongarse en forma impresionante. De su lectura va quedando muy claro, por un lado, la llegada

en forma persistente de las mujeres españolas y, por otro, la red de parentesco que se va formando entre los hombres de Cortés, sobre los que recaerá el gobierno de la Nueva España, y, por tanto, el poder en la colonia.

Para cuando empezaron a llegar las mujeres peninsulares que venían a formar familia, ya se habían consumado las primeras uniones entre españoles e indias. Ya vimos en el capítulo II cómo las mujeres indígenas fueron entregadas a los conquistadores como ofrenda, con la finalidad de tener descendencia. En muchos de los casos estas uniones se asentaron sobre bases firmes y perdurables. Muchos de los conquistadores que acompañaron a Cortés, enumerados por Bernal Díaz del Castillo en uno de los últimos capítulos de la *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, son identificados por el soldado cronista a partir del matrimonio que hicieron con mujer indígena con la cual permanecieron unidos a lo largo de su vida:

Y pasó un Alonso de Grado... Cortés le casó con Doña Isabel, hija de Montezuma... y murió de su muerte... (851). Y un buen soldado que se decía Alonso Pérez "Maite" que vino casado con una india muy hermosa del Bayamo... (863). Y pasó un Juan de Cuéllar, buen jinete: éste casó primeramente con una hija del señor de Tezcucó, la cual se decía doña Ana y era hermana de Estesuchel, señor del mismo Tezcucó, [Cuéllar] murió de su muerte... (852).

En este último ejemplo cabe cuestionarnos qué significa exactamente ese "casó primero"; implica lógicamente que existió al menos otra unión matrimonial, pero el cronista no nos da información alguna sobre ese matrimonio o los subsiguientes. Es interesante destacar que el tono utilizado por Bernal no es el mismo cuando se refiere a Cuéllar que cuando nos relata sobre un soldado que "se decía Álvaro, hombre de la mar, natural de Palos, que decían que tuvo en indias de la tierra treinta hijos en obra de tres años..." (Díaz del Castillo, 863). Para este tal Álvaro no hay ningún vocablo que connote una unión duradera. La calidad transitoria de las uniones se hace

patente al introducir el plural: “tener en indias de la tierra” y dejar en el anonimato los nombres de las mujeres en las que se ha engendrado tal cantidad de hijos. Cuando Bernal habla de Cuéllar y dice “casó primero”, cabría la pregunta sobre la suerte de la primera mujer, la hija del señor de Texcoco. Para ella podemos imaginar tres posibilidades: o ella misma decidió terminar con la unión, o murió, o fue relegada. Analicemos las tres:

La primera es poco probable o, mejor aún, difícil de probar, ya que en ningún caso se han encontrado testimonios de una mujer indígena que abandone a su hombre hispano, más bien sucede lo contrario. Los cronistas hablan de la fidelidad de las mujeres de las nuevas tierras con alguna frecuencia. Fernández de Oviedo nos informa que ellas

por honradas se tienen mucho cuando alguno de los tales [españoles] las quieren bien; y muchas de ellas, después de que conocen a algún cristiano carnalmente, le guardan lealtad si no está mucho tiempo apartado o ausente... (*Sumario*, 122).

Esta fidelidad contrasta con la de algunas mujeres españolas, quienes tan pronto como el marido faltaba por un tiempo mayor al que ellas juzgaban razonable, tomaban otro compañero. Álvaro Núñez, en sus *Naufragios*, relata cómo algunos de sus compañeros

vieron y oyeron todos muy claramente cómo aquella mujer dijo á las otras que, pues sus maridos entraban por la tierra adentro y ponían su persona en tan gran peligro, no hiciesen en ninguna manera cuenta de ellos; y que luego mirasen con quién se habían de casar, porque ella así lo había de hacer, y así lo hizo; que ella y las demás se casaron y amancebaron con los que quedaron en los navíos... (*Cabeza de Vaca*, 548).

Soldados y marineros españoles se enrolaban en empresas que en ocasiones los mantenían durante años alejados de sus familias, y en no pocos casos regresaron a encontrarse con que

la mujer ya había contraído nuevas nupcias. Díaz del Castillo nos habla de un “Yáñez, natural de Córdoba, y este soldado fué con nosotros a las Higüeras, y entretanto que fue se le casó la mujer con otro marido...” (859). Como apuntamos antes, tenemos informes de la débil lealtad de las españolas, mas no así de las mujeres indígenas.

La segunda posibilidad es más probable. Sabemos de la enorme mortandad entre la población indígena, causada no sólo por el maltrato y los enfrentamientos armados, sino también, y en gran medida, por las epidemias y las enfermedades traídas por los europeos a una población que, si bien no había desarrollado anticuerpos ni siquiera para virus como el de la gripe, menos aún para las viruelas o para las bubas de las que tanto nos hablan los cronistas. Por lo tanto no sería extraño que una mujer indígena muriese antes que su esposo y que su muerte fuera provocada por causas naturales; “murió de su muerte”, como diría Bernal.

La tercera posibilidad, ser relegada como mujer indígena, no debe haber sido un fenómeno poco común, la misma Marina fue relegada al llegar una mujer hispana. Sin embargo, es pertinente recordar cómo consideraba el mundo prehispánico la poligamia. Sabemos que ésta fue una práctica común entre los indígenas americanos; ha sido descrita por muchos de los cronistas y está ampliamente documentada. En el *Sumario*, Fernández de Oviedo nos informa:

Los caciques y señores... tienen y toman cuantas mujeres quieren, y si las pueden haber que les contenten y bien dispuestas, siendo mujeres de linaje, hijas de hombres principales de su nación y lengua... (Fernández de Oviedo, 122).

Pomar da noticia de que “Tenía el rey muchas casas en la ciudad en diferentes partes... donde tenía sus mujeres y donde se criaban sus hijos con amor y criados...” (Pomar, 30). Hay muchos otros cronistas que dan cuenta de la poligamia, podemos mencionar a Sahagún, el padre Las Casas y Torquemada, entre otros, pero es sin lugar a dudas fray Toribio de Benavente,

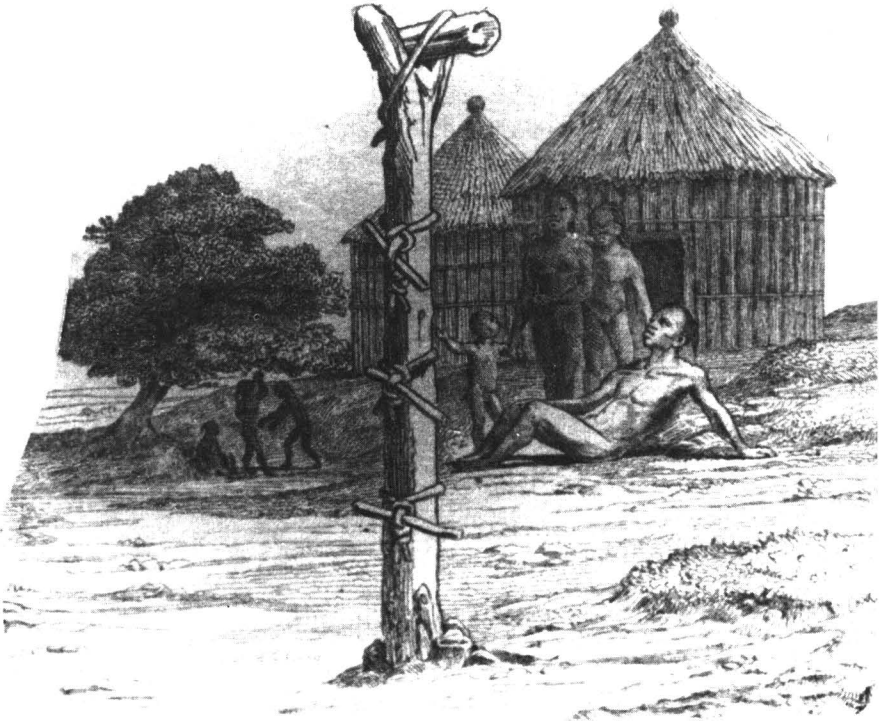
Mortandad causada por la epidemia



Códice Florentino, libro XII

“Y los españoles todavía no se habían levantado contra nosotros cuando, de entrada, se produjo una gran enfermedad pustulosa. Ella extendió sobre nosotros una gran devastación” (*Códice Florentino*, 140).

Poligamia



Fernández de Oviedo

“Había algunos que tenían hasta doscientas mujeres, y de ahí abajo cada uno tenía las que quería” (Motolinía, 127).

Motolinía, quien hace hincapié en las características de esta práctica y las implicaciones que tuvo en la reeducación del pueblo mesoamericano. Por él nos enteramos que “había algunos que tenían hasta doscientas mujeres, y de allí abajo cada uno tenía las que quería...” (Motolinía, 127). El mismo fray Toribio nos relata el problema que significó la poligamia en el proceso de evangelización, ya que sería una de las costumbres más arraigadas contra las que habían de luchar los frailes, dada su inaceptabilidad dentro de la moralidad de la nueva religión.

No tuvieron poco trabajo [los misioneros] en quitar y desarraigar a estos naturales la multitud de las mujeres, la cual cosa era de mucha dificultad, porque se les hacía muy dura cosa dejar la antigua costumbre carnal... (Motolinía, 165).

En su deseo de regularizar los matrimonios y dejar a cada cual con su “legítima mujer” se aconsejaban de los vecinos, que a todos conocían, “para no errar... y para no dar a nadie en lugar de mujer manceba” (127). Este afán de los misioneros de “regularizar” los matrimonios debe haber causado en los indígenas grande extrañeza, sobre todo si consideramos que la poligamia entre los pobladores de las nuevas tierras tenía, y tiene en los grupos que aún la practican, un fundamento económico. El mismo Motolinía nos hace saber que la estructura familiar se formaba con todas estas mujeres, con las que “según su costumbre eran casados”, y que “también las tenían por manera de granjería,¹ porque las hacían a todas tejer y hacer mantas y otros oficios de esta manera...” (127).

Toda esta larga digresión sobre la poligamia tiene como finalidad hacernos reflexionar sobre lo que debió significar para las mujeres indígenas la llegada de las esposas españolas. Hemos enfrentado, por lo tanto, este hecho desde una escala de valores occidental y hemos considerado que a partir de ese momento la mujer india queda relegada a un segundo plano.

¹ “Granjería”, en el *Diccionario de autoridades*, está definida como el modo de aumentar el caudal, criando ganado o vendiendo y comerciando con otras cosas.

Indudablemente así fue, pero seguramente la llegada de las mujeres españolas no significó ningún tipo de tragedia o problema mayor, ya que para ellas, para las indígenas, la poligamia era una práctica no sólo aceptada sino percibida como natural. Bastante liberador debió ser para ellas que otra se encargase de la administración de una casa que tenía pretensiones de funcionar como las europeas, y en la que tantos usos y tantas exigencias resultaban incomprensibles para la nacida y educada en estas tierras.

Para ejemplificar la importancia de la red de parentescos que se va creando entre los conquistadores, tanto entre los que se establecieron en la Nueva España como los que fundaron sus hogares en las tierras caribeñas, tomemos como ejemplo la alianza que se establece entre Hernán Cortés y Francisco de Garay. Según la relación de Bernal Díaz, este Garay, que era gobernador de la isla de Jamaica y rico, emprendió la conquista y pacificación de las tierras del Pánuco porque

oyó decir de la buena ventura de Cortés, y de las grandes ciudades que había descubierto, y del mucho oro y joyas que había en la tierra, tuvo envidia y codicia, y le vino más la voluntad de venir él en persona y traer la mayor armada que pudiese; buscó once navíos y dos bergantines, que fueron trece velas, y allegó ciento treinta y seis de a caballo, y ochocientos y cuarenta soldados, los más ballesteros y escopeteros, y bastecióles muy bien de todo lo que hubieron menester... (Díaz del Castillo, 599).

Pues bien, con todo ese poderío, con una armada muchísimo más grande y mejor equipada que la que Cortés tenía cuando llegó a las costas del Golfo, Garay se embarca en una aventura en la que perdió toda su inversión. Derrotado, no tiene más remedio que pedir la anuencia de Cortés para que le ayude a regresar a su isla de Jamaica; con su ejército diezmado se ve en la necesidad de viajar al altiplano. En la ciudad de Texcoco le tenían preparado un banquete, y en la ciudad de México el mismo Cortés con sus caballeros salieron a recibirle:

...y el Garay iba espantado de ver tantas ciudades, y más cuando vio la gran ciudad de México; y luego Cortés lo llevó a sus palacios... y después que se hubieron comunicado él y el Garay, el Garay le contó sus desdichas y trabajos... (*ibid.*, 604).

Garay sólo venía a pedir ayuda, y Cortés en cambio le monta todo un espectáculo de banquetes y palacios, y como si esto fuese poco

de ahí a tres o cuatro días que hubo llegado, porque la amistad suya fuese más duradera y segura, se trató que se casase una hija de Cortés, que se decía doña Catalina Cortés Pizarro, que era niña, con un hijo de Garay, el mayorazgo, que traía consigo en la armada e le dejó por su capitán de su armada... y le mandó [Cortés] en dote con doña Catalina gran cantidad de pesos de oro, y que Garay fuese a poblar el río de Palmas, e que Cortés le diese lo que hubiese menester para la población y pacificación de aquella provincia... (*ibid.*, 605).

Muchas cosas habrían de amarrarse con este pacto: en primer lugar la lealtad que Garay deberá a Cortés al casar a su hijo, el del mayorazgo, el heredero, con la niña Catalina y, en segundo lugar, que un rico y arrojado caballero dispuesto a arriesgar sus bienes en una empresa de trascendencia, pasara a ser subordinado de Cortés; pues es gracias al dinero de la dote que la ambicionada empresa se podrá llevar a buen término. Se atan los lazos de lealtad hacia Cortés y, por consiguiente, se desatan los que el gobernador de Jamaica pudiese tener con otros gobernantes del Caribe. Sólo que, en la noche de Navidad y después de haber asistido a maitines y almorzado juntos, Garay enfermó de un dolor de costado, con grandes calenturas, y después de cuatro días murió, no sin que antes se le recomendara que

se confesase y que hiciese testamento, lo cual luego lo hizo y dejó por albacea a Cortés, y luego, dende a cuatro días que le dio el mal, dio el alma a Nuestro Señor Jesucristo... (*ibid.*, 606).

Más adelante Bernal Díaz agrega que

no faltó quien dijo que le había mandado dar rejalgar [arsénico] en el almuerzo, y fue gran maldad de los que tal le levantaron; porque ciertamente de su muerte natural murió, porque así lo juró el doctor Ojeda y el licenciado Pedro López, médicos que lo curaron... (*ibid.*, 607).

Ésta será una de las más graves acusaciones que en Castilla presentarán frente al monarca los enemigos de Cortés —Pánfilo de Narváez y Cristóbal de Tapia—; y aunque nada puede ser probado en contra del conquistador de México, sí nos queda una muestra clara de la forma en que se realizaban las relaciones interfamiliares y se ganaba la confianza entre los poderosos.

Son interesantes también las alianzas que hacen los Alvarado. Jorge se casa con una hija del tesorero Alonso Estrada que “en aquel tiempo era gobernador de México”. Pedro, su hermano, que primero se desposó con doña Francisca de la Cueva, “la cual murió así como llegó a la Veracruz” (Díaz del Castillo, ed. P.R., III, 276), escogió en segundas nupcias a una hermana de la primera esposa,

la cual se decía doña Beatriz de la Cueva, y como le favorecía el duque de Alburquerque y el comendador mayor de Alcántara, don Pedro de la Cueva, y don Alonso de la Cueva, parientes de su mujer, Su majestad le hizo merced que fuese gobernador (Díaz del Castillo, ed. P.R., III, 277).

Los matrimonios con mujeres peninsulares nobles van a ser un medio para escalar rápidamente los peldaños de la sociedad. Josefina Muriel, en su libro *Cultura femenina novohispana*,² señala que

² Josefina Muriel da un ejemplo de sumo interés para ilustrar esta realidad: Andrés de Barrios, soldado de Hernán Cortés, trae de España a su familia y casa a la hija con Diego de Guevara, hermano del virrey de Navarra, logrando en dos generaciones escalar a una alta categoría (16-17).

da preeminencia en la Nueva España y ante el rey el ser descendiente de conquistadores; la nobleza se adquiere mediante enlaces con peninsulares de títulos y el sostenimiento de la nueva clase se hace mediante las mercedes reales... (Muriel, 16-17).

En otros casos las alianzas matrimoniales sirven para obtener canonjías. Fernández de Oviedo relata sobre un pleito que hubo entre Gil González y Francisco de las Casas el cual se resolvió con la aprehensión del primero porque,

como la mayor parte de aquella gente era de la escuela de Cortés, é Francisco de las Casas era casado con su hermana, acordó de prender á Gil González é púsolo por obra é llevolo en grillos á la Nueva España... á le tomar residencia (Fernández de Oviedo, *Historia*, III, 188).

En ocasiones las intrigas por obtener el poder a través de alianzas matrimoniales involucran personajes del clero, como es el caso del obispo de Burgos, Juan Rodríguez Fonseca, que según Bernal deseaba favorecer a Diego de Velázquez y Cristóbal de Tapia "por casar con uno dellos a una doña fulana de Fonseca, sobrina del mismo obispo..." Díaz del Castillo arremete en contra de las intrigas del obispo, ya que considera que Cristóbal de Tapia "no era suficiente para ser gobernador, e que se perdería esta Nueva España si él quedara por gobernador..." (570).

No todos los matrimonios de los poderosos son duraderos; curiosamente muchas de estas mujeres murieron misteriosamente apenas llegaron al Nuevo Mundo. Ya hemos visto cómo la mujer de Diego de Velázquez muere a la semana de casada, y la esposa de Pedro de Alvarado, apenas llegando a Veracruz. Lo mismo sucede con la primera mujer de Hernán Cortés, Catalina de Juárez, quien fallece a los tres meses de su llegada:

...oímos decir que esta señora murió de asma; y que habían tenido un banquete el día antes, y en la noche, y muy gran fiesta; y porque yo no sé más desto que he dicho no tocaré más en

esta tecla. Dejemos hablar desto, pues ya pasó (Díaz del Castillo, 592).

Por este motivo cayeron sobre Cortés las más duras sospechas, fue llevado a juicio y, aunque salió absuelto, su nombre nunca quedó totalmente limpio. Más adelante se casó en segundas nupcias con Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar y sobrina del duque de Béjar, la llevó a Cuernavaca, donde estableció “a la marquesa, que hizo allí su asiento, que nunca más la trajo a la ciudad de México” (Díaz del Castillo, 813). El mismo Bernal Díaz del Castillo se encarga de sembrar la duda en sus lectores con la forma como va dosificando la información y va deslizado indicios, para que los receptores den cabida a la sospecha. Y aunque él se lava las manos con ese “porque yo no sé más de esto que he dicho no tocaremos en esta tecla”, lo que está insinuando nos da información de cómo los conquistadores ataban y desataban los lazos matrimoniales a partir de sus propios intereses de escalada social —cuidando siempre las apariencias para que no se les pudiese acusar de transgredir las reglas de conveniencia dictadas por la metrópoli.

Hay ocasiones en que los conquistadores mueren violentamente a manos de sus mismos compatriotas, y son entonces las mujeres las que quedan libres para contraer nuevas nupcias. Es el caso de “Pedro de Palma, primer marido que tuvo Elvira López, «la Larga», murió ahorcado... por revoltosos y hombres amotinadores de ejércitos...” (Díaz del Castillo, 865). Pedrarias Ávila era un hombre de armas tomar y no se detenía ante nada; en Honduras mandó degollar a dos capitanes que se le alzaron: “el primero se decía Vasco Núñez de Balboa, el cual hubo desposado con una su hija...” (Díaz del Castillo, ed. P.R., III, 285). Y después de eso pidió a su majestad la gobernación de Nicaragua para otro yerno suyo, Rodrigo de Contreras.

Así es como en el Nuevo Mundo se tejen y destejen alianzas, y es así como se va formando la red de poderosos que durante tres siglos va a dominar los territorios conquistados. Los indígenas, su mundo, sus costumbres, su forma de ser, que al prin-

cipio atraparon la atención de los cronistas, a medida que avanzamos en las páginas de sus relatos, van pasando a un plano secundario. De la misma manera, las menciones sobre las mujeres van desapareciendo para dar lugar a la preocupación por el oro, y para introducir en la narración información sobre cómo se toman y se hierran los esclavos, o para dar cuenta de la forma como se van estableciendo las relaciones de poder.

Si los indígenas en general pasan a un plano secundario en la focalización de los narradores testigos de la conquista, las mujeres indias se convierten en actores de tercera magnitud. Aquellas que en los primeros capítulos de las crónicas se habían presentado como indispensables para arrancarle sus secretos a la tierra, una vez que ésta ha sido dominada, dejan de formar parte de la narración, se diluyen. A los ojos del narrador hispano, la mujer del Nuevo Mundo, una vez que éste ha sido conquistado, se pierde en el horizonte.

EPÍLOGO

Las mujeres que participaron en la gesta de la expansión de Occidente que inicia en 1492 forman un grupo complejo y multidimensional. De la misma forma que descubrimos pluralidad en los conquistadores, y en aquellos que tomaron la pluma para narrar la conquista, encontramos complejidad en la descripción de la figura femenina. Lo hemos constatado por medio de los registros de quienes presenciaron y fueron partícipes del encuentro de los dos mundos. Con las voces de los testigos hemos ido reconstruyendo la pluralidad y la trascendencia de las mujeres que estuvieron presentes en el momento, del enfrentamiento.

Nos hemos enfrentado a una primera imagen de figuras femeninas que, aunque para nosotros resulten fantásticas, para los narradores españoles eran el resultado de una visión condicionada por la tradición en los textos de los viajeros de la antigüedad. Hemos visto también cómo esta primera impresión va evolucionando y poco a poco los seres fabulosos, como las “sirenas” y las “amazonas”, son sustituidos en el discurso por mujeres que optan por tomar las armas para defender su territorio, su forma de vida y su propia integridad. Mujeres que, desde el punto de vista del que narra, actúan como “ayudantes” o como “oponentes” de los conquistadores; mujeres que, al rebelarse, llegaron a encontrar lo mismo la muerte que el éxito de su empeño. Hemos visto cómo estas mujeres sobreviven aun cuando su mundo se les viene abajo y se deshace ante sus ojos, y hemos visto también cómo, aun así, tienen la capacidad de dar una respuesta activa.

La mujer que encontraron los conquistadores no difiere mucho de la mujer actual, de la mexicana o de la nica, o la gua-

temalteca de hoy. En el mundo contemporáneo vemos constantemente cómo muchas mujeres enfrentan los problemas trascendentes, toman el toro por los cuernos y sacan adelante a sus propias familias. Por medio de la lectura de las hazañas, del valor y del coraje de la mujer de la conquista hemos encontrado un nuevo espejo para ver reflejada nuestra propia imagen.

El momento histórico que ha sido seleccionado tiene límites temporales estrechos, pero no por eso deja de ser representativo de la historia de Latinoamérica. ¿No fue la mujer partícipe de la revolución de independencia? ¿No tuvo la mujer mexicana un papel preponderante en el encuentro armado de 1910? ¿No lucha día a día para defender y educar a sus hijos, para resguardar su espacio vital, para hacer valer sus derechos?

Esta fuerza vital tiene sus orígenes en nuestro más remoto pasado, en las mujeres cuyos perfiles hemos visto descritos a partir de las percepciones de los cronistas testigos; mujeres que llamaron la atención de los narradores de la conquista y que lograron su inmortalidad por sus actitudes y por su carácter.

Quiero cerrar con mi propia imagen de la mujer en la época de la conquista, que es como un caleidoscopio en el cual se mezclan imágenes complejas, imágenes que yo misma me he forjado a través de estos años de íntimo recorrido por los textos de los cronistas de Indias, imágenes de mujeres valientes, como las mexicas, que tomaron lanzas y escudos y se arremangaron las faldas para resistir el ataque final en Tlatelolco; o las mujeres del mundo maya, que se armaron con arcos y cotas de algodón en la gran revolución de Yximche. Imágenes de mujeres decididas como las que, con hachas encendidas, llegan al refugio de los españoles en busca de los cadáveres de sus maridos, con tanta gritería y llanto que asustaron aun al más valiente de los conquistadores; o la mujer del cacique de Guaturo, quien decide tomar sobre sí la responsabilidad de los acontecimientos y ruega que se le cuelgue a ella a cambio de la liberación de su esposo. Pero sobre todo, me hace reflexionar la imagen de las

mujeres que, aunque se encuentran inmersas en un mundo masculino que constantemente tiende a utilizarlas como objetos, dejaron huella de su paso en un momento crucial para la formación de lo que luego habríamos de conocer como nuestro México.

FUENTES

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, Joseph de

1940 *Historia natural y moral de las Indias*, ed. de Edmundo O'Gorman, México, FCE.

AGUILAR, fray Francisco de

1938 *Historia de la Nueva España*, México, Botas.

ALVARADO, Pedro de

1749 "Relación hecha por Pedro de Alvarado a Fernando Cortés...", en *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales, que juntó, traduxo en parte y sacó a la luz Andrés González Barcia, del consejo y cámara de su majestad*, t. I, Madrid.

1749 "Otra relación hecha por Pedro de Alvarado a Fernando Cortés en que se refiere a la conquista de muchas ciudades...", en *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales, que juntó, traduxo en parte y sacó a la luz Andrés González Barcia, del consejo y cámara de su majestad*, t. I, Madrid.

ALVARADO TEZOZÓMOC, Hernando de

1878 *Crónica mexicana*, Manuel Orozco y Berra ed., México.

Anales de los cakchiqueles

1950 *Memorial de Solola*, trad. de Adrián Recinos, México, FCE.

ANÓNIMO

1953 *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*, trad. de Adrián Recinos, México, FCE.

CABEZA DE VACA, Álvar Núñez

1858 *Naufragio de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, y relación de la jornada que hizo a la Florida con el adelantado Pánfilo de Narváez*, en *Biblioteca de autores españoles, historiadores primitivos de Indias*, ed. de Enrique de Vedia Rivadeneyra, Madrid.

Códice Calkín

- 1957 Versión de Alfredo Barrera Vázquez, Campeche (Biblioteca Campechana, 4).

Códice Florentino (Florentin Codex)

- 1955 *General History of the Things of New Spain*, trad. de Arthur J.O. Anderson y Charles E. Dibble, Santa Fe, Nuevo México, The School of American Research y The University of Utah.

Códice Ramírez

- 1979 Manuscrito del siglo XVI intitulado *Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según sus historias*, ed. de Manuel Orozco y Berra, México, Innovación.

COLÓN, Cristóbal

- 1991 *Diario* (manuscrito de fray Bartolomé de las Casas), ed. facs., Gonzalo Vázquez Colmenares (ed.), México.
1983 *Carta al escribano de Ración Luis de Sant'Angel*, Londres, The Kelmescott Press.

COLÓN, Hernando

- 1947 *Vida del almirante don Cristóbal Colón*, ed., pról. y notas de Ramón Iglesias, México, FCE.

CONQUISTADOR ANÓNIMO

- 1941 *Relación de algunas cosas de la Nueva España*, México, Editorial América.

CORTÉS, Hernán

- 1983 *Cartas de relación*, México, Porrúa.

CHAC-XULUB-CHEN

- 1950 *Crónica de Chac-Xulub-Chen*, en *Crónicas de la Conquista de México*, introd., sel. y notas de Agustín Yáñez, México, UNAM.

Chilam Balam de Chumayel

- 1973 Pról. y trad. de Antonio Mediz Bolio, México, UNAM.

CHIMALPAIN, don Fernando de San Antón M.

- 1965 *Relaciones originales de Chalco Amequameca*, paleografía y trad. de S. Rendón, México, FCE.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal

- 1939 *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, ed. de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Pedro Robredo.
1983 *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, ed., índices y pról. de Carmelo Sáenz de Santa María, México, Patria.

DURÁN, fray Diego

- 1880 *Historia de las Indias de la Nueva España, y islas de tierra firme*, México, Imprenta de Ignacio Escalante.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo

- 1851-55 *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de Historia.

- 1950 *Sumario de la natural historia de las Indias*, ed. de José Miranda, México, FCE.

GARCÍA DEL PILAR

- 1866 “Relación de la entrada de Nuño de Guzmán, que dio García del Pilar, su intérprete”, en *Colección de documentos para la historia de México*, t. II, Joaquín García Icazbalceta (ed.), México, Antigua Librería, Portal de Agustinos.

GODOY, Diego de

- 1749 “Relación hecha por Diego de Godoy a Hernando Cortés...”, en *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales, que juntó, tradujo en parte y sacó a la luz Andrés González Barcia, del consejo y cámara de su majestad*, t. I, Madrid.

IXQUÍN-NEHAIB

- 1957 “Los títulos de la casa de Ixquín Nehaib”, en *Crónicas indígenas de Guatemala*, ed. de Adrián Recinos, Guatemala, Ed. Universitaria.

IXTLIXÓCHITL, Fernando de Alva

- 1985 *Obras históricas*, ed. de Edmundo O’Gorman, México, Imprenta Universitaria-UNAM.

LANDA, fray Diego de

- 1983 *Relación de las cosas de Yucatán*, Mérida, Ediciones Dante.

LAS CASAS, fray Bartolomé de

- 1877 *Historia de las Indias*, en *Biblioteca mexicana*, José María Vigil (ed.), México, Imprenta de Irineo Paz.

- 1909 *Apologética historia de las Indias*, en *Nueva biblioteca de autores españoles. Historiadores de Indias*, Madrid, Bailly-Bailliére e Hijos.

- 1965 *Tratados*, México, FCE.

MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro

- 1944 *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Bajel.

MOTOLINÍA, fray Toribio de Benavente, llamado

- 1914 *Historia de las Indias de la Nueva España*, Barcelona, Juan Gil Editores.

MUÑOZ CAMARGO, Diego

1870 *Fragmentos de historia mexicana*, Tlaxcala, Tipografía del Gobierno del Estado.

1984 *Historia de Tlaxcala*, México, Alfredo Chavero Editor.

POMAR, Juan Bautista

1941 *Relación de Texcoco*, México, S. Chávez Hayohe.

Primera relación anónima de la jornada que hizo Nuño Guzmán a la Nueva Galicia

1866 En J. García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México*, t. II, México.

Relación de la conquista de los teules chichimecas, que dio Juan de Sámano

1866 En J. García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México*, t. II, México.

SAHAGÚN, fray Bernardino de

1982 *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa.

1986 *Coloquios y doctrina christiana con los doce frailes de San Francisco...*, según el texto de fray Bernardino de Sahagún y sus colaboradores indígenas, ed. de Miguel León-Portilla, México, UNAM.

Segunda relación anónima de la jornada que hizo Nuño Guzmán a la Nueva Galicia

1866 En J. García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México*, t. II, México.

TAPIA, Andrés de

1866 *Relación sobre la Conquista de México*, en J. García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México*, t. II, México.

TELLO, Antonio

1968 *Crónica miscelánea de la sancta provincia de Xalisco*, libro II, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/Instituto Jalisciense de Antropología e Historia/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 3 vols.

1942 *Crónica miscelánea de la sancta provincia de Xalisco*, libro III, Guadalajara, Editorial Font.

1946 *Crónica miscelánea de la sancta provincia de Xalisco*, libro IV, Guadalajara, Editorial Font.

TORQUEMADA, fray Juan de

1969 *Monarquía indiana*, Miguel León-Portilla (ed.), México, Porrúa.

Visión de los vencidos

1982 *Relaciones indígenas de la Conquista*, ed. de Miguel León-Portilla, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario).

ZORITA, Alonso de

1963 *Breve y sucinta relación de los señores de la Nueva España*, pról. y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, UNAM.

INFORMACIÓN GRÁFICA

Atlas de Diego Durán

1880 En *Historia de las Indias de la Nueva España y islas de tierra firme*, México, Imprenta de Ignacio Escalante.

Códice Florentino

1905 *Historia general de las cosas de la Nueva España*, vol. V, Madrid, Hauser y Ment.

Códice Ramírez

1878 Ed. de Manuel Orozco y Berra, México, Imprenta de Irineo Paz.

Diccionario de autoridades

1979 Real Academia Española, ed. facs., Madrid, Gredos.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo

1851-55 *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de Historia.

Lienzo de Tlaxcala

s.f. Copia de Yllañes, Biblioteca Nacional de Antropología e Historia.

1892 Copia de Diódoro Serrano, ed. de Alfredo Chavero, en *Antigüedades mexicanas. Junta Colombina de México*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.

Primeros memoriales de Sahagún

1905 *Historia general de las cosas de la Nueva España*, vol. IV, Hauser y Ment, Madrid.

SOLIS, Antonio de

- 1699 *Istoria della Conquista del Messico*, Florencia, Stamperia Filippo Cecchi.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ALATORRE, Antonio

- 1992 "Pedro Mártir y el Nuevo Orbe", en *Reflexiones lingüísticas y literarias* (vol. II: Literatura), México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios-El Colegio de México.

AROCENA, Luis A.

- 1963 *Antonio de Solis, cronista indiano. Estudio sobre las formas historiográficas del Barroco*, Buenos Aires, Eudeba.

ATTRIDGE, Derek y otros

- 1991 *Post-Structuralism and the Question of History*, Nueva York, Cambridge University Press.

BAJTÍN, M.M.

- 1982 *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.

BAUDOT, Georges

- 1983 *La vida cotidiana de la América española en tiempos de Felipe II, siglo XVI*, México, FCE.

- 1988 "Política y discurso en la Conquista de México: Malintzin y el diálogo con Hernán Cortés", *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla), vol. XLV, pp. 67-82.

- 1993 "Malintzin, imagen y discurso de mujer en el primer México virreinal", *Cuadernos Americanos* (México, UNAM), nueva época, núm. 40.

BAUDOT, Georges y Tzvetan TODOROV

- 1990 *Relatos aztecas de la Conquista*, México, Grijalbo.

BONNASSIE, Pierre y otros

- 1984 *Estructuras feudales y feudalismo en el mundo mediterráneo*, Barcelona, Editorial Crítica.

BOYD-BOWMAN, Peter

- 1963 "La emigración peninsular a América, 1520-1539", *Historia Mexicana* (México), núm. 13.

BÜRGER, H.U. y otros

- 1987 *Estética de la recepción*, Madrid, Arco/libreros.

- BURKE, Peter
1984 *New Perspectives on Historical Writing*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press.
- CARRERA STAMPA, Manuel
1945 "Algunos aspectos de la *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo", en *Estudios de historiografía de la Nueva España*, México, El Colegio de México.
- COLLINGWOOD, R.G.
1957 *The Idea of History*, Nueva York, Oxford University Press.
- CULLER, Jonathan
1989 *On Deconstruction. Theory and Criticism After Structuralism*, Nueva York, Cornell University Press.
- DERRIDA, Jacques y otros
1990 *Teoría literaria y deconstrucción*, Madrid, Arco/libreros.
- DURAND, José
1983 *Ocaso de sirenas, esplendor de manatíes*, México, FCE.
- ESTEVE BARBA, FRANCISCO
1992 *Historiografía indiana*, Madrid, Gredos.
- GARZA TARAZONA, Silvia
1991 *La mujer mesoamericana*, México, Planeta.
- GERBI, Antonio
1982 *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, México, FCE.
- GONZÁLEZ, Luis
1988 *El oficio de historiar*, México, El Colegio de Michoacán.
- GRUZINSKI, Serge
1993 *La colonización de lo imaginario*, México, FCE.
- HERNÁNDEZ, A. y M. MIÑO GRIJALVA (coords.)
1993 *Cincuenta años de historia en México*, México, El Colegio de México.
- IGLESIAS, Ramón
1942 *Cronistas e historiadores de la Conquista de México*, México, El Colegio de México.
- KAHLER, Erick
1966 *¿Qué es la historia?*, México, FCE.
- KORSCH, Karl
1980 *La comprensión materialista de la historia*, Barcelona, Ariel.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel
1964 *El reverso de la conquista*, México, Joaquín Mortiz.

LEÓN-PORTILLA, Miguel y otros

1992 *De palabra y obra en el Nuevo Mundo* (vol. 1: *Imágenes interétnicas*), Madrid, Siglo XX.

Lienzo de Tlaxcala

1983 Ed. de Mauricio de la Torre, México, Cartón y Papel de México.

MENDIOLA, Alfonso

1991 *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad histórica*, México, Universidad Iberoamericana.

MIGNOLO, Walter D.

1986 "La historia de la escritura y la escritura de la historia", en *De la crónica a la nueva escritura narrativa mexicana. Coloquio sobre literatura mexicana*, Merlin Forster y Julio Ortega (comps.), México, Oasis.

MOI, Toril

1988 *Teoría literaria feminista*, Madrid, Cátedra.

MURIEL, Josefina

1982 *Cultura femenina novohispana*, México, UNAM.

O'GORMAN, Edmundo

1977 *México: el trauma de su historia*, México, UNAM.

1990 *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI*, México, Alianza.

ORTEGA, Julio y José AMOR Y VÁZQUEZ (comps.)

1994 *Conquista y contraconquista; la escritura del Nuevo Mundo*, México, El Colegio de México/Brown University.

OTTE, Enrique

s.f. *Cartas privadas de emigrantes a Indias, 1540-1616. América, quinto centenario del descubrimiento*, Jerez, Consejería de Cultura y Junta de Andalucía/Escuela de Estudios Hispano Americanos de Sevilla.

PAZ, Octavio

1984 *El laberinto de la soledad*, México, FCE.

PEREYRA, Carlos y otros

1980 *Historia, ¿para qué?*, México, Siglo XXI.

POOT HERRERA, Sara

1994 "Colón (des)cubre las indias", en Julio Ortega y José Amor y Vázquez (comps.), *Conquista y contraconquista; la escritura del Nuevo Mundo*, México, El Colegio de México/Brown University.

PUPO-WALKER, Enrique

- 1986 "Creatividad y paradojas formales en las crónicas mexicanas de los siglos XVI y XVII", en *De la crónica a la nueva escritura narrativa mexicana. Coloquio sobre literatura mexicana*, Merlin Forster y Julio Ortega (comps.), México, Oasis.

RICARD, Robert

- 1986 *La conquista espiritual de México*, México, FCE.

SCHELE, Linda y David FREIDEL

- 1990 *A Forest of Kings*, Nueva York, Quill/William Morrow.

SEGRE, Cesare

- 1976 *Las estructuras y el tiempo*, Barcelona, Planeta.

TATE, Robert B.

- 1970 *Ensayos sobre historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica).

TODOROV, Tzvetan

- 1989 *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI.

- 1991 *Nosotros y los otros*, México, Siglo XXI.

VAN DIJK, Teun A.

- 1980 *Texto y contexto*, Madrid, Cátedra.

WECKMANN, Luis

- 1984 *La herencia medieval en México*, México, El Colegio de México.

WHITE, Hayden

- 1992 *El contenido de la forma*, Barcelona, Paidós.

La figura femenina en los narradores testigos de la conquista
se terminó de imprimir en octubre de 1997
en Corporación Industrial Gráfica, Cerro Tres Marías 354,
Col. Campestre Churubusco, México, D.F.

Tipografía y formación: Baphomet y Cía.

Se tiraron 1 000 ejemplares, más sobrantes para reposición.

Cuidaron la edición: Bethel Hernández Luna
y el Departamento de Publicaciones de El Colegio de México.

EL COLEGIO DE MEXICO



3 905 0644181 /



Programa Interdisciplinario
de Estudios de la Mujer
PIEM

Fue cuando también lucharon y batallaron
las mujeres de Tlaltelolco lanzando sus dardos.
Dieron golpes a los invasores;
llevaban puestas insignias de guerra;
las tenían puestas.
Sus faldellines llevaban arremangados,
los alzaron por arriba de sus piernas,
para poder perseguir a los enemigos.
(*Anónimo de Tlaltelolco, 1528. Versión de Garibay*).

La figura femenina en los narradores testigos de la conquista es una obra ampliamente documentada e indispensable para el conocimiento de las formas en que los cronistas percibieron el comportamiento de las mujeres que participaron en uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia de la humanidad. Por medio de una cuidadosa revisión de dichas crónicas de la conquista y colonización de la Nueva España y la región circuncaribe, Blanca López de Mariscal nos propone una nueva lectura del comportamiento de las mujeres que ha quedado consignado por los narradores en cuestión.

A lo largo del libro se hace evidente que en el periodo existen figuras femeninas que difieren mucho de la imagen de sumisión y pasividad que se ha difundido tradicionalmente, y se pone de manifiesto que las mujeres de las que hablan los cronistas españoles e indígenas son personas complejas y, en un gran número de casos, dispuestas a forjar su propio futuro mediante la participación activa en la defensa de sus principios y sus derechos.



EL COLEGIO DE MÉXICO
CONSEJO PARA LA CULTURA DE NUEVO LEÓN